



Ladrando a la luna

José Javier González de la Paz



JOSÉ JAVIER GONZÁLEZ DE LA PAZ

LADRANDO A LA LUNA

Mayo 2012

Ediciones eRyN:

rojoynegro.info/publicaciones/

Índice de contenido

INTRODUCCION	6
I	
LA TRAICIÓN	7
II	
TRANSGRESIÓN Y TEOLOGÍA	105
III	
EL AMOR DE MADRID	131
IV	
REVELACIÓN EN EL PARQUE	245
V	
YOLANDA	302
VI	
EL FIN Y EL PRINCIPIO	385

AGRADECIMIENTOS

-A mi padre, José, y a mi madre, Valentina, que me enseñaron a leer y a escribir mucho antes de ir al colegio.

-A D. Pablo, D. Domingo, D. Cándido y D. Francisco, los profesores que supieron transmitirme el amor por la literatura y el pensamiento.

-A Yolanda y Cristina (o Cristina y Yolanda, no quiero líos) las dos mujeres que, sin saberlo, me devolvieron el espíritu de escritor.

“Erase una vez un individuo, de nombre Harry, llamado el lobo estepario. Andaba en dos pies, llevaba vestidos y era un hombre, pero en el fondo era, en verdad, un lobo estepario. Había aprendido mucho de lo que las personas con buen entendimiento pueden aprender, y era un hombre bastante inteligente. Pero lo que no había aprendido era una cosa: a estar satisfecho de sí mismo y de su vida.”

(“El Lobo Estepario”, de Hermann Hesse.)

INTRODUCCION

A partir de un suceso sangriento, Paco siente cómo se derrumban todas sus convicciones, que tendrá que ir recuperando mediante la reflexión y la introspección en todos sus miedos.

Se reencuentra con todas sus contradicciones, de las que no sabe cómo salir, y de las que no sale. Sólo queda aceptarse a sí mismo, tal y como es, con todos sus conflictos, y a la compañera que nunca le abandona: un cierto grado de locura.

I LA TRAICIÓN

Intentaba subir por la calle de Méndez Álvaro casi arrastrando las fauces por la acera, vomitando la bilis por la boca y los residuos del alma por los ojos desorbitados y graníticos. Venía andando desde el parque que hay al comienzo de la Avenida de Entrevías. Allí había pasado algo que ahora no recordaba con claridad pero que le había dejado como huella una profunda raja en el vientre que taponaba con sus manos, ya sanguinolentas, para evitar que se le escaparan las tripas por ella. Tras cruzar la M-30, que a esas horas de la tarde le pareció ya un incesante carril de luz, aún tuvo fuerzas para llegar, vacilante, bajo el puente del tren que atraviesa la calle, frente a la Estación Sur de Autobuses. Allí se derrumbó y ya no fue consciente del revuelo organizado por las dotaciones de ambulancias y

coches de policía, avisadas por algún providencial testigo.

Cuando despertó tardó un buen rato en identificar el lugar en que se encontraba. Yacía sobre una cama metálica de sábanas blancas y estaba en el centro de una amplia sala iluminada con una luz muy clara, también blanca. A su izquierda había dos camas y otras tres enfrente, todas ocupadas, menos una. Se dio cuenta de que no podía moverse de cintura para abajo, de que tenía la tripa llena de grapas de metal y de que sus brazos estaban sembrados de múltiples tubitos de plástico transparente que ascendían hasta unos cilíndricos recipientes cristalinos que colgaban encima de la cama.

Se le acercó una sonriente enfermera uniformada de azul y le dijo:

-¡Vaya, ya está usted despierto! ¿Se encuentra bien? Ya sé que muy cómodo no estará con todos esos tubos, pero, de momento, son necesarios.

Paco no se sentía con fuerzas para hablar, pero

asintió con la cabeza –no sabía muy bien a qué- y sonrió. La enfermera siguió hablando:

-Fuera hay dos señores esperando para hablar con usted. Les voy a decir que vuelvan cuando salga usted de la U.C.I. Yo aún no le veo capaz de contestar un montón de preguntas, ya me entiende.

Y la entendió, claro que la entendió, así que volvió a asentir con la cabeza. Aquellos dos tipos serían policías y él no podía decirles la verdad de lo que había pasado en el parque. Necesitaba tiempo para inventar otra historia y aquella enfermera se lo estaba dando.

Por fin llegó el día en que, una vez fuera de peligro, lo trasladaron a otra planta para completar su proceso de recuperación. Era un piso alto y desde la ventana podían verse, en la lejanía, las torres inclinadas de la Plaza de Castilla. Allí, al lado, contrastando con su soberbia majestuosidad, estaba La Ventilla, el modesto barrio que tantos recuerdos le suscitaba.

Poco tiempo había pasado desde su traslado hasta que otra enfermera le avisó de la repetición de la visita; pero, esta vez, estaba preparado.

Los dos individuos entraron en la habitación y, ocultando el gesto ante los otros pacientes que ocupaban la pieza, le mostraron sus placas y se sentaron en un par de sillas azules que aproximaron a su cama, la tercera y última, junto a la ventana.

-Ustedes dirán –comenzó Paco-

-¿Francisco Bouzo Lamela?

--El mismo.

-Ha tenido usted suerte. La pinchada fue profunda y con mala leche, de abajo arriba, como los profesionales del bardeo. Por poco no la cuenta.

Mientras el poli no paraba de hablar, haciéndose el simpático antes de entrar en materia, Paco volvió a revivir la escena. Vio al Chirlas brillarle los ojos como dos carbones encendidos al tiempo

que introducía la mano en uno de los bolsillos posteriores del tejano roto por todas partes y descolorido. Vio como la volvía a sacar con rapidez de serpiente. Escuchó de nuevo aquel “clic”. Sintió otra vez el calor repentino en el vientre y se llevó sobre él las manos en un gesto instintivo, incorporándose, momentánea pero bruscamente, en la cama.

-¿Está bien? –dijo alarmado el poli que no paraba de hablar-

-Sí, gracias. Es que me ha dado un pinchazo.

-Lo entiendo. Aún estará resentido.

Harto de tanta charla insustancial, el poli que hasta ahora había permanecido en silencio intervino yendo al grano directamente:

-¿Quién le hizo eso y por qué?

-No los conozco –mintió-

-¿Más de uno, entonces?

-Tres.

A Paco no se le iba de la cabeza la expresión divertida de la que creía su novia, dejándose sobar delante de él por un quinquí acanallado mientras el Chirlas lo apuñalaba. “Toma, cabrón, pa que almuerces y comas”, le dijo al tiempo que hundía el filo acerado en sus tripas.

-Bien, tres; pero no me mienta. No le hicieron eso para robarle. Usted llevaba el dinero encima y hasta la tarjeta bancaria.

-Salí corriendo antes de debilitarme por la pérdida de sangre.

Le enseñaron algunas fotos de los delincuentes habituales de la zona. Permaneció imperturbable ante la del Chirlas.

-No, no fue ninguno de ellos.

-De acuerdo, piénselo un poco más despacio. Por cierto, una última pregunta : ¿qué hacía en aquel parque?

-Lo atravesaba volviendo de casa de una amiga, digamos... especial. Ya me entiende. Quiero ser

discreto, ella no se merece que la meta en este lío.

-Le entiendo, pero volveremos a vernos.

-Hasta cuando quieran.

No, no podía decir nada. El Chirlas, el otro quinqui que veía por vez primera y Ana, que llegó a convencerle de su amor, eran cosa suya y de nadie más.

...

“De qué, a ver, de qué le íbamos a dar una parte a ese pavo. Si no se ha mojado en na, pero en na. Tú, Nita, te lo camelaste; Tupé y yo dimos el palo y no hubo más remedio que amojamar a la vieja, y ahora qué, él na de na, de señorito y quería su cacho turrón. Una polla le voy a dar yo na. Le di lo que tenía que darle. Y ese no canta, os lo digo yo, ese mirlo ha palmao, hombre que si ha palmao”

“Yo oí sirenas mu pronto, Chirlas, pero que mu pronto”, dijo Nita.

“Pero ¿tú sabes cómo le pinché? Ese no ha llegao vivo, te lo digo yo. Hasta la cacha, Nita, hasta la cacha”.

“Doy fe –dijo Tupé- La mojá fue insuperable, hasta el fondo y tirando parriba. Vamos, de puta madre. Ese está ya dando de comer a los gusanos”.

-Ponnos otras birras –gritó Tupé al camarero del bar La Galera-

Los tres compinches estaban sentados en una de las mesas del fondo y se notaba, por el trato confianzudo, que eran habituales del lugar. A esa hora, pasadas las seis de la tarde, la taberna estaba llena de obreros de la construcción que esperaban al autobús 24, cuya parada estaba enfrente, para que los devolviera a la estación de Atocha, donde cogerían algún tren hacia las poblaciones dormitorio del cinturón de la ciudad.

El bar La Galera era una construcción cúbica de paredes de ladrillo revestido de cemento y tejado de uralita, y estaba situado en una plazoleta

tangencial a la misma Avenida de Entrevías, frente a los raíles del ferrocarril. Más tarde, cuando se fueran los albañiles, llegarían los vecinos del barrio que, a su vez, provenían de otros barrios en los que trabajaban. Allí tomarían unas cañas antes de cenar, muchos de ellos con sus mujeres, la mayoría gordas, teñidas y chillonas, y con sus niños, tan chillones como sus madres y tan maleducados como sus padres y sus madres juntos. “¡Daviiiiid, bájate de ahí que te vas a caer!”, se oía mientras un crío trepaba a un tambaleante taburete con riesgo para su integridad dental. “¿Otra vez pis, Rosita, hija? – decía otra estridentemente- Ya me tienes harta de lavar tantas bragas”. Todo este femenino griterío estaba convenientemente aderezado por el tono más grave, aunque a igual volumen, de las voces de los machos que mantenían sus insustanciales discusiones como si cada uno de ellos defendiera un axioma irrefutable. El ruido de los vidrios sobre la barra y las mesas completaba una sinfonía a la que, de vez en cuando, daba un toque de suspense el sonido de “La muerte tenía

un precio” emergiendo desde el interior de una máquina tragaperras que en letras grandes y resplandecientemente rojas, anunciaba en su carátula : FAR WEST.

Pasadas las nueve de la noche la clientela cambiaba radicalmente. Ahora se trataba, sobre todo, de taxistas que acudían a echar unas partidas de mus y a jugarse unas copas antes de subir a sus casas, donde dirían, como siempre, que acababan de llegar y que mira que poco dinero traigo después de todo el día agarrao a la rosca. Y es que cada vez está todo peor, nadie coge un taxi, no hay dinero, esto del euro nos va a llevar a todos a la ruina, no me mires así, joder ¿es que no puede uno tomar una copa? que he dicho que te calles, y que me pongas la cena de una puta vez. Encima que os mantengo a todos, a esas dos putas y ese vago. No hables así de tus hijos. Vete a la mierda, un día voy a hacer una locura. Dios mío, Dios mío. Deja de llorar, si es todo por tu culpa. ¡Ay mis hijos, ay mis hijos!
¡La ceeeena!

-Pares.

-Paso.

-Hala.

-Mus.

-Señores, que cerramos.

-La revancha, coño, déjanos la revancha.

Y la una, y las dos, y las tres.

Y los tres delincuentes salieron del bar dando tumbos camino de sus cercanas guaridas. El Chirlas no paraba de decir:

-Vaya pinchazo, colega, vaya pinchazo. Ese no lo cuenta.

Nita y Tupé iban unos pasos detrás de él dándose el lote y a punto de caerse. No sabían que a no muchos kilómetros de allí, Paco, en ese mismo momento, también se estaba acordando del pinchazo y de sus putas madres.

Entraron por la Calle de La Vedra. Nita y Tupé se

metieron por el primer callejón y el Chirlas por el segundo. La pareja vivía junto a los padres de él y Chirlas sólo con su madre.

La Calle de La Vedra se dividía por su parte derecha en estrechos callejones pavimentados de cemento. A sus flancos se levantaban endebles construcciones de no más de dos metros, fabricadas con materiales indescifrables y todas de color blanco y pequeño patio delantero en el que se abigarraban bicicletas oxidadas, sucias escaleras de aluminio, electrodomésticos tan antiguos como inservibles, barreños de latón, somieres viejos y otros objetos que cualquiera, excepto los habitantes de los callejones, que cifraban su riqueza en la cantidad de trastos inútiles que cada uno poseía, hubiera tirado hace mucho tiempo a la basura.

Los tres realizaron el mismo ritual antes de dormir: se sentaron en el borde del camastro que había en el ínfimo reducto que les servía de dormitorio, abrieron el cajón de la mesilla de formica y extrajeron un papel doblado y una

cucharilla metálica, vertieron en la cucharilla el polvo blanco que escondía el papel y añadieron un poco de agua, calentaron la mezcla poniendo un mechero encendido bajo el cubierto y absorbieron con una jeringuilla el elixir resultante. Dejaron la chuta sobre la mesilla y apretaron una goma en su brazo, dieron unos golpecitos cerca de la articulación del codo con el índice y el corazón de la mano derecha e introdujeron por la vena así excitada la droga que los haría descansar en otro mundo, un mundo sin callejones, sin somieres en el patio, un mundo en el que ellos no eran así. Ahora, tendidos en sus paupérrimos catres, ellos no habían sido, ellos nunca amojamaron a la vieja, jamás pincharon a Paco, ellos ¿cómo iban a ser ellos? ¿a quién se le puede ocurrir esa salvajada? Bastaba con verles la cara, allí, beatíficamente dormidos, para saber que ellos no podían hacer algo así.

• • •

Desde su cama del hospital, a través de la gran ventana, Paco veía anochecer la ciudad. Una luz

gris y azulada comenzaba a inundar todo el paisaje. Se iluminaron las altas farolas que bordeaban la inmensa avenida y puntos encendidos como estrellas salpicaron las torres de hormigón y cristal. Desde allí, los coches parecían de juguete y las personas no más que insectos inclasificables. Se quedó mirando a un punto fijo de aquel horizonte irregular y las ideas afluyeron a su mente sin llamarlas. Recordó su primera experiencia de la muerte, cuando era sólo un bebé. No, por supuesto que su recuerdo no era directo y se basaba en relatos familiares, pero sí podía llegar a sentir la vivencia como propia y hasta se imaginaba a su madre al lado, donándole la sangre que le salvó la vida.

La segunda vez que estuvo a punto de morir fue en un aparatoso accidente de moto que se produjo por evitar el atropello de un perrillo negro, peludo y despistado. La moto quedó inservible, estrellada primero contra un quitamiedos y después, tras saltarlo, contra un muro de piedra. Milagrosamente, tanto el perro

como él salieron ilesos.

Y ahora, esta tercera ocasión, a causa de una puñalada trapera.

Recordó que, desde la primera infancia, siempre había tenido muy presente la muerte, como si la sintiera revolotear a su alrededor. Sus cumpleaños se convertían, ante el estupor de sus familiares, en auténticas tragedias. No quería crecer, no deseaba ser mayor. Esa idea lo atenazaba y sumergía en la más honda de las angustias, provocándole la desesperación ante lo ineludible y un llanto silencioso y amargo. También temía la desaparición de sus padres. Tan asumida tenía la idea de tanto convivir con ella que, al fallecer su padre, cuando Paco contaba catorce años, no derramó ni una sola lágrima a pesar de la profunda tristeza.

La noche se hizo cerrada y ya sólo se distinguía aquella gran avenida desierta, pero iluminada. Lo inútil de aquella luz que, a esas horas, a nadie servía, estimuló el asalto de otros pensamientos.

Se referían a la absurda necesidad que sentimos por escapar de la vida, de no ser plenamente conscientes de ella, de estar constantemente sumergidos en cualquier tipo de actividad alienante para olvidarnos de la existencia en su estado más puro, el de quietud, donde la vida se siente, se reflexiona, se vive a sí misma. Huir, siempre huir. Quizás, toda actividad –a excepción de las puramente vegetativas o instintivas- es un intento desesperado por escapar de la angustia vital, del destino inexorable y cada vez más cercano de la muerte. Sin embargo, la realidad se impone por encima de cualquier fuerza que se le oponga, porque el tiempo es algo que se pierde siempre, hagas lo que hagas.

Amaneció sin que se diera cuenta. De pronto, la claridad del sol anuló las farolas y otra vez se llenó la avenida de coches y gentes que iban y venían ¿a dónde, de dónde? Le dio la impresión de que, a pesar de aquel movimiento frenético, todo seguía igual de vacío. “¿Cómo te has metido en este lío? –se dijo Paco- Ya, ya sé por qué: por

el mismo motivo de siempre, por lo que te has liado toda tu vida, sólo que esta vez te has pasado, esta vez el lío es demasiado gordo. Si hubiera sabido lo de la vieja no les habría dicho nada, ni siquiera por eso, ni siquiera por lo de siempre, ni siquiera por amor.”

Y seguía sin poder sacársela de la cabeza. Ana, Ana, la que ellos llamaban Nita, la que conoció en una discoteca de heavy metal. Ana moviendo su cabellera larga y negra adelante y atrás, Ana siguiendo aquel ritmo salvaje como ella, ancestral como ella, inocente como ella, brutal, infernal y estridente como ella; mortal como ella. Ana, la de los ojos verdes, la de la piel blanca y rosa; Ana, la de las piernas bonitas. Ana, la suave, la tierna, la dulce Ana. Ana, la casi adolescente del parque, la niña que despierta lentamente y bosteza en la cara de la vida. Ana, la de los compartidos canutos de yerba. Ana, el amor. Ana, el engaño. Ana ¡maldita sea la zorra de Ana!

No pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

No pudo evitar pensar que la quería. No pudo evitar el deseo de venganza. Un sentimiento tan fuerte como el amor no puede ser sustituido por el vacío, sólo puede suplirse por otro de igual intensidad, sólo por el odio, el odio que te rescata de la nada, el odio que te ofrece otra disculpa para seguir vivo, el odio que te promete no irte solo al infierno, el odio que te devuelve las fuerzas, las ganas, el ansia; el odio que te inyecta la mirada en sangre y borra las lágrimas de la melancolía, el odio que te destroza, que te devora desde dentro, el odio que te anula y te vence en su vorágine, el odio que te mata. “¡Una mierda, una mierda, no la quiero, no la quiero. La mataré!”

• • •

Ramón no tenía nada que hacer, pero siempre se levantaba pronto “para no perder la costumbre”, decía. Desde las seis de la mañana esperaba en la mesa camilla a que se despertara su mujer y le hiciera el café. Mientras tanto, él se iba calentando con una botella de brandy barato, de

ese que venden en los supermercados y que todavía envasan en botellas de litro. A Ramón le gustaba así porque rascaba el paladar y sabía a alcohol. Él era muy macho y no bebía mariconadas. La verdad era que el machote de Ramón se levantaba antes que nadie para que no vieran cómo le temblaba el pulso antes de ingerir de un trago la primera copa, la copa que tenía que agarrar con las dos manos, la que le devolvía la serenidad, la que lo libraba de la angustia de haberse despertado otra vez, la que calmaba las pesadillas que aún persistían tras el sueño. Ahora, la segunda, también de un trago, pero ya con una sola mano. Era ésta la copa del reconocimiento, la que le decía que seguía siendo él, que estuviera tranquilo, que todo estaba como siempre y no había por qué preocuparse, pues la situación era, si no buena, al menos conocida. La tercera era la copa del ánimo, la que se bebía sorbo a sorbo, degustando con lentitud la seguridad que le infundía, la que volvía a situarle en esa cúspide desde la que todo se ve de otra manera, más pequeño, más dominable, más indiferente y

lejano, la copa que le devolvía a su condición de señor. Día tras día, con esa copa en la mano, abría la puerta de su agujero convertido en palacio y paseaba la vista por sus dominios, antes humilde patio repleto de trastos. Tocaba su chatarra oxidada y vieja, daba unos golpecitos sobre una lavadora inservible o sobre un barreño agujereado, miraba retadoramente al exterior, inhalaba aire hasta casi reventar el pecho y lo expulsaba muy despacio, apuraba la copa y volvía al interior del cubil. La jornada había comenzado. En cuestión de una hora había pasado de “hola, me llamo Ramón y soy alcohólico” a “¿qué pasa? Soy Ramón, me he hecho a mí mismo y me voy a comer el mundo”. Por la noche, como siempre, el mundo lo vomitaría otra vez.

-¡Maríiiiiia, el café!

-Ya va, Ramón, ya va.

Mientras esperaba el vaso de cristal rayado de tanto fregarlo y repleto de café con leche, Ramón

fue a la habitación que compartían su hijo y la chica, tan sólo separada del resto de la pieza por una cortina plástica de manufactura casera.

-¡Tupé! –hasta su padre le llamaba así- ¿Tienes algo por ahí? Tengo que salir y estoy bocas
¡Tupé! –repitió gritando y zarandeándole por los hombros-

-Sí, sí, ya te oído, joder. Abre la mesilla y pillá algo. Pero no te pases, que me hace falta.

Ramón obedeció y sacó un billete de cincuenta euros. “¡Coño! Casi me pincho con la jodía chuta. A ver si la pones en otro lao, y vete despertando, joder, que estás matao. Claro, si no te pasaras la noche follando con esa guarra que te has mercao”.

-Córtate, viejo ¿vale?

-Vale, vale. Y déjale algo a tu madre pa la compra. ¿De dónde sacarás tú el dinero?

-¿Te importa? Achanta la mui mientras tengas pa tu priva.

Tupé se dio la vuelta, se apretó contra el culo de Nita y siguió durmiendo.

Un callejón más arriba, Chirlas ya no podía dormir. Se sentó en el borde de la cama y se preparó otro pico.

-¿Ya estás otra vez, hijo mío? –lloriqueó su madre- Eso te va a matar.

-Si no es esto será otra cosa, vieja. De algo hay que morir.

-¡Ay, si te viera tu padre, con lo honrado que era!!

-Se cayó de un andamio ¿no?, ya ves para lo que le valió tanta honradez. No te preocupes que a mí eso no me va a pasar.

Chirlas se calzó los pantalones y las playeras, cogió la camiseta que colgaba de una silla y salió a la calle.

-Hijo –suplicó la mamá- ¿volverás a comer?

-No sé.

Y se escuchó un seco portazo que paralizó la queja materna y la convirtió en lágrimas calladas, en ese llanto que, nada más brotar, vuelve a las mismas profundidades del alma en que nació.

Salió Chirlas del callejón a la Calle de La Vedra y desde allí giró a la izquierda por la de Vilches, pasó una galería de alimentación y se metió en el gimnasio que hay en la misma acera. En el bar de aquel local pidió un café y una copa de chinchón.

-¿Ha venido el Taison?

-Estará al caer.

-Tengo lo suyo.

-Si quieres, me lo dejas a mí.

-Esperaré un poco.

No tardó el Taison en atravesar la puerta. Era un tipo moreno, con la nariz chata, los labios gruesos y la frente estrecha, de músculos pronunciados que resaltaba aún más luciendo una muy ajustada camiseta. Su estatura era más bien mediocre y su expresión la de un gorila

contrariado. Su auténtico nombre era José Ramírez, pero todo el mundo le conocía como el Taison desde que ganó hace un par de años el campeonato de Castilla de boxeo en peso welter.

-Ahí tienes lo que pediste –dijo el Chirlas-

Y vació sobre el mostrador un bote de plástico que antes había contenido pastillas efervescentes de calcio y ahora portaba otras en cuya composición destacaban los anabolizantes, esteroides, anfetaminas, cafeína y otras drogas prohibidas en la práctica del deporte.

El Taison volvió a introducir las pastillas en el bote, se lo guardó y extendió al Chirlas un montón de billetes arrugados y de distinto valor. Chirlas cogió el dinero, apuró su copa y salió de allí. Se dirigió a la Avenida de Entrevías, cruzó de acera y subió al bus 24 hasta el final del trayecto, en Atocha. Allí cogió la línea 1 de metro y se bajó en Sol. En el Callejón de Cádiz llamó al telefonillo de un portal desvencijado situado bajo un no menos ruinoso balcón que

lucía un letrero antiguo y descolorido en el que podía leerse: “Dr. Santos. Enfermedades Venéreas”. Esperó hasta que le contestaron y subió al primer piso. Una vieja le abrió la puerta y él se dirigió con confianza hasta el despacho del médico.

-Su parte, doctor –dijo dejando caer sobre la mesa de madera tres billetes de cincuenta-

-Muy bien, muchacho. Así me gusta, que seas serio en los negocios. Haremos más. Para que veas que me caes bien te voy a hacer un regalito.

Y extrajo de una vitrina un pequeño frasco de cristal que ofreció al Chirlas.

-Toma, chaval, esto te ayudará si algún día te falta lo tuyo.

-¡Vaya, Metadona! Muchas gracias, para algo servirá. Le llamaré cuando necesite más recetas.

-Te estaré esperando. Chaval. Y ya sabes, chitón y a funcionar.

-No se preocupe. Siempre hago todo por la sordi.

El médico rió y observó alejarse al Chirlas hacia la salida mientras acariciaba en el bolsillo derecho de su bata un pequeño revólver del calibre 22.

...

Paco estaba de pie junto a la cama, de cara al ventanal. Acababan de comunicarle que después de la comida podría irse y pensaba hacia dónde se dirigiría para estrenar su recién recobrada libertad. Tenía claro que debía eludir las preguntas de la policía, así que era mejor cambiar de domicilio y despedirse de su trabajo. Se vistió despacio y esperó. Llegaron la sopa insípida y la pescadilla cocida. Comió, se despidió de sus compañeros de habitación y de Joaquín, el enfermero con el que llegó a trabar cierta amistad, y se fue.

En la calle comprobó que, a pesar de los largos paseos por los pasillos del hospital, todavía se sentía inseguro al andar. Aún así, decidió seguir caminando por la avenida hacia la Plaza de

Castilla. Antes de llegar giró a la derecha por la calle Mártires de La Ventilla y se paró para observar mejor el barrio en el que tan bien lo había pasado. Recordó cuando vivía allí, en su época de estudiante de Bellas Artes, y la cantidad de gente peculiar que había conocido ¿Qué había pasado para que todo cambiara tan rápido y de forma tan radical? No quiso seguir pensando, se lió un cigarrillo, lo encendió y se adentró en esa calle que ya estaba ejerciendo sobre él un efecto purificador. Unos metros más adelante y a la izquierda encontró, donde siempre había estado, el bar Jacobo y entró. Al verlo, y tras un momento de duda y asombro, el hombre que atendía la barra de aquella descuidada taberna, salió del mostrador con los brazos abiertos.

-¡Paco, Paco, eres tú, qué alegría!

-¿Qué tal, Jacobo? Cuánto tiempo sin vernos.

Se abrazaron y estuvieron así un rato, dándose sonoras palmadas en la espalda el uno al otro y soltando fuertes risotadas de felicidad por el

reencuentro.

-Bribón, desapareciste por las buenas y no hemos vuelto a saber de ti hasta el día de hoy. Pero, cuéntame ¿qué ha pasado, qué ha sido de ti? ¿y el trabajo? ¿y esa chica que tanto te gustaba y por la que nos cambiaste a todos. Ana, creo que se llamaba ¿no?

Paco le contó todo, que tenía que irse del trabajo y de la pensión en que vivía, que la chica le había metido en líos con la policía, que casi le matan en un parque, que estuvo un mes ingresado en La Paz, que tenía que cambiar de vida. Todo, lo contó todo menos lo del asesinato de la vieja. Eso era mucho para el pobre Jacobo.

-¿Y qué vas a hacer ahora? –preguntó el tabernero-

-De momento, volver aquí. Tengo que ver a Luis, a él se le ocurrirá algo. Necesito otro trabajo y un sitio donde vivir.

-Por lo segundo ya sabes que no tienes ningún

problema, cualquiera te hacemos sitio en casa. Lo peor es lo del trabajo. Está todo muy mal. Pero, sí, tienes razón, Luis lo solucionará. Con esas manos que tienes seguro que te sale algo.

-Aún no hay prisa, tengo algo de dinero ahorrado; además, necesito un poco de tiempo para averiguar unos asuntos.

Luis era unos quince años mayor que él, pero siempre se habían llevado estupendamente y los unía una profunda y sincera amistad largamente trabajada por innumerables peripecias en común y también -¿por qué no decirlo?- por muchas necesidades compartidas y algún que otro desencanto.

-Voy a dar una vuelta por el barrio, Jacobo ¿A qué hora vuelve Luis del trabajo?

-Sobre las seis está aquí como un clavo ¡Qué alegría se va a llevar!

Paco salió y se llenó de sano orgullo al comprobar que, cada pocos metros, la gente lo

saludaba, le paraba y le preguntaba. Y él mentía y mentía para no disgustarlos con su tragedia. Siguió por la misma calle, corazón de aquella pequeña y popular barriada, y enfiló su pronunciadísima cuesta abajo. Aquella calle era igual que su vida: se descendía plácidamente pero, después, se hacía necesario volver a subirla y eso era un trabajo duro y penoso. Sí, él había tocado fondo y ahora estaba obligado a subir de nuevo. Por el mismo sitio. No era posible cambiar de calle. No era posible cambiar de vida.

Llegó hasta un viejo taller de motocicletas que también las vendía usadas a precios bastante módicos. Entró y buscó a Manolo, el mecánico. El Lolo, como le llamaba todo el mundo, casi se desmaya al verle.

-¡Paquiño, carayo! –exclamó en la lengua materna, sabedor de que Paco compartía con él el mismo origen- ¿Qué te trae por aquí? Ha pasado mucho tiempo. Dime, hombre ¿qué paso?

Paco volvió a contar y volvió a disfrazar la parte

más cruda de la realidad. Ni siquiera él comprendía cómo se mezcló en el crimen. Sí, sí lo comprendía, pero no lo aceptaba, no aceptaba haber sido tan ingenuo, tan imbécil ¿Cómo se pudo fiar de ella? ¿Cómo estuvo tan ciego?

-Pues ya sabes, rapaz, ahora tienes que olvidarlo todo y empezar de nuevo como si nada hubiera pasado. Todos tropezamos alguna vez.

-Gracias, Lolo, así lo haré. Oye, necesito una moto pequeña que funcione bien y que no sea muy cara. Ya sabes, para moverme por Madrid. Mañana temprano voy al banco, paso por aquí, te la pago y me la llevo ¿vale?

-Te pondré a punto la mejor que tenga, chaval. Ya verás, como nueva y más que barata.

-Me fio de ti. Hasta mañana, Lolo.

-Nos vemos, Paquiño.

Llegó hasta la plaza en que moría la calle y giró a la derecha por la de Joaquín Dicenta hasta llegar al parque de La Ventilla, un pinar boscoso de

empinada topografía y entrecruzado de estrechos senderos por los que paseaban jubilados y corrían hombres y mujeres de edades diversas en pantalón corto, creyendo que de esta forma escapaban a la muerte. “Correr, siempre correr – pensó- Por la mañana en sus oficinas, en sus fábricas. Después para ir a recoger a los niños al colegio; por las tardes en los parques para desestresarse y bombear el corazón. Corren para hacer la compra, para coger el autobús o el metro, como si no viniera otro detrás. Corren por las autovías, corren por las calles, corren para llegar antes a comer, corren para comer. Viven corriendo para ahorrar tiempo y vivir más. Sí, seguramente vivirán muchos años así, sin fumar, sin beber y corriendo, pero, al final ¿se habrán enterado del paisaje de su vida? ¿cuántos minutos habrán dedicado a mirar alrededor, a fijarse en otra mirada que no sea la devuelta por el espejo?

Subió por el parque hasta la cima de una loma algo alejada de aquel locódromo y desde donde podía ver el barrio. Se sentó apoyando la espalda

en el tronco de un árbol y, mirando hacia abajo, hacia los tejados y las callejuelas, recordó cuando aquello era como un pueblecillo pegado a Madrid, con todas sus casas bajas y con patio, en muchos de los cuales se criaban gallinas, conejos y hasta cerdos. Los bares hacían las funciones de estanco, tienda de ultramarinos y droguería, y las calles eran de tierra batida, excepto las más principales, que estaban empedradas.

No había pasado tanto tiempo, pero la transformación había sido absoluta. Quedaban muy pocas casitas de aquellas y las obras surgían en cada calle, en cada plaza, en cada esquina, dándole al barrio un aspecto desvencijado, como roto y sin acabar.

Eran ya las cinco y media. Decidió salir del parque y volver lentamente hacia el bar Jacobo para encontrarse con su amigo Luis. Prefirió llegar algo tarde para no estar sometido al nerviosismo de la espera, así que subió por la Calle General Aranda –cambió de calle ¿sería un presagio- y se metió en la bodega Las Cepas.

Pidió una cerveza y observó a la Toñi, que no lo reconoció. No era de extrañar, por allí había ido muy poco porque la primera vez que entró le gustó la chica y le dio vergüenza de que ella se diera cuenta. Siempre había sido igual de tímido, menos con Ana, claro que, en aquella ocasión fue ella la empezó. Otra vez con Ana en la sesera. Tenía que quitársela de la memoria, así que volvió a mirar a la Toñi. Seguía como siempre: chiquitita, de buen tipo, con movimientos rápidos, casi nerviosos. Se fue sin decir nada, pero notó que, al pagar, ella se lo quedó mirando con cierta expresión de duda, como pensando “este tipo me suena y no sé de qué”.

Continuó subiendo la calle y sus músculos gemelos comenzaron a protestar por el esfuerzo. Un mes en el hospital había sido mucho tiempo como para exigirles ahora aquella prueba de resistencia. Tuvo que parar dos veces para tomar aire y descansar antes de alcanzar el final de la cuesta y llegar a la Plaza Este. Volviendo la vista atrás, desde allí se apreciaban con toda claridad

las cumbres de la sierra de Guadarrama, entorpecidas por las torres del Barrio del Pilar.

Torció por la Calle de Los Cedros y le adelantó un coche del que, a un volumen estridente, se escapaba una canción:

“Por un beso de la flaca

Yo daría lo que fuera”

Y se acordó de la Toñi. Y se rió para sí. Por fin, la primera risa auténtica en mucho tiempo. Las mejores risas son las que uno se dedica a sí mismo.

Llegó a La Plazuela. Allí había una escuela pública de educación infantil y el parque que la flanqueaba estaba abarrotado de críos y de jóvenes mamás con aspecto y acento un poco amacarrados, pero no exentos de gracejo:

-¡Que no, coño, que no toques eso, caca, caca. Joder con la niña de los huevos!

Otra vez la calle Mártires de la Ventilla y otra vez el bar Jacobo. Por las mañanas, el bar Jacobo

tenía como clientes a borrachines de interminables copas matutinas y parados crónicos. Por la tarde se trataba de trabajadores que, como Luis, acababan de llegar del tajo.

Paco se acercó a la puerta y miró hacia el interior. Allí, de espaldas, aferrado a un botellín de cerveza bien frío, estaba Luis explicándole a Jacobo los problemas que tenían este año para llegar a un acuerdo con los patronos en la firma del convenio colectivo.

Era Luis un tipo de estatura mediana y barriga cervecera, fortachón y colorado debido al trabajo físico al descubierto de las obras: Tenía el pelo blanco, desordenado hacia atrás en ondulaciones algo largas para su edad, según la opinión crítica de los más adocenados. Siempre iba despechugado y en manga corta, fuera invierno o verano, luciendo la tupida lana pectoral que, con seguridad, le abrigaba ya lo suficiente. Sus ojos eran claros y pequeños, pero muy brillantes y escudriñadores. Uno tenía la sensación, cuando Luis lo miraba,, de no poder retener ningún

secreto, de estar totalmente desnudo delante de él. De sabiduría natural y profunda, había sido un buen dirigente de base durante las reivindicaciones de los años setenta, pero nunca quiso ascender en el escalafón sindical, decía que él estaba bien donde estaba, en el tajo, compartiendo la vida y los problemas con sus compañeros, su única familia; decía también que los que tenían que ascender hasta los puestos dirigentes eran los más jóvenes, los más preparados, los que mejor podían señalar el camino por el que la clase obrera avanzaría hasta su total emancipación. Sin embargo, el tiempo lo desengañó: vio cómo aquellos jóvenes en los que confiaba se convertían en burócratas y cómo los sindicatos y partidos de izquierda tiraban por la borda conquistas en las que él se había dejado la piel.

-Sí, Jacobo, sí, los currantes nos hemos quedado en pelotas desde que desapareció la U.R.S.S. Todo eso de la Unión Europea y el Euro está muy bien, pero si se hubiera hecho desde la

perspectiva del internacionalismo proletario y no desde la globalización del poder económico. En pelotas, Jacobo, en pelotas, te lo digo yo.

-Venga, “Trogqui”, cáate ya que vaya mitin que me estás pegando.

-Sí, hombre, sí, ya me callo. Nunca me acuerdo de que tú eres un tabernero, un comerciante pequeño burgués y, por lo tanto, un enemigo, joder, un enemigo interesado sólo en no pagar impuestos.

-Toito te lo consiento menos que me llames enemigo después de haberme tirao treinta años poniéndote botellines y ¿cuántos fiaos, eh, listo, cuántos fiaos? Anda, deja de decir gilipolleces y mira los que tienes ahí atrás.

Luis se volvió sin esperar nada especial, pero se quedó mudo un buen rato al ver la figura larguirucha y desgarbada de Paco. Había pasado mucho tiempo pero seguía igual, con su melena por el hombro, su barba sin marcar y su aspecto bohemio y algo desaliñado.

-¡Coño, coño, coño! Paco ¿eres tú? ¿Dónde te has metido, cabrón, has estado en la guerra?

-Casi, Luis, casi –contestó Paco sin dejar de abrazar a su amigo-

Los dos lloraban como críos y no veían el momento de despegarse. Aún con los ojos húmedos y enrojecidos, y entrelazados por los hombros fueron hacia una mesa, se sentaron y Jacobo puso dos botellines. A Luis sí, a Luis se lo contó todo, incluido lo de la vieja y su deseo de venganza.

-Pero, muchacho ¿cómo se te ocurrió meterte en ese lío?

-Me engañó, Luis, me engañó, y yo la quería tanto, me tenía tan embobado que me lo creía todo. Me dijo que necesitaba el dinero para pagarse una clínica privada que la desenganchara de la heroína y la creí, me dijo que no le pasaría nada a la vieja y la creí, me dijo que ya vería lo felices que seríamos después y la creí, me presentó al Chirlas diciendo que era un pobre

chorizo, pero muy buen chaval y que nos ayudaría en todo y la creí. Así que les di la dirección de la vieja. A ella no le hacía falta tanto dinero. Pero la mataron, Luis, la apuñalaron hasta matarla y cuando fui al parque donde había quedado con el Chirlas para que me diera el dinero para la clínica es cuando me enteré de todo: me enteré del crimen, me enteré de que Ana me había utilizado como a un imbécil y me enteré de que yo tenía que llevar el mismo camino de la vieja para que no dijera nada. Lo demás ya lo sabes.

-Chaval, tienes que ir a la policía y contarlo todo, si no te vas a buscar la ruina.

-La ruina ya me la han buscado esos yonkies de mierda. Ahora no me importa nada. Si tengo que ir a la cárcel que sea por algo gordo.

-Siempre te he dicho que de la alianza con el lumpen nunca sale nada bueno.

-No me des charlas ahora, Luis.

-Vale, vale. Mientras piensas lo que vas a hacer puedes quedarte conmigo. Yo sigo viviendo en el mismo sitio. La mía es una de las pocas casitas que todavía quedan sin tirar, cuando lo hagan tendré que acostumbrarme al piso. Esta misma tarde haremos unas llaves y, ya sabes, compañero, como siempre, tú entras y sales y haces lo que quieras.

-Gracias, Luis. No esperaba menos de ti. En cuanto a lo que te dije del trabajo, no empieces a buscar aún. Tengo unas perrillas ahorradas y, como tú bien dices, tengo mucho en qué pensar. Daría media vida, Luis, por matarlos a los tres.

-Tranquilízate, Paco, joder. Si hablas con la poli todo saldrá bien. Ellos comprenderán y, ya sabes, como tú no te manchaste de sangre y, además, es la primera vez, lo más seguro es que no vayas a prisión.

Paco hizo ver a Luis, sólo para que se callara, que eso es lo que acabaría haciendo. Pero su decisión estaba tomada.

• • •

-Buenos días, Lolo –dijo Paco en voz alta-

-¡Hola, Paquiño! –gritó el Lolo desde el fondo del taller- Ven, pasa, carayo. Aquí tienes lo que estás buscando, mira.

Frente a él se encontraba una recién reparada y pulida Derbi Antorcha de 49 c.c. rectificada a 65. Una auténtica joya de finales de los años sesenta.

-¡Es preciosa, Lolo! –exclamó-

-Y es tuya por el dinero que me ha costado ponerla a punto. Sólo ciento cincuenta euros. Considéralo un regalo de bienvenida.

Paco sacó la cartera y extendió al Lolo el dinero requerido. Con cara de satisfacción subió a la máquina y arrancó. Aquel viejo cacharro tiraba de maravilla y él, en ese momento, se sintió libre y feliz. Salió del barrio, cruzó la Plaza de Castilla y bajó por La Castellana.

No le duraron mucho aquellos sentimientos. Demasiado pronto se metamorfosearon en una

indomable legión de demonios desatados. La tristeza, la soledad y la falta absoluta de motivación –excepto el odio- lo atenazaron de nuevo. Ideas negras cruzaron su mente y sintió que toda su existencia carecía de sentido. Intentó recordar quién o quiénes le habían engañado con palabras y conceptos como ilusión, alegría, felicidad, amor y otros por el estilo, pero no encontró ningún culpable, tan sólo una amalgama de personajes que, en el pasado, y engañados como él, habían tratado de transmitirle la presunta bondad de la vida ¿Dónde estaba ahora esa bondad ¿dónde estaba ahora la misma vida?

Llegó a la Plaza de Carlos V y, tras callejear un par de minutos, entró en la Calle de Tortosa y paró la moto frente al Hostal Alegría. Aquella vieja gloria a la que el Lolo había añadido un llamativo manillar americano y un respaldo había llegado allí en un santiamén. Subió a la segunda planta por los viejos escalones de madera chirriante y carcomida y le resultó familiar el olor a humedad, guisos y mugre. Encontró a la

patrona, saldó la deuda y volvió a la calle con una mochila repleta de ropa y algún que otro libro. Los demás nunca los había sacado de casa de Luis.

Antes de volver a La Ventilla saludó a la gente del bar Los Migueles y volvió a inventar la historia. Nadie tenía por qué saber la verdad. Hasta a él mismo estaba dejando de importarle.

A mediodía estaba de vuelta y, después de dejar sus cosas en la casa decidió ir a comer al bar de Jacobo.

Macarrones y albóndigas aliviaron su apetito, unas natillas después y, para acabar, un café solo y una generosa copa de orujo blanco. Ante ella, su imaginación voló hacia atrás y recordó a las mujeres de su vida.

Catorce años, sólo catorce años tenía cuando, en medio de una aburrida clase de latín, sintió que algo le deslumbraba. La luz provenía de más allá de la lúgubre ventana, de una de las aulas del edificio anexo en el que estudiaban las chicas, al

otro lado del patio interior del colegio. Era la primera vez que vio entrar algo de luz por aquella ventana gris que parecía dar a ninguna parte y eso le sorprendió. En la larga noche de *lupus-rosae*, el inesperado rayo caído sobre sus pupilas, absortas en la nada tras la huida de la lengua muerta, despertó su atención y buscó su origen. El foco era un coletero de metal dorado prendido en el pelo castaño claro de una alumna sentada en la última fila. En su clase sí daba el sol a esa hora y aquel adorno lo había recogido para rebotárselo a él. Buscó su cara y tuvo que esperar mucho tiempo a que la niña se volviera. Por fin lo hizo y la vio, y la miró muy despacio y sintió algo que nunca había sentido. Al principio no supo definir qué era aquello tan nuevo que le oprimía el pecho, pero, después de prestar atención a un par de programas televisivos y de leer algunos artículos de las revistas que leía su madre, decidió que se había enamorado.

Pasaron muchos meses desde aquel día hasta que una tarde, la última de aquel curso, un veintitrés

de junio, se le acercó y, emulando de forma inocente, bufona y tierna, a sus actores preferidos, le dijo con un nudo en la garganta: “Lourdes, te quiero”. La decisión fue tomada después de mucho tiempo de buscarla, de perseguirla, de intentarlo mil veces y rendirse en el último minuto; pero esa tarde, esa tarde se acababa el curso y quizás no la volviera a ver. Pero sí, sí volvió a verla muchas veces, y alguna de ellas hasta pudo besarla, y aún ahora, después de tantos años, se ven alguna vez.

La segunda chica que se abrió paso en su corazón fue Milagros, la céltica, la verde, húmeda y difusa Milagros. Cabello rubio cayendo en bucles prietos, pero sedosos y enormes, y expresivos y lánguidos ojos verdes llamaron inmediatamente su atención nada más subir al tren que a los dos llevaría a Madrid desde Galicia. Ella iba a trabajar a un supermercado; él ya estudiaba en Madrid y volvía después de haber pasado una temporada con su familia. Ella tenía dieciocho años, él diecinueve. Se enamoraron rápidamente

y estuvieron juntos salvo más de un año, pero Milagros se reveló como una mujer excesivamente responsable para él, que no estaba dispuesto a renunciar a ningún sueño. En fin, aquello se acabó, pero la gallega se le ha quedado grabada para siempre. Como todas las mujeres que le ayudaron, queriendo o no, a construir su vida.

Después vino Lola, aunque ya la conocía de antes e, incluso, había salido con ella alguna vez. Con Lola se llegó a casar y fue el amor de su vida.

Se conocieron en los ambientes hippies de finales de la década de los setenta. El blues, el rock'n roll, los sueños de libertad en naturaleza y el deseo de revolución constante junto con algunas dosis de marihuana, LSD y la siempre subyacente angustia vital, hicieron el milagro. Los tres o cuatro primeros años fueron bien, los demás, hasta diez, se convirtieron en una escalera descendente que sólo podía conducir al infierno. Él nunca quiso vender su rebeldía, hasta convertirla casi en patológica y cometer

auténticas locuras en su nombre; ella acabó aceptando que una secta religiosa encarrilara la suya. Los últimos días fueron violentos y tediosos pero, aún así, todavía no puede evitar el evocarla con cariño.

Gloria, Paloma y María fueron sus amantes mientras el matrimonio se desvanecía. De todas aprendió algo, con todas compartió algo y de todas guardaba un buen recuerdo. Sólo la última, sólo Ana le traicionó. El recuerdo de Ana le sublevó y devolvió a la realidad de forma brusca y muy poco amigable. Se encontró frente a la copa de orujo y la volcó entera en el fondo de su garganta, abriendo la boca con una mueca grotesca y asqueada.

-¡Ponme otra! –gritó-

-Vale, vale ¿qué mosca te ha picado?

-Nada, perdona. Estaba pensando y me he mosqueado.

Y siguió pensando antes de engullir la segunda

copa: “No, nunca volveré a enamorarme. Me lo prometo”.

Salió de allí y montó de nuevo en su recién estrenado potro mecánico. Rumbo: Entrevías. Prefirió atravesar Madrid en lugar de ir por la M-30. Le gustaba sentir las calles, palparlas, olerlas, llenarse del bullicio que desprendían y fundirse con ellas como si sólo en el anonimato de la multitud pudiera sentirse plenamente vivo. Descendió por la Calle de Méndez Álvaro y subió por la Avenida de Entrevías, en sentido contrario a la última vez que recorrió ese camino sujetándose las tripas. Pasó frente al parque en que lo apuñalaron y volvió a sentir el pinchazo en el vientre. Algo más adelante, y sin quitarse el casco para no ser reconocido, se detuvo frente al bar La Galera para echar un vistazo al interior. No, aún no estaban allí, era demasiado pronto. Encendió de nuevo el motor, tiró hacia la Ronda del Sur y paró en el parque de Entrevías. Tomó asiento en un banco de madera y perdió la mirada en el urbano horizonte. Desde aquella altura se

veía toda la ciudad, sus torres de hormigón y cristal y sus campanarios, su soberbia económica incontestable y su despotismo espiritual, como cuerpo y alma de un dios gigantesco, omnipresente, cruel y vampírico que se alimentara de las miserables existencias que pululaban entre sus cimientos, de la vida de sus propios constructores, como Cronos devorando a sus hijos.

Recordó cuando él se introdujo por primera vez en aquel infierno seguro de haber comenzado su particular asalto al paraíso.

Recién terminado el bachillerato en Pontevedra convenció a su madre para continuar estudiando en Madrid. Siempre se le había dado bien el dibujo y decidió estudiar Bellas Artes, pero primero tenía que hacer el Curso de Orientación Universitaria. Nunca lo terminó, le pudieron su pasión por la bohemia y lo que entonces se conocía como “movida madrileña”. Se hospedaba en viejas pensiones, tan baratas como sucias y subsistía con la venta de retratos en la

Plaza Mayor y algunos trapicheos esporádicos de yerba. Viajó, viajó mucho en tren, bus y, sobre todo, a dedo. Conoció a mucha gente de variopinto pelaje y más de un problema tuvo con la poli. Todo eso se amalgamaba ahora en su memoria y sentía nostalgia. Incluso hizo sus pinitos en el rock'n roll encabezando un grupo llamado Sperma.

Sí, nostalgia y tristeza, como si se hubiera dejado algo por hacer, como si hubiera dejado pasar alguna oportunidad que estuvo muy cerca y no reconoció, pero de la cual se le quedó grabado el olor, la sensación de su presencia y la seguridad de no haber estado en el momento preciso en el lugar adecuado, de haberse quedado, como siempre, al margen.

Por fin, aceptó un trabajo como dibujante en una editorial y, al poco tiempo se casó. Pero aquella aparente estabilidad no duró demasiado. A los tres años abandonó el empleo, aprobó el curso de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y comenzó a estudiar Bellas

Artes. Abandonó la carrera cuando creyó que ya no tenían nada que enseñarle y su curiosidad lo llevó a estudios de Filosofía y Teología. Su mujer no podía o no quería seguir sus pasos, así que, aburrido de ella y de su adocenamiento espiritual, que ya comenzaba a entrever, buscó la compañía de otras mujeres, hasta que el matrimonio se acabó poco antes de conocer a Ana, cuando ya se había trasladado a vivir a La Ventilla ¡Otra vez Ana bailando en su cabeza! ¡Joder, tenía que acabar con ese dolor como fuera!

Volvió a fijar su atención en aquella ciudad dura y antropófaga que, sin embargo y a pesar de todo, lo había conquistado. Esta vez la miró despacio, de un extremo a otro, y, como una revelación, creyó comprenderla de golpe, en un solo instante de clarividencia fugaz. Pobre monstruo acorralado, defendiéndose a fuerza de ferocidad. La entendió de pronto como un ser vivo que, arrancado de su hábitat primigenio, se ve obligado a vagar invadiendo barbechos, huertos y

pueblos, con la identidad perdida por obra de su propia enormidad pero latiendo aún en los corazones de gentes como Luis, Jacobo y otros muchos. En sus tiempos de movida se decía “Madrid me mata”; y era cierto, aún se puede morir de amor.

Había pasado bastante tiempo, así que montó de nuevo en la Derbi y volvió a La Galera.

Allí estaban ahora los dos, el Tupé y el Chirlas, sentados frente a frente y con un par de tercios de cerveza sobre la mesa; hablaban en voz baja, pero muy deprisa, nerviosos, inclinados el uno sobre el otro. De pronto, Ana pasó junto a él y atravesó la puerta del bar para ir a sentarse junto a sus dos colegas. Paco, aunque sorprendido, permaneció inmóvil, amparado en el anonimato del casco de motorista. Sin embargo, Ana debió sentir alguna corazonada porque se volvió para mirarle mientras avanzaba. Él continuó tranquilo e hizo ademán de mirar el reloj como si esperara a alguien. Cuando Nita se sentó, arrancó y se fue.

-He tenido el presentimiento de que el que estaba fuera era Paco –dijo Nita a los otros dos-

-¿El de la moto? –preguntó Chirlas-

-Sí.

-¿Ya estás con tus chorradas? –intervino Tupé-
¿Cuándo te vas a enterar de que ese está fiambre?
Y aunque hubiera salido vivo ¿qué coño iba a hacer aquí? Anda, tía, deja de alucinar.

-Perdona, Tronco. Me habré quedao colgá con el pavo. Yo qué sé.

Por su parte, Paco se sentía orgulloso de sí. Hasta ese momento no supo cómo iba a reaccionar al tenerlos delante otra vez. Se lo preguntó día tras día y ahora lo sabía: no se le alteró la sangre ni tuvo el más leve asomo de intranquilidad. Ya podía pensar despacio, muy despacio, la manera de llevar a cabo su decisión.

Aún quedaba mucha tarde por delante, así que resolvió acercarse hasta su trabajo para despedirse y saber qué preguntas había hecho la

policía, pues daba por seguro que habría pasado por allí.

Usera no estaba lejos de Entrevías, de modo que en unos minutos se encontró en la Calle de los Ferroviarios, frente a la puerta del taller donde trabajaba y en la que se podía leer: “Restauración de muebles y obras de arte”. En aquel local abarrotado de pinturas, barnices, decapantes, marcos tirados por el suelo, pinceles, cepillos de carpintería y otros innumerables útiles, había pasado momentos inolvidables haciendo lo que le gustaba junto a sus dos compañeras, Montse y Rosa, unas auténticas manitas. Ellas sí que lo reconocieron al momento, con moto, con casco y todo. Estaba seguro que hubieran sabido que era él hasta con un disfraz de buzo. Como siempre, empezaron a hablar y a reprocharle cosas las dos a la vez.

-¿Dónde te has metido?

-¿Por qué no cogías el móvil?

-Hasta a la pensión hemos llamado.

-Nadie sabía nada de ti.

-¿No habrás vuelto a las andadas con la bebida?

-¿Por qué estás más delgado?

-No, si te habrás metido en otro lío.

Ya las conocía y sabía que era sólo cuestión de esperar. Poco a poco las preguntas se espaciaron más, bajaron el volumen y, por fin, se callaron y le saludaron con un beso.

A ellas también les contó toda la historia, incluido el asesinato de la vieja. Sabía que sus dos amigas nunca lo traicionarían. Montse le dijo:

-Ya lo sabíamos porque vino la policía hace dos días y nos preguntó si era posible que tú tuvieras algo que ver, que eras el que reparó sus muebles antiguos y sus cuadros, los mismos que han desaparecido. Naturalmente les dijimos que no, que tú eras un chico estupendo y que nunca te meterías en algo así.

-También nos enteramos por ellos –añadió Rosa-

que estabas en el hospital, pero cuando fuimos a verte ya te habías ido y tampoco sabíamos a dónde.

-Y, de momento, no os lo voy a decir –dijo él- Mejor para todos. Por cierto, chicas, me voy de aquí. Lo he pasado muy bien, pero me tengo que ir y hacer otras cosas.

-Paco, por favor -siguió Rosa mientras Montse, en uno de sus arrebatos de mala leche, se puso a cepillar con furia el borde de una mesa- ¿qué vas a hacer?

-Ahora no lo entenderíais, pero no os preocupéis, os llamaré de vez en cuando ¿vale?

-¡Vale! -gritó Montse desde el fondo-

-¿Ya se te ha pasado?

-Sí, tío. Hasta pronto.

-Decidle al jefe Víctor que me borre de la nómina y que no se preocupe por los papeles del paro. No quiero que nadie sepa dónde vivo.

Aquellas dos chicas, y sin que ellas mismas lo supieran, le habían hecho revivir en varias ocasiones y siempre les estaría agradecido. Las quería con toda el alma y hasta le molestaba tener a veces que contrariarlas.

Bajó por Marcelo Usera y cruzó el río Manzanares para subir por el Paseo de las Delicias hacia Atocha. El río y Atocha siempre habían sido sus dos ejes. Él los veía como los dos órganos principales de su ciudad, las dos piezas fundamentales sin las que nada hubiera podido funcionar. El río y Atocha. Atocha y el río. En su vida de madrileño, que ya era casi toda su vida, cualquier cosa digna de mención le había sucedido cerca de uno de estos dos enclaves, o de los dos.

Antes de llegar a la plaza se desvió hacia la Calle del General Lacy para visitar a sus amigos de la taberna La Albahaca, un garito situado en el número seis y que tenía algo de hogar, de reducto infranqueable. Sí, allí estaban todos. Era la hora de reunión de los inconformistas del barrio y

hasta de otros barrios cercanos. Todos de distinto pelaje y diferentes edades, pero unidos por ese sentimiento angustioso de haber sido alguna vez abandonados en la cuneta, ladrando a la luna. Estaban Lía y Perico, Paulino y Marimé, Amparo, Jesús, Susana, Nacho, Giuseppe y su novia, Eva, Cristo, el Chino, Fede, Andrés, Oscar, Teto, Rafa, Gema, Cristina, Mariluz y Decio.

Las preguntas llovieron de nuevo, pero éstos, sólo con verle la expresión, supieron que no había que preguntar demasiado.

Paco pidió una cerveza y se apoyó en la barra. Estaba a gusto en aquel bar y con aquella gente, su gente ahora. Ellos también querían saber, pero lo conocían demasiado y le dejaron beber en paz y disfrutar del blues –su música preferida– que estaba sonando. Fue allí precisamente por eso, porque sabía que de aquella gente con el corazón taladrado por el desengaño, la impotencia, la rabia, la injusticia o la frustración podía esperar la soledad en compañía, ese abrigo que no pesa.

Todos ellos, igual que él, en un momento de su vida, habían elegido la derrota por compañera, la derrota antes que la traición. “Desencantado de todos, desencantado de mí”, la máxima de Baudelaire se respiraba en la atmósfera de La Albahaca y emanaba de las copas, de las risas, de las bromas; se podía leer en cada pupila, escuchar en cada boca.

Sí, estaba bien allí, como si el tiempo transcurriese almohadillado y leve. Pero pasaba; el tiempo, ese implacable enemigo, pasaba, lo percibiera o no. Y lo percibió otra vez, y se dio cuenta de que “nada impedirá que pase este minuto. Esta copa que bebo con vosotros no lo evitará, tampoco lo hará el ponerme a teclear furiosamente una historia inventada ni el soportar la estúpida y triste realidad que me rodea, ni el intentar transformarla, ni siquiera el conseguirlo. Este minuto pasará suceda lo que suceda: haciendo el sexo con una prostituta lacerante o absorto en la mirada de mi amor imposible. Este minuto se pasará igual, haga lo que haga. Y

acabará conmigo un poco más, haciéndome un minuto menos vivo, un minuto más muerto”.

La idea del tiempo siempre le había vencido, era el único concepto que le desesperaba y le exasperaba a la vez, se sentía preso dentro de él y eso era lo que menos le gustaba. El tiempo no se veía, no se palpaba, pero todo lo contenía, desde la vida de una célula hasta la historia del universo. Se sabía encerrado en el tiempo e incapaz de luchar contra él. Siempre que caía en esta reflexión se deprimía profundamente y se replanteaba toda su existencia, para llegar, una y otra vez, a la misma conclusión: la indiferencia; pero claro, la suya no era indiferencia liberadora, al estilo budista o hindú; no, la suya era una indiferencia nihilista, portadora de pesimismo y sufriente; era la indiferencia del vencido, del que no tiene otra salida. Y desde esa diferencia se preguntaba por el sentido de su vida y le importaba un carajo; y por la muerte, y a veces la deseaba; y por el amor ¿el amor? ¿qué coño era el amor?

Cuando le daba la vena filosófica siempre acababa cabreándose consigo mismo por dejarse arrastrar en una cascada de problemas irresolutos desde el mismo origen de la historia y, posiblemente, irresolubles hasta el final.

¡Tanto preguntarse por el origen último de la materia o por el sentido del hombre en el cosmos! ¡Gilipolleces! Se rió para sí porque de pronto se le ocurrió que aquellas gilipolleces se habían colado en el lenguaje vulgar: “¿tiene usted hora?” (la dictadura del tiempo) “¿me das fuego?” (búsqueda de satisfacción de los deseos) “¿cómo te llamas?” o “¿a qué te dedicas?” (afán insaciable de conocimiento)

Paulino se dio cuenta de aquel esbozo de sonrisa entre irónica y triste y se acercó.

-¿Qué pasa, colega?

-Hecho una mierda, compañero, una grandísima mierda.

A Paulino también se lo contó todo. Era casi una

garantía de libertad, pues estaba seguro de que su chica, Marimé, cariñosamente apodada “la ONG”, organizaría rápidamente una colecta para pagar la fianza en caso de que fuera necesario.

-¡En vaya marrón que te has metido, tío!

-¿Y qué hago, Pauli, qué hago?

-Nunca me gustó esa tipa, te lo dije mil veces. Me parecía que iba de palo ¡y mira! Pero tú, nada, erre que erre.

-Eso que es heavy, como tú.

-En la tribu hay mucho hijo puta.

-Como en todas, supongo.

-Era una guarra. Se le notaba.

-¿Te debo unos cuernos?

-Porque no quise. Un colega es un colega. Pero era capaz de todo para conseguir pelas para un pico.

-Como así se ha demostrado –concluyó Paco-

Paulino era un buen tipo, se percibía nada más verle: transgresor, irónico, bromista, necesitado de atención, de pensamiento profundo aunque expresado en forma de vómito violento hacia todo lo que le sonara a “sistema”, de aspecto salvaje con aquella melena rizada que casi llegaba a su cintura y esa mirada de lobo en alerta permanente; en fin, ya está dicho: un buen tipo.

Era también un excelente guitarrista y letrista que había fundado varios grupos de heavy metal, entre ellos Los Porretas, Piorrea y Soga, llegando a realizar algunas grabaciones. Paco siempre estaba dándole la tabarra para que volviera al rock'n roll, al menos como compositor, pero se negaba en redondo. A veces hasta usaba como truco sucio para convencerle el recuerdo de que había prometido a sus tres colegas de Soga, todos víctimas de la heroína, que volverían a verle, desde donde estuvieran, subido a un escenario golpeando la guitarra y aullando sus poemas compuestos de acero y lágrimas. Pero ni así.

Paulino estaba dolido con el rock, creía que le había traicionado, que lo que él concebía como una forma de vida, una manera de dar a luz nuevos valores, se había podrido y degenerado. Contaba anécdotas de rockeros que todos conocemos y nos los presentaba como seres ensoberbecidos, vanidosos y clasistas, como dioses paganos lujuriosos y borrachos, deseosos de presenciar sacrificios en su honor, en descarada e hipócrita contradicción con el mensaje de sus canciones. Estas actitudes Paulino las detestaba visceralmente y las definía, englobándolas, como “la mierda del rock´n roll”.

Pero Paco era tan cabezón como Paulino y no se rendía con estas exposiciones de su amigo, argumentándole ahora desde un punto de vista sentimental, al que sabía que, por su propia emotividad, era muy sensible:

“Joder, Pauli, a mí me gusta el rock y no dudo que sea cierto todo lo que dices de esos tipos. Pero no es culpa del rock, es culpa de ellos, que son unos cabrones y se han quedado alucinados

con la pasta que les dan ahora y con las cuatro niñas quitándose las bragas nada más verles. Vale, tronco, será así, no te lo discuto, pero, entonces, más a mi favor. El rock necesita gente como tú que lo rescate de ese basurero, tíos con dos cojones que sientan de verdad lo que están diciendo y lo lleven a la práctica en sus vidas, con sus propios testimonios. Tienes la obligación de hacerlo, Pauli, una obligación para con los demás, contigo mismo y conmigo, con tu amigo “el viejo hippy”, como te gusta llamarme. ¡Vamos, coño! Devuélvenos el espíritu del rock´n roll, ese espíritu transgresor y revolucionario ¡Tú puedes hacerlo! Si no lo haces es porque no te da la gana y los que sabemos que así es no te lo perdonaremos nunca”.

Llegados a este punto, Paulino se quedaba mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos y en silencio. Por un momento daba la impresión de estar meditando sobre lo que acababa de oír. Cogía despacio, casi reflexivamente, su vaso de cerveza y daba un buen trago, haciendo

chasquear la lengua después, se volvía de nuevo hacia Paco y decía muy espaciadamente: “Mira... Paco,... vete a la mierda”.

“No esperaba menos de ti”, contestaba éste.

Esta escena se reproducía de forma inalterada cada vez que se veían y no fue menos en esta ocasión.

Mientras, Lía y Perico, la pareja que regentaba el local, no paraban de moverse. Lía, como siempre, muy veloz y pizpireta, con su aspecto infantil, colocaba botellas, vasos y bandejas de comida sobre las mesas. Perico, también como siempre, intentaba imitarla, pero sólo conseguía romper copas y ceniceros, teniendo, acto seguido, que quitar los destrozos con el cepillo y el recogedor. Nadie le decía nada porque a todos nos tenía acostumbrados a tan absurda actividad. Incluso a él le parecía ya lo más normal del mundo que fuera ese el resultado de su trabajo, con lo que se había ganado a pulso el sobrenombre de “el manitas”.

-¿Qué estáis haciendo, chicos? –preguntó Paco-

-Estamos preparando una fiesta para los íntimos. Dentro de un rato echaremos el cierre y a las diez todos aquí ¿vale? –dijo Lía-

-Vale, por mí fantástico.

Y se dirigió de nuevo a Paulino:

-¿Me acompañas a dar una vuelta? Me apetece tomar unas cañas por los sitios de siempre. Es como si hiciera mil años que no vengo por aquí.

-Venga, vamos, pero no me des el coñazo con la música.

-¡Rockerero cabrón! Anda, tira.

-¡Volved serenos, que os conozco! –gritó Perico mientras se reían todos los demás-

Salieron e hicieron la ronda de bar en bar, como era costumbre en aquel barrio madrileño, saludando a vecinos, conocidos, algunos amigos y taberneros, auténticos sacerdotes repartidores del brebaje sagrado en aquel peregrinaje hacia el

santo interior. Como pasaba a veces sin saber por qué, se sintieron invadidos de cierta desidia, pero cada uno por su lado, sin decírselo; el sentimiento era común pero el sufrimiento, profundo y quedo, individual, imposible de compartir. Se conocían y lo sabían. También sabían que era mejor no hablar, que sobraba toda palabra, que la comunicación, en ese momento, era así más efectiva.

Bajaron casi hasta la Glorieta de Santa María de la Cabeza y se metieron en la Taberna de Daniel, un pequeño garito de madera obscura en el que atronaba el rock'n roll. La pequeña Gloria les recibió muy bien y, como siempre, les dijo que fueran más a menudo, que ya sabían que les quería y que esa era su casa. "Nos pilla fuera de ruta, Gloria, ya lo sabes. Venimos hasta aquí cuando no la hemos pillao por el camino". Ella se rió con una carcajada limpia. Ninguno de los dos deseaba pillarla aquella tarde, No querían aguar la fiesta a los chicos de La Albahaca, sobre todo a Marimé que, al verlos salir, los miró con cara

de sospecha.

Volvieron a subir y se detuvieron en la Calle Áncora, en el bar Santamaría. A Paco le gustaba ir a ver a la camarera, Lucía; disfrutaba mirándola y ella era plenamente consciente de su fijación, sabía que su cara, su cuerpo, su mirada y su voz le llevaban por la calle de la amargura y sonreía cuando le veía entrar, pavoneando aún más sus veintiún años delante de él. Era como un juego, para ella, claro: porque para Paco se convertía a veces en una tortura.

Lucía era dominicana, la negra más linda que jamás había visto, moldeada de noche y luna, amasada con reflejos de luceros plateados sobre agua balsámica y rítmica, horneada con el fuego sagrado de los misterios solares, secada al viento cálido de mares bucaneros, decorada de arcanos tabúes y traída a la vida por el soplo divino de alguna diosa primigenia que en ella decidió encarnarse para subyugar... a Paco.

-¿Te ha dao un aire? –preguntó Paulino- Ya sé

que te gusta ¡Nos ha jodío! Y a mí, y al del fondo, y a aquel otro, y al menda ese que pasa por la calle -decía señalando a la gente- Y no se nos pone esa cara de gilipollas.

-Es que no comprendo cómo en ese gesto tan inocente puede haber tanta belleza ¿Cómo una mirada tan pura, tan limpia, puede provocar tanto deseo de contaminarla de amor?

-¡Hostias! Le ha dao romántica al gacho.

Se le vino a Paco a la cabeza la letra de una de las canciones de su amigo Paulino:

“¿Cómo puedes ser tan guarra?

¿No me pudiste avisar

que tenías gonorrea?

Ahora me la tengo que cortar.”

A la estrofa hay que añadir un insuperable aporreo de guitarras eléctricas y batería.

-Ya, ya, comprendo tu postura –le dijo- pero si yo tuviera diez años menos me casaría con ella.

-Joder, tú siempre estás pensando en casarte. Si aún no te has divorciado de la primera.

-Entiéndeme, coño, quiero decir que la raptaría en una carroza tirada por corceles blancos.

-Tú sí que estás carroza.

-Por eso no lo hago.

Paco echó una última mirada a Lucía y suspiró antes de salir con Pablo hacia La Albahaca. Ella se despidió sonriendo con picardía adolescente.

También Marimé suspiró alegre y aliviada al verlos entrar en perfecto estado de revista: ni un traspies, ni una palabra más alta que otra, ni manchas de grasa en las camisetas; por fin, todo excepcionalmente bien. Saludó a su chico con un beso y volvió a sentarse con Amparo que, como era de esperar, le estaba metiendo una buena charla sobre la continuidad del sentimiento comunero en Castilla. Ellos decidieron pasar del tema y se sirvieron unas copas cerca de Andrés, el ferroviario-rockero-anarquista que con un ojo

controlaba el perfecto liado de su porro y con el rabillo del otro el movimiento del culo de Gema al ritmo de la música. Su sonrisa abierta y beatífica delataba que no se trataba del primero que iba a fumar, pero en este estaban dispuestos a ayudarle fervorosamente. Todo transcurría con tranquilidad y de forma esperable: el Chino hablaba de música y política a la vez, Cristina deambulaba bailando de un extremo a otro del local, Mariluz repartía croquetas, Oscar lo miraba todo con ojos muy abiertos, esa expresión tan suya de eterno asombro, Giuseppe emitía constantemente opiniones sobre cualquier cosa con ese característico tono de voz y peculiar volumen que recordaba al cine italiano de postguerra, Perico rompía y recogía objetos frecuentemente mientras sonreía al tendido y blasfemaba a un tiempo, Lía sacaba fotos, Cristo hacía sonar su armónica, Nacho hablaba de sexo; Fede estaba despistado, pero no había de qué preocuparse, era así; Jesús permanecía hipnóticamente absorto en el espacio que había entre sus ojos y la pared de enfrente, Gema reía

estrepitosamente y seguía moviendo su culo, Andrés continuaba sin perderlo de vista. Todo normal hasta que sonó aquel maldito móvil que trastocó el discurrir de la fiesta. Era el teléfono de Gema y a todos les pareció extraño que sonara a aquellas horas. Bajaron la música y la dejaron hablar. La expectación se apoderó del grupo. Contestaba a su interlocutor con frases cortas y secas, monosílabos en su mayoría. Cuando colgó les dijo:

-Era mi hermano.

Silencio.

-Mi padre ha muerto.

Andrés dejó de vigilar su culo, la miró a los ojos y se le cayó el porro al suelo.

Giuseppe no opinó nada.

Cristina dejó de bailar.

El flash de Lía se apagó.

Perico no tenía nada que romper entre las manos.

El Chino y Nacho callaron, cualquiera hubiera dicho que para siempre.

Fede siguió despistado, ahora más.

Oscar no pudo salir de su asombro.

Jesús encontró, por fin, la pared de enfrente.

-Mi padre ha muerto –repitió- Y gritó, gritó rajando el aire, gritó apuñalando el humo, gritó desgarrando el espacio con su voz inconsolable y rota. Y después rió, rió como una posesa, como una sacerdotisa en trance frenético. Y su grito y su risa les detuvo la respiración y erizó el vello.

La muerte, otra vez la muerte presentándose de improviso, sin ser invitada. Quizás escuchó aquello de “...fiesta para los íntimos” y ¿qué relación más íntima puede haber que la de la muerte abrazando la vida hasta ahogarla?

Y Gema se llenó y vació el vaso muchas veces. Y se emborrachó. Pero no como otras veces, no para vacilar y para divertirse. Se emborrachó para contarles que quería a su padre aunque no se

hablaran desde hacía años, se emborrachó para decirles que era un jugador, un borracho, un putero y un “cocainímido”, se emborrachó para destrozarse el alma y ofrecérsela en sacrificio en el último adiós, se emborrachó para gritarle:

-¡Putero! ¡Putero! ¿Por qué te has ido, puterooo?

El alba los sorprendió bebiendo lágrimas con alcohol. Comenzó la dispersión y Paco se fue a dormir a casa de Paulino y Marimé. Lía llevaría por la tarde a Gema al pueblo donde sería enterrado su padre.

La mañana transcurrió en duermevela. Se levantó a eso de la una y, después de una ducha rápida, se despidió de la pareja, aún en la cama, y salió a la calle.

No tenía pensado salir del barrio en todo el día. Era su barrio y le gustaba estar allí; además, aún tenía que ver a mucha gente y revivir viejos ambientes.

Lo primero que hizo fue sentarse en la terraza del

bar Áncora, en la esquina de la calle del mismo nombre con la del General Lacy. Lo regentaba una pareja de paquistaníes y su situación era perfecta para sentirse como un viajero en alguna ciudad fronteriza repleta de aventureros. Estaba en el límite sur del barrio y allí la población blanca se fundía en un crisol con gentes de procedencia oriental, africana, caribeña y centroamericana: todo un lujo de exotismo al término de un paseo de escasos cien metros que permitía ponerse en contacto con otras formas de percibir el mundo. Le atraía, sobre todo, el concepto del tiempo de los caribeños. Bajo nuestro punto de vista eran lentos y algo informales, pero es que, para ellos, concertar una cita a las ocho significa “a partir de las ocho si es que durante el trayecto no me encuentro con salgo que me enrolle más”. Ellos no entienden el tener que perder una oportunidad sobrevenida por el cumplimiento de una obligación preconcebida, aunque esa oportunidad sea únicamente la apetencia de dormir un par de horas más. Seguramente se trataba de una antigua

sabiduría llevada hasta América desde la vieja África, donde, antes de la contaminación europea, las tribus trabajaban en la caza y recolección –como hoy siguen haciendo algunos pigmeos- no más de un día a la semana, dedicando el resto del tiempo al juego, la vida comunitaria y otros quehaceres lúdicos y rituales.

Los orientales, sin embargo, eran meticulosos y programáticos. Ninguno trabajaba por cuenta ajena, poseían sus propios negocios a los que dedicaban toda su vida.

Por su parte, los centroamericanos se ocupaban principalmente en la construcción y los africanos, ilegales en su mayoría, a la venta callejera de cualquier tipo de producto.

A todos ellos observaba Paco, en un bullicioso ir y venir por aquella esquina convertida en encrucijada planetaria, cuando escuchó el saludo de una voz conocida.

-¡Coño, David! Esta tarde pensaba ir a verte.

-¿Dónde te has metido, tío? Acostumbrado a verte todas las tardes y, de pronto, como desaparecido en combate.

David era el bibliotecario documentalista de la biblioteca pública que había al final de la calle, en las antiguas instalaciones de la fábrica de cervezas El Águila, donde Paco solía perderse durante horas buscando datos y documentación sobre cualquier tema que despertara su interés. Y eran muchos.

Pronto entabló una amistad con David que iba más allá de solicitar su ayuda y consejo en los trabajos que realizaba. Compartían una inquietud sobre lo social y un sentimiento de la vida entre anarquista y romántico.

Paco le contó por encima lo sucedido sin entrar en detalles escabrosos y quedó en ir a verle algún día. David entraba en el turno de tarde y ahora debía acudir a su trabajo.

-Nos vemos, tío, y me lo cuentas más despacio. Ya sabes que estoy contigo.

-Hasta pronto, David.

Terminó la cerveza y echó una mirada panorámica a su alrededor. Sí, esa esquina era muy especial, no parecía pertenecer a aquella ciudad: la gente hablaba alto y alegre en las aceras y los bancos y los niños de todas las razas jugaban en la calle con bicicletas y pelotas. Se fue de allí grabando conscientemente las imágenes en su memoria y dio la vuelta por el Paseo de las Delicias y la Calle de Murcia. Allí entró en el Río Tea, otro bar a cuyo frente estaba Pepe. Pepe tenía ya sesenta y dos años y era grande, fuerte, de movimientos contundentes y gesto a la vez firme y tierno. Tenía el cabello blanco y tupido, aún algo largo y con flequillo juvenil e inquieto cayéndole sobre los ojos y constantemente apartado de allí con un rebufo vertical que le arrancaba de la comisura derecha de la boca.

-¡Qué bueno que viniste! Hace tiempo, eh ¿Qué paso, pues?

También Pepe era gallego, de aquellos que se perdieron en la Argentina buscando Eldorado y tuvieron que volver, después de muchos años de trabajo, con lo justo para poder alquilar una taberna y seguir trabajando hasta el final. No había perdido ni los giros idiomáticos de aquella tierra ni el acento de la suya, de lo que resultaba una mezcla expresiva muy peculiar.

-Tuve que cambiar de barrio, Pepe. Me pilla más cerca de mi nuevo curro.

Él tampoco tenía que saber nada más. Era buena gente, pero un poco cotilla; además, lo que realmente le interesaba era que Paco volviera a escuchar por enésima vez su pasado, su historia de emigrante en las Américas, su viaje en el barco, sus trabajos y correrías en Buenos Aires querido, sus negocios fructíferos, sus conquistas de exquisitas porteñas y sus amistades fuleras, y, por fin, su caída, su fracaso, sí, pero revestido de romántica altanería. Y claro que lo escuchó de nuevo. Paco lo escuchaba todo y esa era una de sus perdiciones.

Había que decir en su favor que ese era el bar en el que mejor se podía comer un auténtico menú casero por el precio más barato de todo el entorno.

-Bueno, chico, que te vaya bien. Ven a verme de vez en cuando.

-Lo haré, Pepe. No te preocupes.

Continuó andando por la Calle de Murcia hasta llegar de nuevo a General Lacy. Allí, en la misma esquina, haciendo chaflán, estaba el Rincón Asturiano y, como siempre a esas horas, apoyados sobre la barra, se encontraban Juan y Pilar, su mujer; Mayte y su novio Marcos; Luis, el locutor rockero de Onda Verde, y Guadalupe, una vecina mejicana llegada al barrio hacía unos meses que se estaba doctorando en psiquiatría y con la que le gustaba echar largas parrafadas, más por el placer de mirar sus profundos ojos negros que le observaban fijamente mientras le hablaba que por lo que decía.

Los saludó a todos y volvió a contar la historia

del atraco y el hospital, pero nada más. Otra vez le dijeron que habían intentado localizarle sin éxito. Por fin, después de los besos, los abrazos, los apretones de mano y las múltiples y repetidas preguntas y respuestas, tomó asiento en un taburete cerca de Juan, Pilar y Guadalupe.

Juan era un tipo inocente y simplón, pero entrañable. Aunque en su juventud había llevado melena decidió raparse la cabeza cuando comenzó a quedarse calvo. Esto, junto a su pendiente en la oreja izquierda, sus tatuajes y su enorme corpachón, le daba un aspecto feroz, primera impresión que desaparecía en cuanto abría la boca. Esa ignorancia tan infantil es lo que provocaba que algunos vecinos malintencionados estuvieran siempre mezclándole en los asuntos más sórdidos del barrio. Juan madrugaba mucho para trabajar y, cuando llegaba, a eso de las cuatro como muy pronto, no comía, se metía en El Rincón y trasegaba un tercio de cerveza tras otro. Después se iba a casa y hacía una merienda cena antes

acostarse. Decía que ese era el único rato que tenía para estar con los colegas, que estaba tan cansado que si se metía en su piso al llegar de currar se quedaría dormido hasta el día siguiente y que tampoco era cuestión de trabajar y dormir únicamente.

Quizás fuera precisamente por eso, por no quedarse dormido, que Juan no paraba de hablar; se metía en todas las conversaciones, contestaba a todos a la vez, lo preguntaba todo y opinaba sobre lo que fuera sin reflexionarlo en absoluto, a bocajarro. Esta era la característica que más impresionaba a Paco, quien básicamente, compartía con él la afición por las motos, la marihuana y el rock'n roll.

-Colega –le dijo Paco- sal a la puerta y mira a la derecha, a ver si te gusta lo que hay.

Así lo hizo Juan y volvió entusiasmado, haciendo aspavientos con los brazos por encima de su cabezota.

-¡Joder, tío, qué de buten! ¿Es tuya la Derbi,

tronco?

-Me la ha pasao el Lolo a precio de risa. Sí, hombre, si tú lo conoces, el de La Ventilla. Tú has mercao con él también.

-¡Ah, sí, coño! Claro que lo conozco. Le compré hace años una Ducati Road customizada ¡Joder! Te la ha dejao preciosa, tío. Esta es la burra de cuando éramos chinorris ¿Puedo dar una vuelta?

-¿Cuántos tercios llevas? –preguntó Paco riendo-

-Aún controlo, colega.

-Adelante, Juanito, disfruta.

Paco le dejó el casco y su amigo salió en dirección a la moto con expresión de niño feliz. Cuando escuchó el ruido del motor arrancando se acercó un poco más a Guadalupe.

-¿Cómo va tu tesis?

-Todavía estoy con ella, pero me está quedando bien, muy documentada. Estoy muy contenta.

-Me alegro ¿Cómo se llamaba?

-Las enfermedades mentales en las culturas de los indios americanos.

-¿Son distintas a las nuestras?

-No, son las mismas, pero se manifiestan de forma diferente. Te explico: los gestos, gritos, bailes y otras acciones que lleva a cabo un chamán de los indios Cuervo de Montana, por ejemplo, serían conceptuados aquí como un cuadro histérico; sin embargo, allí se le consideraría un anormal si no lo hiciera.

-Ya comprendo ¿Quieres saber lo que opino yo de las enfermedades mentales, sea cual sea el lugar en que se produzcan?

-Dime, listillo.

-Creo que son el gran discurso del inconsciente rebelado contra las fuerzas represoras del yo. Por eso, los que no tenemos la gracia de padecer ninguna, necesitamos recurrir al uso cíclico de las drogas como elemento desalienador, desinhibidor, liberador...

-Estoy de acuerdo con la primera parte. En la segunda me parece que estás arrimando el ascua a tu sardina.

-Pues igual que tus queridos indios ¿o no has oído hablar del peyote o la ayahuasca? Te recuerdo que eres mejicana.

-No es lo mismo hacerlo en un contexto ritual que porque te da la gana.

-¡No querrás que le ofrezca los porros a San Antonio!

-Siempre estás de cachondeo. No se puede hablar contigo.

Se escuchó de nuevo el sonido del motor de la Derbi en la calle. Juan estaba de vuelta.

-Sí que se puede. Seguiremos hablando esta noche. Conozco un sitio que te va a encantar ¿vale?

-Vale. Llámame un poco antes para estar preparada.

Cambiaron de tema y se enzarzó con Juan en una alegre y nostálgica conversación sobre la pequeña joya motorizada. Se despidieron poco después de las cuatro y media. Paco decidió ir a comer algo. Ya iba siendo hora.

Se dio cuenta al entrar por la Calle de las Delicias de que iba en busca de otro grupo de amigos. Tenía muchos, pero inconexos entre sí, como si viviera varios mundos a la vez. Se trataba de un reflejo de su propia vida, sin anclajes, sin puertos, siempre a la deriva, confiando al destino el deseo íntimo de encontrar al fin una isla donde naufragar y quedarse para ver salir el sol siempre por el mismo sitio, para familiarizarse con el paisaje, con las personas, para sentirse seguro después de tanto vaivén.

Entró en el bar de Celes. Más preguntas y más respuestas a medias. Pidió para comer un par de filetes de lomo y un pincho de tortilla con salsa picante que regó con dos vasos de vino tinto. Después tomó café y una copa de orujo blanco.

Resonaban los puños sobre la mesa de aglomerado al soltar los naipes. Quien no tuviera noticia de ese juego juraría que sus cuatro amigos estaban locos. Chus “el músico”; Tomás, llamado “Búfalo” por su cuello enorme, Celestino y Rafa no cesaban de proferir palabras tales como “paso”, “hala”, “mus,” todo esto, además, aderezado con aspavientos faciales similares a los tics nerviosos.

Mientras ellos se dedicaban a tan extraño pasatiempo él se ocupaba en degustar lentamente su segunda copa de orujo a la vez que recordaba las circunstancias en que se devolvía su vida actual. Nunca se las había visto tan negras y tampoco nunca le había importado todo tanto un carajo.

Sabía que cualquier aprendizaje, cualquier evolución, cualquier cambio, cualquier ruptura, llevaba implícito el sufrimiento; pero lo sabía teóricamente, casi catequéticamente. Sin embargo, ahora lo estaba experimentando de forma vivencial. Se le volvía la existencia

amarga, malencarada y ceñuda, pero, al mismo tiempo, afloraba también desde las entrañas un hasta ahora desconocido sentimiento de liberación.

Estaba sumido en estas reflexiones cuando un ruidito entre metálico, cibernético y verbenero le devolvió a la realidad más cercana y cutre. Acababa de entrar Agustín, el taxista, y no había perdido ni un solo segundo en lanzarse de cabeza a su vicio favorito: verter ingentes cantidades de monedas a través de la rajita de la máquina tragaperras. “No lo pienses más, Paco –le dijo– que no tiene solución”. Y acto seguido, como si formara parte de su propio diálogo se oyó: “tilín, tilín, bip, bip, bip, clan, clan, clan”. Entre las dos opciones prefirió seguir escuchando cosas como “no”, “hala”, “pares sí”, etc.

Tan sólo unos minutos bastaron para acostumbrarse a tal escándalo. Se disponía a sumergirse de nuevo en sus laberintos mentales cuando Jose, alias “Yiyo” para los amigos, franqueó la puerta cojeando y con voz decidida

gritó: “Celes, ponme un té”. Té era la forma personal y cáustica que él tenía de llamar al combinado de ginebra y cola. Celes esperó a terminar el juego que tenía entre manos para meterse tras la barra y servir a Jose. Después volvió a la partida.

-Estoy muy encabronao –dijo el Yiyó- Creo que voy a quedarme cojo para siempre. Ni pastillas, ni rehabilitación, ni na de na, chico, qué asco.

Jose trabajaba en el mantenimiento del alumbrado público y hacía unos meses que se le cayó un semáforo encima mientras lo desmontaba y le destrozó una pierna. Estaba deprimido porque el daño fue tal que no cabían esperanzas de curación absoluta y la cojera era algo que ya le acompañaría de forma segura el resto de su vida.

La partida terminó y Chus se fue a la barra para tomar el primero de su impredecible serie de whiskies de aquella tarde. Paco le invitó y él le devolvió la invitación. Se conocían desde hacía

años y siempre se habían llevado bien. Chus era un buen intérprete y compositor de música de la llamada latina, de los primeros músicos que en España repararon en los ritmos caribeños y afroamericanos en general. La salsa, la cumbia, el merengue o el vallenato no tenían secretos para él. Sin embargo, la suerte, un mal día, también soltó su mano. Era el único soltero entre los hermanos y le tocó a él cuidar de su madre y su tía, muy ancianas ya y casi impedidas. Se acabaron los ensayos, las giras, las grabaciones y los conciertos. Encima, nadie reconocía su trabajo casi de “nurse”. Se acabó también el dinero y pasó a depender económicamente de la familia. Se refugió en la cerveza y el whisky y aumentó de peso excesivamente, viéndose a sí mismo torpe, lento y achacoso. “Chus, mi querido Chus

-pensó Paco- ¡Cómo te entiendo!”.

Todo era su misma historia. Aunque con elementos distintos, la composición final era idéntica. Cada desencanto, el suyo propio; cada

fracaso, su fracaso; cada desesperanza, su impotencia, su rabia; cada borrachera, su huida hacia la nada. Y volvieron a beber juntos Chus y él como tantas otras tardes. Y volvieron a cantar viejas canciones. Y Celes, y “Búfalo” Tomás, y Yiyo y todos los demás que fueron llegando al bar los miraban divertidos creyendo que eran felices. Y llegaron a creerlo ellos también. Y soñaron que al fin habían dado caza a la bestia que les descarnaba a mordiscos el pecho desde dentro, abriéndoles unas heridas que no cicatrizaban jamás.

-¿La penúltima, Paco?

-Gracias, Chus. Lo he pasado muy bien contigo, como siempre, pero tengo que irme. Esta noche tengo princesa y he de conducir una moto. Voy a dar un paseo para que se me pase el medio pedo que llevo.

-¡Qué suerte, chaval! No sabes el tiempo que llevo yo sin comerme una rosca. Pásalo bien.

-Salud, compañero, y hasta pronto.

-Adiós, amigo, adiós.

Paco bajó por el Paseo de Las Delicias y se sentó en un banco del parque que hay en la Plaza de Luca de Tena. Llamó su atención una mujer de bastante más edad que él que, sentada en el de enfrente, mostraba, bajo la reducida falda acharolada y ceñida, sus muslos de forma obscena, enfundados en medias negras de rejilla muy abierta, con zapatos de tacón fino y alto, de pechos abrumadores pugnando por abrirse paso por el exagerado escote de la camisa roja que dejaba entrever la puntilla negra del sujetador, michelines encorsetados pero aún notorios; cabello largo, muy oscuro y entrenzado sobre la espalda, esperpénticamente maquillada con sombras, coloretos, rímeles y carmines chillones. Remataban el cuadro una infinidad de pulseras de baratillo brillante en las muñecas, dos grandes aros rojos colgando de las orejas y un enorme medallón dorado, de gruesa cadena, luciendo en el centro la silueta negra de Nefertiti.

Las putas siempre le habían despertado un

sentimiento de ternura entrañable. Quizás representaban el tipo de mujer que a él le hubiera gustado ser y, evidentemente, no fue. La imagen de aquella le evocó otra que conoció en Coruña veintitantos años atrás. Ni siquiera recordaba su nombre, pero su aspecto, tan similar al que tenía delante, y su voz, aguardentosa, rota y dulzona, no se le olvidarían jamás. Por aquel entonces él estaba alrededor de los veinte y ella podría ser su madre. La conoció en una taberna de la Calle del Orzán, cerca de la playa del mismo nombre. El sitio tenía el suelo de tierra batida, la barra era un tablón de madera apoyado en tres toneles; las mesas, barriles de vino y las banquetas, barricas de orujo. Ángel, el abuelo que atendía la bodega, tenía el andar cansino y la mirada ecléctica de aquel que ya ha visto de todo; era delgado, pequeño, de pelo ralo y canoso y vestido siempre con una bata de color azul mecánico. Diariamente soportaba la afluencia de hippies que, sentados en el suelo, fumaban marihuana y tocaban la armónica y la guitarra. Iban allí atraídos por lo rústico del local y porque el precio

del aguardiente era el más barato de la ciudad. Continuando la línea de playa hacia el norte se llegaba al barrio chino, cuyo centro era la Calle del Papagayo, sórdida donde las haya, con el firme aún de tierra y un canalón excavado en el centro, por donde discurría toda la inmundicia arrojada con palanganas desde balcones y portales. Las mujeres se mostraban, paseando provocativamente, en ropa interior y lencería barata, al aire libre; las que vendían más calidad, más perversidad o más juventud, en los zaguanes. El olor del sexo se mezclaba con el aroma salado y húmedo de la mar. Y desde allí venía cada tarde aquella mujer que se sentaba con las piernas abiertas sobre uno de los barrilillos de orujo, sorbía en poco tiempo cuatro o cinco copas, miraba a Paco con ojos pintarrajeados, envueltos en ojeras de amor derrochado, y entonaba:

“Alma para conquistarte,
corazón para quererte
y vida para vivirla junto a ti”

Después, Paco siempre le devolvía, tocando su armónica, un arrastrado tango argentino entonado en clave de luna.

No, no recordaba su nombre, pero desde entonces no soportaba demasiado tiempo a las chicas “normales”. En fin, qué le iba a hacer: toda la vida marcado por una puta que nunca le pidió nada a cambio.

Se estaba haciendo tarde y tenía que llamar a Guadalupe. Aquella psiquiatra se iba a enterar de lo que era bueno.

-En media hora estoy en tu portal. Ven con pantalones, estarás más cómoda. Vamos con la moto.

Fue puntual.

-¿Y dónde has dicho que vamos a ir en este trasto?

-Oye, no le llames trasto a esta joya. A la sierra, vamos a la sierra. Además, está trucada. En una hora habremos llegado. Y recuerda: eres mi

mujer.

-¡Estás loco!

-Por eso me gusta hacerlo contigo. Es un goce sentir que me psicoanalizas en cada cochinadita que te hago.

-Cerdo.

-Putita, putita deliciosa. Sube.

Guadalupe subió de paquete en la Derbi y apretó el sexo contra Paco. Arrancó y partieron saboreando ya su inminente travesura

II TRANSGRESIÓN Y TEOLOGÍA

Pocos minutos faltaban para cumplirse la hora de trayecto cuando atravesaron la entrada de una enorme tapia de piedra y aparcaron al lado de un gran edificio también de piedra. Excepto la luz que iluminaba el portón cerrado de madera, todo era oscuridad. Estaban en medio del campo, a cinco kilómetros de Matalpino, el pueblo más cercano.

-Paco, esto es un monasterio –los nervios de la cercana transgresión entrecortaban la voz de la chica-

-Ya lo sé. A esta hospedería he venido muchas veces. Les digo que vengo a orar y ponerme en paz con Dios y conmigo, pero lo que hago es leer mucho, pensar y pasear. Quizás sea lo mismo. La

última vez les dije que vendría en alguna ocasión con mi mujer. No sabía que ibas a ser tú.

-¡Cabronazo! Vas a engañar a las pobres monjitas.

-¿No te pone pensar que estarán rezando por nosotros mientras lo hacemos? Va a ser un polvo divino.

Iban a ser las nueve y a esa hora las hermanas tenían que rezar “Completas”. Nadie les abriría hasta que terminaran, así que se dirigieron a la capilla para escucharlas cantar el gregoriano con su armónica entonación femenina. Sólo una imagen románica de la virgen sobre la desnuda pared de la derecha estaba iluminada. Desde el fondo de la negrura del resto de la pieza emergían las notas moduladas por voces angélicas de Salve Regina.

Al terminar la hora litúrgica la hermana hospedera los acompañó hasta la habitación, que estaba en el primer piso y daba sobre el jardín delantero, les entregó la llave deseándoles las

buenas noches y se fue. Nada más cerrarse la puerta tras la monja se dieron el primer beso, largo, profundo, húmedo y lujurioso. El escenario era perfecto para serrar los barrotes de todo lo prohibido. Salieron a la pequeña terraza y allí, mirando hacia las oscuras cumbres coronadas de estrellas, liaron su primer porro de yerba sin parar de tocarse y jugar. El subidón fue excitante y se desbocaron el uno en el otro. Freud y Bakunin se abrazaron, se comieron, se mordieron e hicieron el amor hasta el paroxismo, hasta la liberación.

El canto de “Maitines” y el trino de un ruiseñor los despertó. Eran las cinco de la mañana. Volvieron a amarse y volvieron a dormir hasta la hora de “Laudes”. Tras la ducha bajaron al comedor para desayunar. La monjita hospedera les trajo café, leche y galletas. En la mesa de al lado, un hombre de pelo fuerte, rizado y canoso, de porte distinguido y animoso a pesar de la edad avanzada, desayunaba también. El alzacuellos revelaba su oficio.

-Buenos días.

-Buenos días, padre –contestó Paco-

-No es corriente ver por aquí personas como ustedes ¿Qué les ha traído?

-La necesidad de estar en paz un par de días, de interiorización y espiritualidad, padre. La vida en la ciudad es dura. Demasiado ajetreo. A veces es necesario frenar y volver a encontrarse con uno mismo.

-Me alegra comprobar que aún queda gente así. Pero, perdonen, no me ha presentado. Me llamo Julio.

-Yo soy Paco y ella es Guadalupe, mi esposa – mintió- ¿Y a usted, padre, qué le trae por aquí?

-Lo mismo que a vosotros. Voy a tutearos, sois muy jóvenes ¿puedo?

-Por supuesto –intervino Guadalupe-

-Como os decía, yo también sufro de ese estrés. Soy profesor de filosofía en un colegio-

residencia que no está muy lejos de aquí. Estoy a punto de jubilarme pero, a veces, ya no aguanto a los chavales y me pierde la impaciencia. A pesar de mi condición aparecen las dudas y vengo aquí a reconciliarme con Dios.

-¿Qué dudas puede tener usted, acaso no es hombre de fe?

-Exactamente: hombre de fe, es decir, primero un hombre; primero, humano y, como tal, con todas sus imperfecciones y debilidades, sin faltar ninguna. Eso es lo que tantas veces hace titubear la fe que viene añadida al concepto hombre y me obliga a buscar entre estos muros el reposo de la conciencia, la quietud que me devuelva la paz del espíritu y me religue con Dios.

“Dios...”, exclamó Guadalupe reflexivamente y tan cerca del silencio que se sorprendió al escuchar que Julio contestaba:

-¿No son ustedes creyentes, verdad?

-¿Creyentes en qué, don Julio? Si se refiere a si

somos católicos o, tan siquiera, cristianos o sólo deístas, evidentemente, no; aunque no despreciamos de ninguna forma la ética plasmada en el evangelio de Jesús de Nazaret. Si lo que quiere decir es si nos planteamos la necesidad de un principio –llamémoslo divino, para entendernos- que explique y sustente el Universo; que, de alguna manera, resuelva el enigma del paso de la nada al ser, del espacio vacío en infinito a la cosa concreta, medible y tangible, en ese caso, le diré que es algo sobre lo que sólo reflexiono –y hablo exclusivamente por mí mismo- en épocas de profunda depresión, cuando todo lo demás ha perdido sentido. Desgraciadamente, esto ocurre muy a menudo. Le diré, además, que es una batalla de la que siempre salgo derrotado y de la que sólo me redime la práctica de la ternura sexual -auténtico paradigma de la constante creación/destrucción cósmica- el consumo cíclico de marihuana y la charla tabernaria con los amigos alrededor de unas copas.

-Yo nunca he querido llegar –añadió Guadalupe- a las desérticas profundidades en las que se pierde mi compañero. Me dan miedo. Me limito a estudiar las religiones antiguas y su relación con los trastornos mentales recientemente identificados.

-¿Tu compañero...? –musitó don Julio, intuyendo que lo del matrimonio era una farsa-

-Sí, mi compañero –continuó Covadonga- Y, además, eventual y de juegos. Sospecha usted bien. No estamos casados y no le estaremos nunca; pero, le aseguro que cuando estamos juntos se abren y funden el cielo con el infierno y olvidan las pequeñeces por las que llegaron a separarse, haciéndonos conscientes, en la fusión, de que el uno sin el otro no existirían; ni el cielo sería esperanza; ni amenaza, el infierno.

Don Julio olvidó el tuteo que solicitó al principio:

-Señorita, está usted blasfemando.

-No, don Julio –intervino Paco- Covadonga no blasfema. Simplemente le está hablando de la muerte, de aquello que nos vuelve a reunir a todos en uno, en una sola nada más allá de beatitudes y maldades y, por tanto, de la sinrazón y el sinsentido de todas las acciones, los pensamientos y hasta los deseos. Sí, don Julio, la muerte nos hace a todos uno, como el amor.

A don Julio pareció venirle el monasterio encima. Los miró lentamente a cada uno, con los párpados entornados por la duda y enfrentando en su interior sus condiciones de filósofo y sacerdote. Por fin, se levantó y dijo:

-Señores, que pasen un buen día.

-Guadalupe y Paco terminaron su desayuno y se perdieron el resto de la mañana paseando entre los frutales del huerto, en un profundo y recíproco silencio comunicativo, tan sólo acompañado y resaltado por el canto de las aves y el murmullo de la brisa besando las hojas.

Poco antes de la hora de la comida volvieron a

encontrarse con el cura filósofo saliendo de la capilla. Paco lo llamó:

-¡Don Julio! Espere un momento, por favor.

El sacerdote lo miró y esperó intrigado.

-Se preguntará usted que, si no nos trae la fe, a qué venimos. Le diré que no pretendemos ofender a nadie; sabemos de sobra lo que es sentir constantemente la ofensa del mundo dominante y no nos mueve ningún sentido equivocado de venganza. Venimos porque nos gusta el entorno, el gregoriano y porque es barato. El presupuesto no nos da para hoteles.

-Además –añadió Guadalupe- la filosofía nos interesa a los tres. Nos dijo que era profesor ¿verdad?

-Así es.

-¿Por qué no vamos a comer y seguimos charlando?

Don Julio permaneció unos segundos reflexivamente callado hasta que accedió.

-De acuerdo. En el fondo de mí creo que son ustedes personas de buena voluntad. Y perdonen por la forma que tuve de marcharme durante el desayuno, demasiado infantil para mis años. Creo que me sentí insultado, sin darme cuenta de que para un no creyente yo no soy un sacerdote.

-Creo que tiene usted madera de anarquista –dijo Paco-

-Madera, la tendré, pero de cruz. Aunque quién puede discutir que Nuestro Señor se enfrentó a los poderes de su tiempo, tanto al político como al religioso y el económico. El los englobaba a todos –ya ven cuántos siglos antes de la globalización- llamándoles “el mundo”. Pero de ahí a que me llame usted anarquista...

-Bueno, don Julio, no sigamos por ese camino.

La hermana hospedera batió con el trasero la puerta de la cocina y apareció en el comedor con su beatífica sonrisa y una sopera humeante. Paco, tras servir a los demás, fue directamente al grano:

-No se enfade otra vez, don Julio; pero supongo que, como filósofo, será usted un pensador disciplinado, de esos que buscan el Ser, la Esencia, el Logos o cualquier otro concepto primordial que explique el porqué de nuestra presencia aquí, es decir, a Dios.

-Para mí, Dios está explicado desde mi propia experiencia. En cuanto a lo demás, por supuesto que mi formación es escolástica, pero hace mucho que no me dedico a filosofar; me limito a enseñar historia de la filosofía.

-Sin embargo –dijo Guadalupe- yo he notado en usted una chispa...

-Que me han despertado ustedes. Lo reconozco. Esa es la chispa de mi juventud, cuando todo lo cuestionaba.

-Yo –continuó Paco- sigo haciéndolo y ya no soy tan joven, paso bastante de los cuarenta.

-¿Y qué es lo que se cuestiona?

-Lo mismo que usted cuando era joven: todo. Y,

sobre ese todo, el tiempo; no como concepto físico o cuántico, sino como sensación existencial, como sufrimiento del que no puedo liberarme sin que nada me explique el porqué. El tiempo es mi tenaza, don Julio, lo que me tiene atrapado y creo que nos tiene atrapados a todos, lo único que nos destrona como reyes del universo, lo único que nos esclaviza y, por lo tanto, lo que nos condiciona a esclavizarnos a todo lo demás. El tiempo, don Julio, el maldito tiempo.

-Contra ese tiempo existencial que a usted le asusta yo poseo la eternidad, tengo la certeza de que Cristo ha vencido al tiempo y, con Él, todos nosotros.

-Entienda que esa es su fe. En mi vida cotidiana eso no se refleja. Yo sólo siento, don Julio; y siento que nada ni nadie me redime del tiempo, ni siquiera su Cristo; siento que se me ha hecho tarde y no tengo tiempo para comenzar nada más. Ese es el vacío que siento, la falta de tiempo. Me dan deseos de pintar y pinto, pero la ansiedad de

tiempo me impide acabar el cuadro; me llama la atención una rama de la sabiduría y comienzo a leer y estudiar sobre el tema, pero nunca termino; me pongo a luchar y llega un momento en el que ni yo me creo mi lucha.

Y lo más amargo, don Julio, lo que llevo peor: me pongo a amar y me enamoro perdidamente de la mujer de siempre, de esa mujer antigua que me acompaña hace tantos años y que no he conocido jamás. Hoy me enamoro de una que tiene su mirada; mañana de otra que posee su voz; otro día de la que anda como ella: al cabo de un tiempo de la que actúa o piensa igual. Siempre enamorado de parcialidades y sin conocerla entera.

Todo sin terminar y sin tiempo para terminar nada. Esa es mi vida.

-Me parece –dijo el cura- que está usted anclado en su propia historia, preso de su pasado, del que le da miedo redimirse. Pruebe con el Señor, su acción salvífica le reconfortará.

-No, señor cura, no estoy anclado en el pasado. Ojalá tuviera algo que recordar, a lo que aferrarme. Yo estoy anclado en la nada, en la puta nada. No soy más que un colgao del polvo de una lámpara.

-Entonces ¿ni siquiera cree usted en la vida, en el milagro que separa la materia inerte de la conciencia de ser?

-Esa es mi especialidad, don Julio –dijo Guadalupe mientras comenzaba la pescadilla rebozada del segundo plato-A esos dos concepto no los separa ningún milagro, sino que los une, como un cordón umbilical que va desde uno a otro, un largo proceso evolutivo.

-Explíquese, por favor.

-Espero que no se tome esto como otra blasfemia, pero creo que todo depende de la idea de vida que tengamos y apliquemos. En ese campo, pienso que la intuición de los indios norteamericanos es mucho acertada y acorde con la ciencia que las nociones de sus más insignes

teólogos.

-Prosiga. Me tiene usted en ascuas.

-Para ellos, todo está vivo. Por eso hablan del espíritu del agua, del viento, del bosque o de la tierra. Todo lo que se mueve, vive. Y ahora sabemos que todo está en movimiento, aunque sea de forma imperceptible, desde una partícula subatómica hasta una galaxia y el universo entero. Una piedra se mueve porque se mueve cada átomo que la compone, luego una piedra vive.

-¿Sin alma?

-¿Qué es el alma?

-La conciencia de vivir para la transcendencia. El sopro divino que anima la materia.

-Entonces...¿los ateos no tienen alma?

-No son conscientes de ella.

-Imagínese que sí son conscientes de una concepción del alma sin dios. Imagínese que, de

alguna forma, son tan conscientes como el mineral, el árbol o el pájaro. Piense por un momento que todo lo existente tiene conciencia de ser eterno, que cada minúscula porción de materia lleva escrito en sí misma que ni se crea ni se destruye, que sólo puede cambiar su presencia en la realidad de masa a energía y viceversa.

-¿Y usted cree que detrás de todo eso no está Dios?

-No el suyo, don Julio. Seguro que no el suyo.

-¿Cuál, entonces?

-No lo sé. Y no creo que sea importante. Pero estoy convencida de que la inteligencia ya está potencialmente presente en la materia inorgánica y se abre camino trabajosa pero firmemente hasta al ser humano.

-¿Y la vida inmaterial, y los espíritus puros, los ángeles, en los que tanto creo?

-Ni siquiera voy a negarle su existencia, no merece la pena. Pero quiero que comprenda que

si esos seres existen son también materia; sólo que, por decirlo de alguna manera, mucho más diseminada, mucho menos densa.

Don Julio, la luz está formada por fotones y los fotones son partículas de materia. Pero no se ven, nos hacen ver.

-¿Tienen algo que decirme sobre las revelaciones o las visiones que trascienden en el tiempo, que nos informan del porvenir o de lo que sucede en lugares remotos? ¿Qué tiene que ver eso con la materia?

-Existen algunas micropartículas, conocidas como quarks, que se aproximan asombrosamente a la velocidad de la luz. A esas velocidades, el tiempo se comporta como un tirabuzón y, a veces, vuelve sobre sí mismo, por lo que estas porciones de materia pueden traernos información sobre el futuro posible o sobre lo que está sucediendo lejos de nosotros. Para recibir este tipo de información (en la actualidad se está investigando sobre esto) lo más probable

es que nuestro cerebro disponga de receptores químicos neuronales que se activen ante el estímulo producido por el choque de una de estas partículas. Es todo física cuántica, don Julio.

-Creo que son ustedes diabólicos –dijo el cura apesadumbrado- Niegan todos los dogmas de fe. Bajo su óptica no existe la esperanza.

Paco era un hombre fronterizo a la ciclotimia y lo mismo tenía días cercanos al hundimiento que otros rayanos a la euforia, como este. Al escuchar que se le acusaba de desesperanza, reaccionó:

-Se equivoca, don Julio, tenemos esperanza. Esperanza en la estirpe de la materia, esperanza en la evolución, esperanza en nosotros. Sabemos que somos el culmen de un universo que ha tardado decenas de miles de millones de años en darnos a luz, que somos fin en nosotros mismos.

-¿No le parece un acto de soberbia pretender que no existe nada superior al género humano?

-Sí existe, don Julio, pero en el tiempo futuro.

Quizás esos ángeles en los que usted cree somos nosotros dentro de mucho, mucho tiempo, nuestro próximo paso evolutivo del que nos informan esas partículas que, como le decía Guadalupe, viajan al futuro y vuelven. La evolución va desde la materia sin vida –tal como entendemos vida en occidente-hasta la vida sin materia –tal como entendemos materia- En ese transcurso, el ser humano ha ido liberándose de los lazos que le ataban a la naturaleza primaria, superando los ciclos estacionales de muerte y resurrección y abandonando los ritos imitativos de estos ciclos naturales, es decir, superando las religiones.

-Están ustedes enunciando algo que podría definirse como Teología de la Materia.

-Quizás sea ese un término adecuado, a partir del cual podríamos empezar a pensar en un sendero filosófico común.

-Lo siento, señores, pero no puedo entenderlo. Si todo es materia ¿dónde sitúan ustedes el origen

de dicha materia?

-Le voy a contestar con otra pregunta: si el origen de todo es el espíritu ¿dónde sitúa usted el origen de dicho espíritu? Dicho de otra forma ¿por qué no puede ser la materia ese elemento transcendental y eterno? ¿Por qué su Dios no puede ser materia?

-Parece mentira que a mis años vuelva a sentir la desazón de la duda.

-¿Cree de verdad que si hubiera dejado de sentirla se habría encontrado con nosotros? Usted lo necesitaba, don Julio. Y ha pasado. Lo siento. Es pura matemática, la casualidad no existe. Yo también espero el momento en que algo o alguien me libere de la angustia del tiempo, o me ahogue en ella definitivamente.

Don Julio se levantó y los miró de una forma cariñosa y triste a la vez.

-Iba a decir que ha sido un placer, pero no, no lo ha sido. Señores, me gustaría pedirles que no

vuelvan más por aquí, busquen otro monasterio. Háganlo por este viejo profesor. Ya sé que no puedo prohibírselo, pero este es el único lugar que me queda cerca para mis retiros. Ustedes son jóvenes y pueden...

-Tranquilo, don Julio –le interrumpió Guadalupe- Le damos nuestra palabra de que no volveremos nunca.

-Gracias –murmuró él-

Y se alejó cansinamente en dirección al jardín.

Guadalupe buscó la mirada de Paco y la encontró húmeda y perdida, atravesando el ventanal que daba al huerto. Le cogió la mano y preguntó:

-¿No habremos sido muy crueles con el cura?

-No lo sé –respondió él, aún abstraído-

Guadalupe supo que había que callar. Conocía a su compañero de travesuras y se dio cuenta de que se había vuelto a perder dentro de sí.

Se levantaron y salieron del comedor. Paco se

dirigió directamente hacia la moto, subió y arrancó. Guadalupe montó tras él y lo abrazó.

Diez minutos después pararon en la terraza de un bar del pequeño pueblo de Matalpino, justo a los pies de la montaña conocida por La Maliciosa. Paco pidió dos whiskies.

-¿Hoy no quieres orujo?

Él no contestó. Se limitó a dar dos tragos profundos del vaso mientras clavaba las pupilas en la cumbre de la montaña, perfectamente visible desde allí.

-Por fin, la miró y dijo: -No lo sé, compañera. No sé si hemos sido crueles con él. Quizás sí.

-¿Por qué, a veces, no podemos evitarlo? Le dijimos que no nos movía la venganza.

-Y no es así ¿o sí? Sólo sé que no era una venganza contra él. Incluso nos cayó bien a los dos. Nos pareció entrañable como todos los perdidos ¿no es cierto?

-Lo es.

-Creo que se trata de un fondo de rencor contra el mundo que volcamos sobre cualquiera que nos lo represente. Y esta vez le ha tocado a él. Pero es injusto.

Se levantó y entró en el bar. Volvió a salir con otros dos whiskies en la mano y Guadalupe le lanzó una mirada entre divertida y de reproche.

-¡Que tenemos que volver en moto, tú!

-No te preocupes, te juro que es el último.

-Presiento que tus altibajos te están jugando hoy una mala pasada.

-La razón me acaba llevando siempre al nihilismo más radical. Y, al menos para mí, del nihilismo al abatimiento sólo hay un paso.

Apuró media copa de un trago y siguió:

-Me pregunto qué es lo esperamos cambiar en el corto periodo de nuestras vidas y, sobre todo, para qué. Suponiendo, incluso, que pudiésemos variar en algo la historia durante nuestra existencia ¿de qué nos serviría? No viviríamos lo

suficiente como para disfrutar de nuestra conquista y ni siquiera seríamos testigos de ella en ningún más allá.

Si, en realidad, ninguna acción tiene sentido ¿por qué nos empeñamos en llevarlas a cabo?

-Todo lo que hace cualquier ser vivo tiene un sentido, luego esa inclinación al cambio, a la transformación, también tiene que tenerlo, aunque aún no lo hayamos encontrado.

-No, Guadalupe. Ese deseo, esa prisa revolucionaria no es colectiva; es patrimonio, únicamente de muy pocos individuos. La mayoría está bien como está, no quiere cambiar nada. Y eso hasta en los más desfavorecidos.

-Paco, somos los escogidos por la especie, no sé de qué forma, para conservar encendida la llama de la evolución hacia un nuevo estado de la materia inteligente, hacia el angelinato, como le decías al cura –por cierto, que se quedó flipao, el pobre- Los científicos, los poetas, los músicos, los artistas, los revolucionarios, Paco, sobre todo

los revolucionarios, que hacen converger todo lo anterior en un solo ariete que conseguirá hacer temblar las murallas del sistema. Todos, Paco, todos esos somos los encargados de conservar el fuego sagrado.

-Eres única, tía. Hablar contigo es la mejor manera de quitarse el mal rollo. Voy a liar un canutito para celebrarlo.

-La moto, Paco, la moto.

-Tranquila, mujer, que tiene piloto automático.

Terminadas las copas y el porro se levantaron y dieron un paseo por los alrededores del pueblo. Olieron jara, tomillo y el heno del estiércol, escucharon murmullo de hojas, agua y silencio. Y callaron, callaron durante mucho tiempo, el mismo que estuvieron cogidos de la mano.

Por fin, Paco reanudó la charla, pero en voz baja, sin romper el encanto:

-A veces da la impresión de que estamos enamorados.

-Será porque, a veces, como tú dices, lo estamos.

-Esa es nuestra libertad, enamorarnos cuando nos da la gana ¿Nos volvemos, Guadalupe?

-¿A Madrid, verdad? No podemos faltar a la promesa que le hemos hecho al cura.

-Sí, a Madrid.

Esta vez tardaron bastante más de una hora en regresar. Paco fue a velocidad de ciclomotor para no despertar las sospechas de la Guardia Civil. Llevaba un par de whiskies y unos cuantos porros y no debía sacarle todo el gas a aquella moto trucada.

Un beso rápido y una mirada fugaz y pícara dejaron a Guadalupe en su portal. La Derbi enfiló por La Castellana hacia La Ventilla. Aún era media tarde y podía compartir unos botellines con su amigo Luis.

III

EL AMOR DE MADRID

Sí, efectivamente, allí estaba el viejo compañero que, nada más oírle llegar, gritó desde la puerta del bar Jacobo:

-¡Joder, cada vez que desapareces me tienes en ascuas hasta que te da la gana!

-Tranqui, Luis. He estado viendo a viejos amigos. Entraron y Luis reanudó la charla que había interrumpido al escuchar el sonido de la moto.

Paco agarró su botellín, se desparramó en una silla y se limitó a escuchar cómo el amigo relataba su desencanto con la organización sindical a la que pertenecía. Contaba el desarrollo de las negociaciones para renovar el convenio colectivo de su sector y por qué creía que su sindicato se estaba bajando los pantalones. Luis

militaba en uno que fue fundado durante el franquismo y que, antes de burocratizarse, protagonizó luchas fundamentales para el avance del movimiento obrero. Ahora, tan sólo el afecto y la nostalgia lo seguían uniendo a él, pero eran tan fuertes esos sentimientos que hacía mucho tiempo que Paco dejó de invitarle a dar el paso para adherirse a su organización anarcosindicalista.

Paco también tenía su personal y contradictoria historia sindical y política. Salido de los coletazos del movimiento hippy, y sin abandonar muchos de sus supuestos ideológicos, muy joven aún se afilió a la histórica Confederación Nacional del Trabajo. Tras la escisión que comenzó a fraguarse a finales de los setenta decidió no quedarse en ninguna de las fracciones y deambuló durante años por otros grupos izquierdistas, pero más vinculados con lo cultural y lo social que con lo estrictamente laboral. Nunca, sin embargo, abandonó por completo la actividad sindical y seguía presentándose como

independiente en las listas de los sindicatos mayoritarios, hasta que en una ocasión, durante una movilización en la empresa donde trabajaba, sintió la traición de la burocracia. El resto del sector estaba bien y el sindicato –el mismo de Luis- no podía mojarse con la problemática individual de una sola empresa. Pasó algún tiempo sin tener ninguna militancia, pero, como a veces da la impresión de que el destino nos agarra por los pelos y nos arrastra hasta volvernos a poner en nuestro sitio, Paco comenzó a conocer a buena gente que se enrollaba con él charlando y compartiendo algunos porritos. Muchos de ellos estaban afiliados a la C.G.T. (Confederación General del Trabajo) hija de aquella

C.N.T. de la que se fue y, por supuesto, también anarcosindicalista. No tardó mucho en pedir el ingreso y, desde entonces, se sentía plenamente integrado en la organización y, de nuevo, acompañado en la lucha contra el sistema al que nunca había dejado de odiar. Porque Paco sentía

odio, pero también sabía que la mejor forma de que ese odio inmenso no acabara devorándole a él mismo era canalizarlo, ponerlo al servicio de una organización que lo reconvirtiera en fuerza transformadora y que no le permitiera desbordarlo para llevar a cabo las locuras que él, con mucho gusto, cometería.

Como siempre, la charla del bar terminó tarde. Paco nunca entendió cómo Luis podía dormir tan poco y tirarse activo todo el día. Desde luego, estaba hecho de otra pasta.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Luis ya hacía horas que se había ido. Paco le dejó una nota: “No te preocupes. No creo que vuelva hoy”

Subió a la moto y avanzó despacio. No sabía dónde ir y tampoco le importaba. Sólo quería moverse, llegar a alguna parte en la que nadie le conociese, desayunar algo y pensar; pero sin prisas ni agobios, dejando manar espontáneamente los pensamientos, pensar como un fluido. Por eso, aquella mañana decidió pasar

del bar Jacobo.

Hizo rugir el pequeño motor calle Bravo Murillo abajo, callejeó un poco, dudando. Por fin salió a la Glorieta de Quevedo, enfiló por la Calle de Arapiles y se detuvo en la taberna La Nueva. Es una de esas tascas supervivientes de los albores del siglo XX y de las que ya casi no quedan. Ya se sabe: vino, cerveza, vermouth, banderillas, boquerones en vinagre y mejillones en escabeche; y también la historia, por supuesto, la historia y las historias a ella vinculadas y que son el adorno con que la memoria enaltece y agasaja a estos templos callejeros, refugio de tantas generaciones. Historias detalladamente relatadas en sus paredes a través de fotos color sepia y recortes, enmarcados y descoloridos por el paso del tiempo, de una prensa ya desaparecida (El Pueblo, Informaciones, Madrid, Ya, Arriba...) En ellos se puede ver algún torero, escritor, futbolista, académico o político de épocas pasadas, que ahora sólo son un nombre sobre una lápida, una breve reseña en las enciclopedias y,

en el mejor de los casos, algunos centímetros cuadrados en la pared de La Nueva. Estas historias y sus pormenores, muchos de ellos fantaseados ya por la distancia temporal, son constantemente repetidas en interminable liturgia (“haced esto en memoria mía”) por los parroquianos más antiguos del local, quienes se las recuerdan cada día unos a otros en un intento de no perder ese patrimonio común que da sentido a sus, por otra parte, monótonas existencias. Por cierto que, si alguien osa acercarse al viejo mostrador de cinc, alrededor del cual se lleva a cabo este ejercicio de afianzamiento colectivo, no se irá de rositas. Sin el menor recato, alguno de los allí reunidos le preguntará a bocajarro:

-A ver, joven ¿sería usted capaz de decirme quién es el caballero de la pajarita que está en el centro de esta foto?

Muy poco importa que la respuesta sea o no afirmativa, la red está tendida y nadie se librará de ella en menos de tres cuartos de hora, que es

lo que dura –sin interrupciones- la visita guiada a la peculiar galería de personajes.

Paco ya se conocía el rollo y no cayó en la trampa. Entró, se sentó a una mesa cercana a la ventana y esperó a que viniese el tabernero, así no tenía que ir a su terreno.

Se le había abierto el apetito, así que pidió un tubo de cerveza y un montado de chorizo frito; después redondeó el desayuno con un café solo y una copa de orujo blanco.

Los pensamientos se le proyectaban en el cristal de la ventana. Venían todos abigarrados, sin ningún orden, es decir, representando fielmente la confusión de su realidad actual.

Eran las once de la mañana, tenía todo el día por delante y aún no sabía qué hacer.

Su memoria empezó a jugar con él, trayéndole recuerdos aleatorios e inconexos. Imaginó a Pepe, el gallego, contándole historias desde el mostrador de su bar; a Guadalupe, fumando un

porro a su lado en la terraza de la habitación del monasterio; recordó al bonachón de Juan: a Luis en el bar de Jacobo. Y recordó, y recordó... hasta llegar otra vez a sentir el frío del acero en el interior del vientre. Pero, a partir de ahí, del regreso al comienzo, los pensamientos y recuerdos empezaron a ordenarse solos, de forma automática. La vuelta al momento cero impuso, por fin, una secuencia lógica a su mente.

Volvió al hospital y a la vista monótona de aquella grandiosa avenida grabada en la ventana.

Volvió a ver a la pareja de polis interrogándolo en la habitación. Volvió a ver la foto del Chirlas pasar con indiferencia ante sus ojos.

Volvió a ver a los tres yonkies en el bar La Galera.

Recordó de nuevo su taller de reparación de muebles, a sus compañeras Montse y Rosa, y a su jefe, Víctor, a quien se quedó con ganas de ver.

Recordó la estupidez que cometió al creer que

aquellos tipos no le harían daño a la vieja.

Recordó La Albahaca y a sus habitantes.

Y a su amigo David, el bibliotecario. Y de nuevo a Pepe, y a Juan, a Celes, a Jesús, a la puta del parque y aquella otra de Coruña, a Guadalupe, al monasterio de la sierra, al cura don Julio y, por fin, a sí mismo, allí sentado, en una mesa de La Nueva sin saber qué hacer.

Demasiadas cosas para tan poco tiempo, tan sólo cuatro días. Se levantó, pagó y volvió a subir a la moto. Cuando se agobiaba así necesitaba ver Madrid desde arriba, desde donde dominase la ciudad entera, como si estuviese ante una maqueta.

Se dirigió a la Casa de Campo y paró cerca de la estación de metro del mismo nombre. Subió a una pequeña loma sombreada de pinos medianos y miró hacia el Este. No, nadie se había llevado Madrid. Allí estaba, aún más ensoberbecido que la última vez que lo miró desde la distancia, pero también más patético ¿Cómo se podía estar

enamorado de algo así? Utilizó sus torres para orientarse, como si fueran las agujas de una brújula gigantesca. Allá, al fondo a la izquierda, estaban las Kío, y detrás, la Ventilla; frente a él se recortaban las del Palacio Real, Catedral de La Almudena y Torre de Plaza de España, indicándole que a la derecha y algo al fondo estaban los barrios de Atocha y Usera. Aún más alejado hacia atrás quedaba Entrevías.

Volvió a echar un vistazo general y se detuvo en el centro de la ciudad. A su cabeza vino la imagen de cierto médico corrupto que vivía y pasaba consulta por allí. No recordaba el nombre de la calle, pero la encontraría. Quería hablar con él.

Aparcó cerca de Sol y caminó unos metros por la Calle Mayor. No, no era por ahí. Retrocedió sobre sus pasos hacia la plaza. Calle Carretas. Eso le sonaba más. Subió por la acera de la izquierda y llegó a la esquina con el Callejón de Cádiz, entró en él y allí estaba el portal ruinoso con el cartelón encima anunciando el tratamiento

para variopintas enfermedades venéreas. Dudó antes de llamar. No sabía si aquel medicucho estaba al tanto del asesinato de la abuela y del intento de homicidio sobre él mismo. Tanto si era así como si no, lo más posible es que no le abriese la puerta yendo solo. Las dos veces que le había visto fue con Nita para sus trapicheos de recetas y pastillas, pero nunca entablaron conversación, ella se encargaba de todo.

Decidió no llamar y esperarle en el bar donde sabía que iba a comer. Era un lugar antiguo y grande, especializado en pollos asados. Quizás en su día fuera una cafetería de lujo. Ahora parecía un barracón grasiento con mesas de formica abarrotado de prostitutas, travestis y carteristas. Ya era la una y cuarto, se acodó en la barra, pidió una cerveza y esperó.

El doctor Santos se adelantó. A las dos menos cuarto entró y se sentó a una mesa cercana a la cristalera que daba al callejón. Ni siquiera para comer se quitaba aquella bata que hacía tiempo había sustituido el blanco por la mugre. Pidió

medio pollo asado con patatas fritas, un buen plato de ensalada y una botella de tinto. La mala conciencia no le quitaba el apetito.

Paco lo observó con atención: era un tipo de complexión normal, pelo entre gris y amarillento, revuelto y sucio, nariz corva y prominente, cara aviruelada, manos finas y velludas y que exhalaba todo él como un vaho de repugnancia.

Sin pensarlo demasiado, Paco agarró su segunda cerveza y se sentó frente a él.

-¿Qué tal, doctor? Supongo que no se acuerda de mí.

-Se equivoca. Nunca olvido una cara.

-Pues entonces –comenzó mientras ponía sobre la mesa un teléfono móvil- conteste a lo que voy a preguntarle o esta misma tarde acabaremos los dos declarando ante la policía.

-Viene usted muy decidido.

-No tengo nada que perder.

-¿Qué quiere?

-Saber cuándo alguno de esos tres hijos de puta va a volver a visitarle.

-Supongo que el viernes de la semana que viene. Pasado el medio día. Ya sabe, esos tipos no madrugan demasiado.

-Bien. Y ya sabe, doctor, no es necesario que nadie sepa que he estado aquí. O lo pagaremos los dos.

El doctor Santos continuó comiendo parsimoniosamente, hasta que acabó con un buen trago de vino. Aún de forma más lenta siguió paladeando un café solo y un whisky con hielo en vaso bajo. Pensaba en si debía o no avisar al Chirlas. Decidió que no, que aquellos chavales, tarde o temprano, acabarían metiéndole en un lío y era mejor saber dejar a tiempo un negocio, por bueno que fuera, que dejarse aplastar por él.

Pensó Paco en volver al taller de Usera donde había trabajado. Quería saber si había noticias,

pero a esas horas ya estaría cerrado, así que decidió buscar un sitio para comer y esperar hasta que volviesen a abrir a las cinco de la tarde. Subió a la moto sin tener muy claro su destino. Por fin, bajó hasta la Calle de Bailén y la Gran Vía de San Francisco, giró a la izquierda y callejeó por el barrio de Latina. Le llamó la atención una taberna de la Calle de Calatrava, de esas que le gustaban a él. Era un barucho de barrio, mal pintado, desconchado, bastante sucio y lleno de voces que discutían sobre mil trivialidades que en aquel momento se convertían en los problemas más acuciantes del universo. Sobre la cristalera y en letras desiguales y policromas, podía aún leerse, a pesar de la capa de grasa y polvo que la nublaban: “tapas de cocina, comida casera”. En la parte de atrás, más allá de la barra y una vez cruzada toda la alfombra de servilletas de papel, palillos, huesos de aceituna, cáscaras de mejillón y otros desechos propios de tasca, había un pequeño cuarto con dos mesas de aglomerado, unas cuantas sillas y un enorme ventilador colgando

del techo: era el restaurante (j)

Se sentó en la mesa que quedaba libre y, siguiendo una invencible inclinación, comenzó a escuchar mientras esperaba.

-Sí, sí, uno de esos de mírame y no me toques, vaya tío que se ha echao, que te lo digo yo, un chulo, eso sí, muy guaperas, pero un chulo, y la tonta está que se le hace el culo gaseosa.

-Si es que, hija, las hay pa to, pero pa to.

Las otras dos escuchaban, reían y hacían silencios y picarescos comentarios.

En eso estaban cuando llegó María, la dueña, y les preguntó qué iban a comer. No había mucho para escoger: sopa de fideos, huevos, boquerones y carne picada, ya en forma de albóndigas ya a manera de hamburguesas. Las cuatro pidieron hamburguesas con patatas fritas y vino.

Cuando aparecieron la cuarta y la quinta comensales ya no cabían en la mesa y una de ellas se acercó a Paco:

-¿Te molesta que nos sentemos contigo?

-Sí.

Fue una contestación mecánica y nunca supo muy bien a qué vino esa estúpida respuesta. Seguramente se debió a que deseaba seguir escuchando únicamente, sin mezclarse de ninguna forma en algo que sólo quería observar, huyendo de toda participación. Sea como fuere, y ante la estupefacción de su interlocutora, la contestación quedó en un rotundo y no interpretable “sí”. Por fin, acercaron otro par de sillas y se hicieron sitio unas a otras.

Dedujo, por la conversación, que sus vecinas trabajaban en la whiskería del otro lado de la calle y que solían comer todos los días en ese bar. Le cogió por sorpresa el hecho de que fuera precisamente una de ellas la que, por fin, le sirvió la comida: sopa, albóndigas y vino.

-Caballero, su menú.

-Gracias –contestó evitando mirarla y

construyendo el gesto más árido que pudo-

Las chicas habían ya terminado y María se sentó con ellas en la mesa, donde ahora charlaban todas a la vez, acompañándose a menudo de grandes risotadas. El resultado de aquella exhibición fonética pronto se le convirtió en un insufrible palabrerío que a punto estuvo de aniquilar su ilusión por las albóndigas, además de conseguir que dejara de interesarle su conversación.

Cuando acabó de comer pidió un café solo y un orujito. De nuevo, para su asombro, fue la misma chica quien le sirvió, a la vez que volvió a regocijarse: “¿Está bien servido el señor?” Esta vez ni siquiera contestó, pero ella, haciendo gala de una absoluta indiferencia hacia su deseo de soledad, insistió: “Oye, niño ¿tienes un cigarro?”
-Sí, sí, encima le llamó niño-

-Es de liar -dijo-

-No importa. Gracias.

Ella misma cogió el tabaco y el papel y se lió su

cigarrillo; después retornó, por fin, a su mesa y él volvió a tomar interés por su charla.

-Pues, hija, con lo bien plantá que tú estás no sé cómo es que aún no has caído a uno bueno – decía la misma que le había servido a otra que ya rozaría los cuarenta y que vestía un muy ceñido pantalón corto de color rojo-

-Anda, pendona, ni que no supieras tú lo que me trae a mí por la calle la amargura –contestó la aludida mientras pellizcaba cariñosamente uno de los pechos de la primera-

Todas rieron. Después se levantó y se fue meneando pomposamente su trasero.

-¡Que Dios te bendiga lo que tienes debajo la tripa –la despidió Venancio, el dueño, delante de su mujer-

Tras ellas fueron saliendo todas las demás, hasta que en el pequeño comedor sólo quedaron Venancio, María, la muchacha que le sirvió la comida y que supo que se llamaba Laura, y, en la

mesa de enfrente, él.

Laura era una mujer joven, no tendría más de veinticinco años, de cuerpo llamativo y cara pícara. Su color de pelo, corto y lacio, era indefinible debido a la profusión de mechas de diversos matices de rubio con que lo adornaba, y su forma de hablar hacía gala de un desparpajo rayano en cada frase a la más selecta grosería. Hacía gracia, sin embargo, el escucharla, y más de una vez tuvo necesidad de disimular su sonrisa bajo la servilleta.

Se le estaba haciendo tarde, así que pagó y se fue. Caminó hasta la moto y estaba a punto de arrancarla cuando escuchó a su espalda un “pss, pss”. Se volvió y cuál no sería su sorpresa al comprobar que era Laura la que de aquella forma le llamaba. Esperó a que llegara.

-Hola, soso ¿me das otro cigarrillo?

Le extendió el paquete y el papel de liar, se dio la vuelta y comenzó a presionar con el pie la palanca de arranque.

-Oye, ¿tú de qué vas, hay que echarte una instancia, tío?

-Tengo prisa, déjame.

-¿Por qué no tomas una copa conmigo?

Le dio a la frase una entonación especial y le sorprendió aquel alarde de desfachatez tan sutilmente unido a una especie de petición propia de criatura desvalida. No pudo seguir diciendo que no.

-¿Dónde?

-¿Te parece en mi casa? Vivo cerca.

Torcieron por la Calle de la Paloma y entraron en un portal que daba acceso a una antigua casa de corredor, una corrala, muy cerca de una iglesia conocida por el mismo nombre que el de la calle.

Abrió una de las puertas, de ya muy quejicosa madera, en el primer piso. El habitáculo constaba únicamente de la cocina, un diminuto cuarto de baño con lavabo, taza y plato de ducha y un salón-comedor-dormitorio algo más amplio. Le

ofreció asiento y abrió el pequeño mueble bar. Sólo había whisky y ginebra.

-¿Qué quieres?

-Ginebra. Sola, por favor.

-¡Uff, qué macho! –dijo con sorna-

-No me gustan las mezclas ¿No trabajas hoy?

-Esta tarde libre, pero, como vivo aquí cerca, voy a comer con ellas.

Hizo un inciso. Hasta ahora habían estado hablando sin que llenara las copas. Por fin, destapó la botella y le sirvió la ginebra; ella la mezcló con limón. Después se sentó a su lado en el pequeño sofá de dos plazas, dio un sorbo y a Paco le pareció que esperaba a que el reiniciara la conversación.

-¿Cómo te metiste en esto? Supongo que no sería por vocación.

-Algo hay que hacer en la vida, digo yo. Vi un anuncio: “Chica buena figura se necesita para

local próxima apertura. Mínimo 150 diarios”. Tampoco es tan pesado el trabajo, a veces hay que aguantar algún plasta, pero eso pasa en todas partes. Es verdad que no se llega a los 150 normalmente, pero tampoco tienes que acostarte con nadie que no quieras, con que les saques la copa, basta.

-¿Y te gusta?

-Es lo que hay.

-Supongo que sí. Oye ¿y siempre sois tan amables entre vosotras? Ya sabes a lo que me refiero: pellizquitos, caricias, indirectas...

-Mira, a nosotras los tíos no nos dan nada. Se desahogan y se van, así que el cariño, a nuestra manera, nos lo damos entre nosotras.

-Entiendo.

-Pero ahora, cuéntame algo de ti. Me pareces un tipejo interesante, por eso te he llamado, y porque tenía ganas de hablar con alguien, qué quieres, y de estar con un tío de otra manera... y

me dio, precisamente, por tu comportamiento en el restaurante, que podrías ser tú. Lo normal es que a los tíos les encante que estemos alrededor y les gastemos bromas y todo eso. Y tú, venga, todo lo contrario.

-A cualquier cosa llamas restaurante.

Se rió.

-Anda, tonto, seguro que tú también tienes cosas que decir. No lo hago con todos ¿sabes?

Paco estudió un gesto reflexivo y melancólico, adivinó en el rostro de Laura que le salió bien y comenzó. Siempre le había gustado inventar su propia vida y esta vez no tenía por qué ser menos. Se extendió en vivencias y aventuras, mezcla de lo que fue y de lo que hubiera deseado que fuera; hizo simbiosis entre ensoñaciones y recuerdos, perdiéndose él mismo en la vida de otro que, eso sí, se le parecía mucho. Sin embargo, no estaba mintiendo, era como si delante de aquella mujer que no conocía de nada sintiese la libertad suficiente para escupir -sin

importar que viniese de la razón clara o de los más profundos abismos de la mente- todas aquellas cosas que en una relación cotidiana han de ser sofocadas en su mismo nacimiento para no correr el riesgo de llevar ya para siempre el adjetivo simple y ruin, pero hiriente, la etiqueta, el sambenito.

Laura había cambiado de expresión. Ahora le miraba con gesto de ternura y cercanía, como si estuviera dando a luz un nuevo sentimiento solidario de esos que nos asaltan a veces desde dentro y nos obligan, casi al margen de la voluntad, a identificarnos con el otro. Él había sentido eso en muchas ocasiones y sabía que pasaba con frecuencia en este tipo de encuentros fortuitos que parecen ineludibles, como si hubieran estado esperando desde siempre en el destino, nuestra llegada. Sabía también que duraban sólo el mismo tiempo que el encuentro y después se transformaban en neblina, en una especie de vapor de rocío capaz de lavar nuestras afecciones más hondas y dejarnos como recién

nacidos. En ese momento ya sabía que no iría aquella tarde al taller de Usera. Anocheceía y la botella de ginebra estaba más que mediada. No paraban de hablar, pero ahora muy despacio, muy bajito, como si no quisieran que los escuchara su propio miedo.

Los dos eran conscientes de que con la mañana todo acabaría, pero también de que se habían salvado, de que una vez más habían conseguido levantarse del fango gracias a él mismo. De nuevo recuperaron la seguridad en su propia miseria, que, en el fondo, es lo único que tenían. Sí, se habían salvado y se daban las gracias. Volvieron a descubrir que la vida palpitaba, también y con fuerza, en un borrachín de ginebra y en una chica de bar.

Salió temprano y dirigió la moto hacia la Puerta de Toledo, cruzó el río por el Puente de Praga, giró a la izquierda por la Calle de Antonio López y, después, a la derecha, por la de Marcelo Usera. Cuando llegó a la Calle Ferroviarios el taller permanecía cerrado. Normal, abría a las diez y no

eran ni las nueve. Aparcó y dio un paseo. Tenía hambre, así que se acercó hasta el mercado municipal del final de la calle y entró en el bar que había en los bajos. Se sentó a una mesa, junto a una cristalera desde la que dominaba la entrada al taller. Allí dio cuenta de un enorme bocadillo de lomo con pimientos y una jarra helada de cerveza. Terminó el tentempié con un café solo y una copa de orujo blanco.

Poco después de acabado el desayuno, y mientras disfrutaba lenta y profundamente de un cigarrillo, vio a través del cristal cómo Víctor, el encargado, abría la puerta del taller y entraba. Siempre tan puntual, con unos minutos de sobra para dar la impresión, cuando entraran los demás, de que ya llevaba tiempo trabajando.

Pagó y recorrió los escasos metros que le separaban del local. Empujó la puerta y gritó:

-¡Eh, Víctor! ¿Estás ahí?

-Sí, Paco, pasa –se escuchó desde el fondo-
Supuse que estabas por aquí al ver ese trasto que

te has agenciado y que las chicas me describieron. Debe ser la única moto así que queda en todo Madrid.

-¿Hay noticias, Víctor? Ya sabes, de las malas.

-Sí. Estuvo otra vez la poli por aquí. Quieren verte, pero no te preocupes, ni aunque queramos podemos decir nada, como parece que no te fías de nosotros no sabemos dónde localizarte.

Paco conocía a Víctor y ese comentario no le gustó nada. Mientras hablaba con él habían entrado ya las dos chicas, que le saludaron con un muy afectivo beso que agradeció. Montse le hizo un gesto que quería decir que hablase con ella a solas antes de irse.

Continuó hablando con Víctor de otras cosas más superficiales y, sobre todo, de la pasada gloria de la famosa Derbi Antorcha de 49c.c. Víctor era también un amante de las máquinas clásicas y siempre estaba metido en internet buscando gangas.

Por fin, se despidió de él con un apretón de manos y se dirigió a la salida, no sin antes avisar a Montse de su intención con una mirada cómplice.

Las dos chicas fueron hasta la puerta con la excusa de despedirse. Montse tomó la palabra.

-Ya sabes que Víctor es un buen chico... hasta que no se siente comprometido. Para él la comodidad es lo primero.

-¿Qué quieres decir? –atajó Paco-

-Que cambies de moto. Si hubiera sabido dónde vives, lo habría dicho con tal de que no volvieran a molestarle.

-Gracias, guapa.

-Por cierto, están ya casi seguros de que tú has tenido algo que ver con el crimen. Creo que deberías aclararlo antes de que te comas todo el marrón.

Volvió a subir a su moto y supo que esa era la última vez.

Tardó bastante en llegar a La Ventilla porque evitó las grandes avenidas para no tener encontronazos con las patrullas policiales que pudieran identificar su singular vehículo. Por fin, descendió la rampa del taller y gritó:

-¡Lolo!

-¡Aquí, Paquiño! –contestó desde detrás de una vieja Sanglas a la que estaba examinando-

-Necesito que me cambies este trasto por algo más normalito.

-¿Le pasa algo?

-Qué va, tío, va de puta madre, pero es la única así que hay en todo Madrid y la pasma la puede tener controlada. Además, no te preocupes, Juan, el de Atocha, el que te compró hace algún tiempo una Ducati Road ¿te acuerdas?

-Sí que me acuerdo, Paquiño, sí.

-Pues ese se ha quedao prendao de la motillo y seguro que te la pilla. No te van a faltar clientes para esta maravilla. Bueno ¿qué me dices, me la

cambias?

-Sólo puedo ofrecerte una Vespa de 125.

-Vale ¿Funciona bien?

-Acabo de arreglarla, y ya me conoces.

-¿No será de color rosa, violeta o algo así?

-No, Paco, no te preocupes. Es discretita. Roja, pero rojas hay muchas. Mira, es esa del fondo.

-Me la llevo. Si, por casualidad, vienen los maderos haciendo preguntas no les digas que la Derbi fue mía. Quítale los retrovisores y el respaldo. No la dejes igual.

-No te preocupes, Paco. Yo no he vuelto a verte.

-Gracias, Lolo. Volveré a visitarte cuando pase todo.

Le jodía mucho que el cambio de marchas estuviera en el puño; pero, en fin, todo era cuestión de acostumbrarse.

...

Esta vez se atrevió a enfilar La Castellana hasta llegar a Atocha. Ya en el Rincón Asturiano volvió a encontrarse con Juan y le contó lo de la moto.

-¡No jodas, colega! Mañana mismo voy a por ella.

-Yo le diré al Lolo que te la reserve, pero no vayas tan pronto ¿o es que quieres que te esté parando la poli cada cien metros?

-Tienes razón. Colega ¡pero que no me la quite nadie! ¿vale?

-No te preocupes, Juanito, coño, te doy mi palabra.

-Me fio. El otro día estuvieron husmeando por aquí y haciendo preguntas, pero tranqui, nadie dio ninguna pista.

-¿Y Guadalupe?

-Te gusta follar con ella ¿eh, cabroncete?

-Sí, me gusta ¿pasa algo?

-No, tío, que me alegro. No sé, estará estudiando. Hay días que no se le ve el pelo.

-Voy a comer algo donde Pepe y luego iré a La Albahaca, a ver cómo está la peña de por ahí

-Pues por lo visto se ha montao una mu gorda, tío.

-¿Y eso?

-No sé, ya sabes que yo no paro mucho por ahí, pero parece ser que ha habido una historia de cuernos que venía desde hacía tiempo y que se ha destapao el otro día.

-¿Cuernos?

-Sí, sí. Parece que tu amigo el rockero y la rubita, la chica de Perico, se lo hacían. ¡Buah! han acabao a hostias y to. Hasta vino la pasma.

-¿Paulino y Lía?

-Como te lo cuento., Pero, bueno, ya te lo dirán ellos, si vas. A mí me lo han contao y ya sabes cómo es el barrio, lo mismo pues de la misa la

media.

-Gracias por decírmelo, Juan. Así voy avisado para no meter la gamba. Voy a ver a Pepe.

-Hasta luego, tronco.

...

-¡Che, qué bueno, carayo! –exclamó Pepe con esa simbiosis tan suya entre los acentos gallego y argentino.

-Me gusta tu comida, Pepe. Cada vez que vengo por aquí no puedo evitarlo.

-Algo bueno tenía que tener el viejo migrante ¿o no?

-No sólo eso, Pepe, no sólo eso. Sabes que te aprecio por muchas cosas.

-Ya, ya, pero bienes a comer.

-Vengo a verte, coño, pero ya que estoy aquí...

Pepe sonrió satisfecho, pero desconfiado.

-Hoy tengo unas lentejas y una chuletillas que

están para chuparse los dedos.

-Pues no se hable más, primero las unas y luego las otras.

-Siéntate.

Pronto reapareció Pepe con un mantel de cuadros rojos y blancos que desde lejos no parecía de papel, un cubierto y una botella de tinto. Un viaje más y el plato humeante de lentejas y unos buenos trozos de pan en un cestillo de plástico que imitaba el mimbre estaban sobre la mesa.

Paco comenzó a dar buena cuenta de la legumbre y Pepe se sentó frente a él. De nuevo sórdidos rincones bonaerenses, brillantes paisajes del Puerto de la Plata y acordes de tango en bandoneón amenizaron las lentejas con chorizo. Para las chuletillas dejó las carreras de caballos y los finales de balasera en los partidos de fútbol entre River Plate y Boca Junior. Por fin, cuando ya degustaba el café y la copa de orujo, el destino se apiadó de él y entraron algunos clientes que también pidieron de comer. Pepe desapareció en

la cocina y, poco a poco, los rumores de milonga que acompañaban a nobles potrillos fueron desapareciendo por un caminito que el tiempo borró.

Sorbo a sorbo rememoró lo que Juanito acababa de contarle. Le pareció increíble que Paulino, al que tanto cariño había cogido, hubiese protagonizado una historia tan mezquina ¿Liarse con la chica de su amigo Perico? ¿engañar a la pobre Marimé? No se trataba de que estas cosas no pudieran suceder, se trataba de la forma en que parecía que había pasado, según Juan, es decir, a hurtadillas, con engaños, al igual que los adulterios burgueses. Esto es lo que, de ser cierto, más le dolía a Paco ¿Dónde estaba ahora la diferencia entre sus amigos y el mundo?

No sabía cómo presentarse en La Albahaca. Decidió hacerlo fingiendo que no sabía nada, a ver qué pasaba.

Pero aún era muy pronto para ir. A esa hora estaría vacía y no iba a esperar tres o cuatro

largas horas hasta que empezara a llegar la gente.

Había comido mucho y se sentía pesado, así que pensó que otro buen orujo casero le ayudaría a aligerar la digestión. Se levantó a la barra.

-Ponme otra, Pepe.

-¿Qué pasó?

-Que tengo que echarle un poco de disolvente a los dos platazos que me has puesto.

-Pues no has dejado nada. Casi no tengo ni que fregarlos. Estaba bueno ¿eh?

-Cojonudo, Pepe, cojonudo, pero, ahora, si me subo a la Vespa me escarayo.

Pepe soltó una risotada sonora y profunda y, cogiendo la botella, rellenó la copa de una forma tan generosa que casi la desborda.

-Ahí tienes para un buen rato.

-Joder, Pepe, que luego tengo que conducir.

-De aquí a que te vayas ya se te ha pasado.

Volvió a la mesa con su copa y comenzó a rememorar lo que había sucedido aquel día.

Por fin, su exjefe Víctor se le había revelado como lo que siempre supuso intuitivamente que era: un hombre acomodaticio, mezquino y ruin. El buen rollito que mostraba ante los empleados obedecía a los mismos intereses, es decir, evitar cualquier roce y procurarse una existencia lo más tranquila posible, carente de cualquier tipo de conflicto; sin embargo, cuando se planteaba algún problema con el propietario, indefectiblemente tomaba partido por él, eso sí, convenciendo previamente a los operarios, con muy buenas palabras, que la decisión del Gran Jefe era la mejor para todos porque, por supuesto, había sido él mismo quien le había convencido de que no adoptase otra peor.

Después, Loliño y la Vespa roja que esperaba le ayudase a retrasar su localización. Era bonita y práctica, pero no terminaba de adaptarse al cambio de marchas en el puño.

Y ahora, esa maldita historia de cuernos en el mismo corazón de su peña de amigos. Y, encima, tal y como le había contado Juan, con episodio violento y todo. Con el lío que tenía él y, en este momento, sentía más preocupación por esa historia que por su propio problema, que hasta podía llevarlo a la cárcel. “No cambiarás nunca, eres un gilipollas”, pensó.

“Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver... ..” El aullido de Pepe desde la cocina le apartó bruscamente de sus pensamientos.

-¡Cóbrame, Pepe, que me piro! –gritó Paco-

-Vuelve pronto, rapaz. Lo paso bien contigo.

-No te preocupes, Pepe. Cada vez que vengo al barrio tú eres visita obligada.

Seguía siendo demasiado pronto, así que montó sobre su nueva Vespa roja y comenzó a rodar despacio. A esa hora nadie le haría delatar su par de copas de orujo en un alcoholímetro.

Aparcó frente a las rejas del Jardín Botánico y

subió a pie hasta el final de la cuesta de Moyano para recorrer los puestos de libros de arriba abajo. No era fin de semana, así que sólo encontró abiertos media docena. Se detuvo en cada uno mucho tiempo, mirando, hojeando. No buscaba nada en especial, esperaba que algún ejemplar le llamara la atención, algo así como si le dijera :¡eh, Paco, estoy aquí, voy a interesarte mucho! Pero eso no pasó hasta que llegó al penúltimo puesto abierto. Allí, un libro publicado en 1977, cuyo autor es Heleno Saña y titulado “Sindicalismo y Autogestión”, le gritó :”¡estoy hecho para ti!” Lo tomó entre sus manos y pasó sus páginas velozmente hasta que, de forma mecánica, se detuvo en una de ellas. Decía: “el primer gran ejemplo histórico de autogestión político-social es la Comuna de París...” Se volvió al librero y preguntó:

-¿Cuánto?

-Seis euros.

Le pareció algo caro para ser una edición tan

antigua, pero no incunable y ni siquiera de coleccionista. Pero no tenía ganas de discutir y, mucho menos después de que el libro le hubiese llamado a él. Pagó y se fue, pero, eso sí, sin despedirse. Fue su pequeña venganza.

Regresó a la moto, introdujo su recién adquirido tesoro en el pequeño compartimento que tienen las Vespas debajo del manillar y volvió a la calle General Lacy. Eran más de las siete y ya habría alguien en La Albahaca. Seguía sin saber cómo afrontar el asunto, así que decidió que era mejor esperar a que el asunto lo afrontara a él. No tenía ninguna duda de que alguno de los colegas le daría pie para intervenir.

-¡Buenas tardes, chavales!

-¡Qué bien, qué bien, ha venido Paco! –canturreó Lía-

Perico, siempre más serio, optó por un apretón de manos. Gema lo saludó con una sonrisa desde la cocina y Cris le dio un beso.

En un rápido vistazo vio que varias mesas estaban ocupadas por gente bebiendo cerveza y comiendo tostas y que en la barra, sobre un taburete, el Chino era el único parroquiano que le miraba sonriendo abiertamente. Le saludó con una palmada en la espalda.

-Qué solo estás hoy, Chino. Qué raro ¿Y el resto de la panda?

-Ni idea, chico.

-¿Qué te pongo? –interrumpió Lía-

-Una como tú, guapa.

-Ja Ja, ¿Qué es eso, tonto?

-Una rubita y fresquita.

-Se colocó tras el grifo de la cerveza con cara de guasa y le tiró una caña perfecta.

-Lo que te decía, tío. No sé qué pasa hoy, pero aún no ha venido ni dios. Supongo –dijo bajando mucho la voz para que nadie más le escuchara- que quieren evitar el mal rollo.

-¿Qué mal rollo? –contestó en el mismo tono confidencial-

De pronto el Chino recuperó el volumen de voz habitual y dijo: -Hoy estoy hecho polvo. Me duele la chepa. Ponnos otras dos cañitas, que me voy a sentar.

Con esa disculpa le llevó hasta una mesa desde la que no se pudiera oír la conversación.

-¿No te has enterado de nada?

-Algo me han dicho en el bar de al lado, pero ya sabes lo cotillas que son, así que no les he hecho ni puto caso.

-Pues en esta ocasión va a ser que sí.

-Cuéntame, Chino.

-Pues, tío, yo al principio no me lo creía, pero es verdad. Paulino y Lía se han enrollado y la historia se ha destapado por un pedo que pilló el Pauli.

-¿Y Perico, y Marimé?

-Eso viene luego. Vayamos por partes. Después de beberse todas las cervezas del mundo le dice a Perico que si es gilipollas, que si no se da cuenta de que se está tirando a su mujer y que es mejor que desaparezca.

-¿Y qué contesta Perico? –interrumpió impaciente Paco-

-Pues le trata como a un bolinga. Le dice que deje de beber, que está diciendo tonterías. Pero Pauli insiste: “tú sabes que ella me prefiere a mí y que eres un cornudo consentido porque a ti lo único que te importa es el bar y llevártelo crudo, porque la pasta la han puesto los padres de Lía. Que sobras, tío, que sobras aquí”.

-¡Qué fuerte! ¿Y Lía, estaba delante?

-Qué va, aún no había llegado. Creo que estaba en el mercado, con Gema. El caso es que Perico se empezó a calentar y salió de la barra para echarlo del bar y Paulino se puso chulo: “Pégame si tienes cojones, pégame”. Perico lo agarró y lo puso en la calle, pero el tío se defendió como

gato panza arriba y le metió un empujón que casi lo tira. Entonces Perico le metió un hostión con toda su mala leche y ¡hala! al suelo. Se volvió a levantar y se ganó otra hostia. Por fin, el Cristo y Nacho lo agarraron, pero el muy gilipollas, que ya tenía la cara como un pan, se puso a gritar: “¡soltadme, que lo mato! Alguien llamó a la poli, no sabemos quién, y vinieron. No veas, toda la calle mirando, el Pauli diciendo que no quería maderos, que eso era asunto suyo y el Perico explicando lo que había pasado, pero no le denunció.

-¡Qué movidón!

-Pero no acaba ahí el asunto. De lo que nos enteramos después también tiene muchos huevos.

-Espera, espera. Supongo que Paulino ya no viene por aquí.

-Cuando está Lía sola, sí. Ya sabes que Perico y ella se turnan las mañanas.

-Joder con Paulino, vaya morro. Bueno, tío,

sigue.

-Que el rollo venía de lejos. Y nosotros sin enterarnos.

-Yo siempre he notado muchas confianzas entre ellos... como una relación especial ¿comprendes? Pero lo veía un vacile, como un juego.

-Como lo veíamos los demás, hasta el mismo Perico. Y eso que a él le estaban avisando sus colegas: el Cristo, el Nacho y el pelirrojo. Pero no se lo creía.

-¿Os estáis confesando, chicos? –gritó Lía desde la barra-

-Hacía mucho que no hablábamos despacio el Chino y yo. El otro día con lo de la fiestecita, no pudimos.

Perico intuyó de qué iba la conversación y su orgullo no le permitió el saberse objeto de ella, así que, con el gesto más digno y altivo que pudo construir, arrojó con malos modos una bayeta

sobre la barra y abandonó el bar a grandes zancadas, despidiéndose con un seco y sonoro “adiós”.

Lía nos dedicó una sonrisa circunspecta y amarga. Cris y Gema se miraron rápidamente una a otra y fingieron no enterarse de nada.

-Esto va a terminar muy mal –dijo el Chino-

-Tengo que hablar con Marimé; debe estarlo pasando fatal, la pobre. Ya sabes que yo quiero mucho a esa chica.

-Sí, deberías llamarla porque el caradura de Paulino sigue viviendo en su casa, sin dar ni golpe y, encima, llega todas las noches colocao y montando gresca.

-Lo haré hoy mismo. Sigo sin entender cómo el Pauli es capaz de hacer esto. Nos ha engañado a todos, tío. Y la tonta de Lía ¿cómo ha caído en ese follón?

-Dicen que se ha enamorado, que Paulino la ha engatusado con el rollo de la música y todo eso,

y, ya sabes, es mucho más joven que Perico, no ha tenido otro novio más que a él ni más amigos que los suyos. La novedad, coño, el deslumbramiento, la posibilidad de aventura y todas esas gilipolleces. Además, ahora les da a los dos por la farlopa. Bueno, Pauli ya hace que le pega.

-¿Sabes? Una vez Pauli me dijo que él sólo se buscaba novias con piso y con trabajo. Y yo me lo tomé a broma, no podía creer que me dijera tan descaradamente que se estaba aprovechando de Marimé ¡Toma broma! Ahora se la ha buscado hasta con negocio ¡qué hijoputa!

-Pues a ti bien que te caía. Bueno, a ti y a todos, pero tú eras su tronco inseparable.

-Y le di toda mi confianza, Chino, toda entera. No sabes tú bien las cosas que he compartido con ese tío. Por eso me duele tanto, porque un comportamiento así no me lo esperaba de él. Creí que era un buen tipo, de los mejores ¡Vaya palo!

En ese momento apareció Decio con su camisa

de corte africano, sus chanclas, su collar de bolitas de colores y su pelo rapado para disimular la calva. Decio militaba en el mismo sindicato que Paco y trabajaba en la Secretaría de Acción Social. Era un tipo admirable porque sacaba tiempo de debajo de las piedras para invertirlo en su constante activismo. Siempre había estado metido en colectivos de prensa independiente y autogestionada y ahora tenía, junto a otros compañeros, el proyecto de sacar adelante un “periódico de actualidad crítica”, como el mismo lo definía, y que, seguramente, se llamaría “Diagonal”, en referencia a una línea que uniera los dos sectores de la izquierda alternativa, rojos y negros. Lo novedoso del proyecto es que también pretendían distribuirlo en kioscos.

-¿Qué pasa, compañeros? –saludó- ¡Vaya tela, qué caras! Ya te lo ha contado todo el Chino ¿no, Paco?

-Pues sí, compañero, sí.

-Siempre te dije que ese tipo era un gilipollas y

un aprovechado que le estaba chupando la sangre a Marimé.

-Lo reconozco, es verdad, pero como tú tampoco le caías bien a él supuse que era animadversión mutua.

-Claro, no le caía bien porque sabía que a mí no me la pegaba.

-Vale, vale, concedido, somos todos un atajo de pardillos. Voy a llamar a Marimé.

Paco salió a la calle, la cruzó y llamó al portero automático del portal de enfrente. Esperó un rato y volvió.

-No está, la llamaré por teléfono.

Sacó el móvil y marcó.

-¿Marimé?

-Hola, Paco ¿qué tal?

-¿Qué tal tú? Hecha una mierda, supongo. Te conozco y no te imagino de otra manera.

- Tú siempre tan directo. Pues sí, tienes razón.
- Quiero hablar contigo, Marimé ¿dónde estás?
- Estoy en casa de unas amigas y me voy a quedar a dormir aquí. Nos vemos mañana, si te parece.
- Vale ¿en La Albahaca?
- No Paco, por favor. Comprende que no me apetezca ir por ahí.
- Claro, claro, perdona ¡qué tonto soy!
- ¿Te parece el Rock Palace?
- De acuerdo ¿a las siete?
- Vale, allí estaré. Un beso.
- Hasta mañana.

Dirigiéndose a sus amigos:

- Bueno, ya lo habéis oído.
- Ya, ya ¿y nosotros, qué, no podemos verla?
- Primero voy yo, tiene más confianza conmigo. Luego os llamo y venís. No creo que diga que no.

Vosotros no le habéis hecho nada y yo sé que también os quiere. Además, ahora necesita sentirse protegida.

-Oye –dijo Decio- Cambiando de tema ¿Por qué no nos cuentas de una puta vez a qué se ha debido tu desaparición? El otro día tenías una cara de perro que era mejor no preguntar nada, y luego, con la fiesta y el numerito de Gema, tampoco parecía oportuno.

-¿Recordáis que me fui con Paulino a tomar una cañas por ahí?

-Sí ¿y...?

-Pues no sabéis todo lo que me arrepiento ahora de habérselo contado a él.

-¿El qué? –gritó el Chino- Sácanos de dudas. La poli ha estado por aquí. Decían que te buscaban no por nada importante, que era sólo por si podías reconocer a alguien.

-Al Chirlas.

-¿El Chirlas? ¿quién es ese? –añadió Decio-

Paco se levantó y pidió otra ronda de cervezas. Regresó con ellas en la mano y se sentó. Dio un trago largo y se quedó mirando fija y alternativamente a los ojos de sus colegas. Después depositó una mirada abstraída sobre su vaso.

-¿Quieres dejar de hacer teatro? –le dijo Decio al borde del cabreo-

-Está bien, está bien. Lo siento. Ya sabéis que me gusta imprimir cierto dramatismo a las historias.

Y la verdad es que lo intentó, pero a medida que avanzaba en la narración e iba percibiendo los gestos de sorpresa, de escándalo, de admiración, de preocupación y hasta de alarma en los rostros de sus amigos, no podía dejar de adornar algún capítulo con frases de suspense que aumentaran el interés. Ellos, comprensivos, aguantaron carros y carretas con tal de que, por fin, llegara hasta el final.

Pero el resultado no fue más -ni menos- que la verdad. Y esta vez sí que se quedó totalmente

desahogado. El Chino y Decio permanecieron en silencio durante unos segundos interminables. Fue este último el que tomó antes la palabra.

-Paco, esta noche te quedas a dormir en casa y por la mañana llamaré al abogado. Alguien tiene que aconsejarte con la ley en la mano. A mí esto me parecer muy fuerte.

-Pero, compañero, nuestros abogados son muy buenos laboristas, pero de esto no tienen ni puñetera idea.

-García sabe de todo. También ha ganado muchos casos de delincuencia común.

-De acuerdo, estoy en tus manos.

-Me jode que en todos estos días no hayas pasado ya por el sindicato para pedir ayuda ¿Qué pasa, que no te fías de tus compañeros?

-Ya os he dicho que me he tomado este asunto como algo personal, algo que tengo que arreglar yo solo.

-Pero, tío, eso está en contra de todo lo que tú

mismo piensas.

-Lo sé, tronco, lo sé, pero soy incapaz de ideologizar este tema. Soy yo el que se ha sentido herido y engañado, mejor dicho, soy yo el que se ha dejado engañar. Nadie tiene la culpa de eso.

-¿Ya se te ha olvidado eso de que “lo que le pasa a uno nos pasa a todos”?

-Vale, vale, me rindo.

-Y no será –remachó El Chino- porque no te hayamos avisado todos, hasta Paulin, sobre la chica esa.

-Ya me he rendido. No me cabrees, encima, haciendo leña del árbol caído.

Tomaron otro par de rondas y, después, los tres salieron a la calle tras despedirse de las chicas. Estuvieron charlando un rato en la acera, mientras echaban un cigarrillo frente al portal de Decio. Desde allí vieron a Pablo atravesar la puerta del bar. Estaba claro que Lía le había llamado para decirle que Perico no estaba.

-Todo se está pudriendo demasiado deprisa -dijo Decio-

El Chino asintió con la cabeza al tiempo que arrojaba la colilla disparándola con los dedos corazón y pulgar de la mano izquierda.

-Bueno, chicos –añadió- me voy, que es tarde y mañana es día de escuela ¿Tú cómo llevas lo del curro, Paco?

-Ya buscaré algo. De momento me he despedido del taller para que tarden más en encontrarme. Estoy, digamos... en un periodo sabático.

-Me parece bien, a veces hay que cambiar para aclararse. Hasta mañana.

-Hasta mañana, aunque no te lo puedo asegurar.

-Sí me lo puedes asegurar, has quedado con Marimé.

Decio se despidió con una sonrisa y levantando la palma de la mano mientras abría el portal con la otra.

Subieron hasta el segundo. Arriba ya estaban sus compañeros de piso: Pepe, Andrés y Ricardo, todos trabajadores de RENFE de distintas provincias que estaban destinados en la estación de Atocha. Acababan de acostarse y desde una de las habitaciones salió una queja preventiva:

-¡No arméis follón!

No tenían ninguna intención de hacerlo. Cenaron algo frío y se fueron a la cama.

No llegó al sueño profundo durante toda la noche. Justo cuando algunas imágenes oníricas comenzaban a aparecer en su cerebro notó un empujón en el hombro al tiempo que una voz le gruñía:

-¡Vamos, arriba! Hay que ir a ver a García.

-Pero, Decio, hoy es sábado. El sindicato no abre los sábados. Ayer no caí en la cuenta.

-No vamos al sindicato, vamos a su casa.

-¿Así, sin avisar? Se va cabrear, ya sabes que no le gusta levantarse pronto los fines de semana. Es

un tío muy raro. Además, estará cansado, tendrá resaca.

-Que se joda. Es mi amigo ¿no? Pues cuando hay que estar, hay que estar. He llegado a levantarlo de madrugada para asistir a un compañero en comisaría y ha venido.

Se dieron una ducha rápida, se vistieron y bajaron las escaleras. En el mesón de la esquina tomaron un café y, después, se montaron en la Vespa. Al cabo de pocos minutos llegaron a la Calle de las Huertas. Allí, en el primer piso de un edificio antiguo, que hace siglos fue de lujo y ahora clamaba por una buena rehabilitación, tenía García su domicilio y su despacho.

Decio se dejó la yema del dedo en el timbre. Por fin, se escuchó un cansino arrastrar de pies desde el fondo del pasillo y una especie de graznido que decía:

-¡Ya voy, joder, ya voy!

Ruido de cerrojos, llaves y cerraduras. La puerta

se abrió con un chirrido de película de miedo en blanco y negro. García apareció en el umbral envuelto en un batín a cuadros de colores indefinidos y calzando unas zapatillas de felpa.

-¡Qué hijo puta, tenías que ser tú! –dijo mirando a Decio fijamente- Pasad, anda, pasad y sentaos que voy a hacer café.

-Hazlo cargadito, que tienes que estar bien despierto para escuchar la historia que te traemos.

-Joder, joder, joder -fue repitiendo mientras se introducía en la cocina.

Se sentaron en una mesa grande y redonda, de madera gruesa, áspera y muy rayada, que había en el centro del enorme comedor y esperaron.

Al cabo de un rato, el abogado apareció con una cafetera llena y un tarro con azúcar. De un mueble a la espalda de ellos sacó tres vasos, tres cucharillas y una botella de whisky barato.

-Es para la resaca –dijo-

Cada uno se sirvió su café. García se echó hasta la mitad del vaso y el resto lo colmó con aquel brebaje alcohólico.

-Está muy caliente para mí –explicó-

Permanecieron en silencio mientras bebía. Terminó y volvió a repetir la operación con las mismas proporciones. Dio un nuevo trago generoso.

-Un momento –pidió-

Se levantó. Su caminar era ahora mucho más decidido. Estaba claro que la pócima había hecho su efecto. Regresó con un bolígrafo y un par de folios en blanco.

-Bueno, ya podéis empezar.

Decio tomó la palabra y le contó los últimos capítulos de la vida de Paco con todo detalle. De vez en cuando le miraba de soslayo para pedir su conformidad. Paco se la daba con un movimiento de cabeza. García no paraba de tomar notas, tantas que tuvo que levantarse a por más papel.

-¡Y me lo quería perder! –exclamó el abogado-

-¿Se me olvida algo? –preguntó Decio-

-Nada –dijo Paco- Parece que te ha pasado a ti.

-Pues bien –concluyó García- Voy a vestirme y nos vamos.

-¿Adónde? –preguntó Paco, que había intuido algo-

-A la comisaría de aquí al lado. Tienes que contarles todo, no puedes esperar a que te detengan. Es lo mejor para ti.

-Aún no me han buscado para detenerme – protestó- sólo para hacerme algunas preguntas.

-Acabarán haciéndolo y entonces será peor. Sin embargo, si te entregas tú solo y declaras voluntariamente cambia mucho la cosa. No te preocupes, yo estaré contigo en todo momento. Venga, vamos.

-De eso nada. No hay ninguna garantía de que no vayan a encerrarme preventivamente, y aún tengo

muchas cosas que hacer.

-¿Qué tienes que hacer? –preguntó García a punto de perder los nervios-

-Conseguir que me enchironen por un buen motivo.

-¿Qué motivo?

-Tengo que matar al Chirlas.

-Este tío está loco –le dijo García a Decio- ¿Para esto me despiertas?

Paco se levantó y salió deprisa, dando un portazo. Decio corrió tras él. Cuando lo alcanzó ya estaba arrancando la Vespa. García se sirvió otro culín de whisky en el mismo vaso del café y fue a arrugar con la mano las notas que había tomado, pero lo pensó mejor y las dobló con cuidado. Después las guardó en un cajón.

-Creo te has pasado –dijo Decio mientras subía de un salto a la parte de atrás de la moto-

-Ya hablaremos. Ahora, cállate.

Regresó a General Lacy volando. Aquella Vespa era una buena máquina. Pasó por delante de la puerta de La Albahaca y no paró. Decio se atrevió a preguntar:

-¿Dónde vas?

-Yo, voy a comer.

-Me podías haber dejado en el portal.

-No te preocupes, te invito. Sé que estás boca.

Subió a la acera casi a la misma velocidad con que había bajado la calle. Decio, que no se esperaba el brusco golpe en el culo, puso un gesto de dolor y paciencia.

El bar Soria estaba en la Calle del Áncora. A pesar del nombre estaba regentado por una familia gallega y la comida era insuperable, muy similar en calidad y precio a la del bar de Pepe, el galaico-argentino. La barra era larga y el local muy amplio y con muchas mesas. Los camareros y cocineros provenían de Ávila, Rumanía, Bulgaria, Brasil y Pakistán. Todos habían sido

perfectamente educados en la gastronomía gallega y todos la habían aprendido como si la hubieran mamado desde pequeños, lo que demuestra que eso de “nadie hace el pote como mi madre” es mentira. Taxistas; empleados de empresas ubicadas en Méndez Álvaro, antigua zona industrial de Madrid, ahora en decadencia; periodistas de una cercana editorial de revistas del motor y rockeros que ensayaban en la sala Rock Palace, eran su principal clientela. Mención aparte merecen el nutrido grupo de borrachines del barrio que pasaban la tarde trasegando cubatas, jugando al Mus y al Tute y opinando sobre lo divino y lo humano con una clarividencia propia de doctos e irrefutables catedráticos.

Se sentaron en una mesa del fondo después de que Paco intercambiara saludos con media parroquia. En menos de un minuto, Miguel, el primo del propietario, se acercó.

-Hoy hay un codillo que flipas.

Pidieron dos, precedidos de sendos caldos gallegos. Comieron en silencio, casi a cara de perro, pero no dejaron ni una miga de pan, ni una gota de vino.

-¿Lo de siempre, Paco?

Eso era un café solo y una copa de orujo blanco.

-Sí, Miguel, gracias.

-¿Y usted? –dirigiéndose a Decio-

-Yo, primero, tomaré un trozo de tarta de Santiago. Después, lo mismo que él, pero el orujo de hierbas y con hielo.

Paco se bebió el café de un par de sorbos, le gustaba caliente. Después dio un trago corto y lento a su copa y se lió un cigarrillo. Una primera calada profunda y pausada y se perdió como siempre, con la mirada fija en otro mundo y el pensamiento prófugo. Ni siquiera reparó en que su compañero seguía ahí, enfrente de él, pensando en cómo recuperar una conversación no iniciada. Decio había comenzado ya con su

licor y miraba a Paco con intriga. Sabía que esta vez no estaba haciendo teatro, que se había ido de verdad a otros lugares que él no conocía. Probó suerte tosiendo un par de veces, pero nada. Por fin, optó por lo que creyó más oportuno, dio una palmadita en el brazo de Paco y dijo:

-Me voy, ya nos veremos.

Paco reaccionó con un respingo.

-¡Eh! ¿dónde vas?

-A casa. Voy a leer un rato antes de que vuelvas a llamarme para ver a Marimé, si es que quieres.

-Espera un momento, joder ¡Miguel! –llamó al camarero- danos otro par de copitas, ese codillo necesita otro trago para que baje.

Esperó a tenerlas servidas antes de hablar.

-No quiero que pienses que soy un desagradecido.

-No pienso eso, sólo creo que estás obcecado y que te vas a meter en un buen fregao si sigues por

ese camino.

-¿Es que no lo entiendes, tío? Casi me llevan al huerto y a la pobre vieja se la cargaron por mi culpa. Necesito cobrarme tanto agravio.

-A la vieja no se la cargaron por tu culpa, se la cargaron porque son unos hijos de puta. Y, a lo mejor, ni eso. A lo mejor se la cargaron sólo porque son unos yonkies que no saben lo que hacen, unos desgraciados que únicamente pueden pensar en su pico diario. Tú no tienes la culpa de nada de eso.

-Mira, Decio, con ese cuento de que son drogadictos e irresponsables, si los pillan van a estar cuatro días en la cárcel. Pero si yo les doy una buena lección ya no le van a volver a hacer daño a nadie. Autogestión, compañero, autogestión ¿no?

-Sabes mejor que nadie que la autogestión no tiene nada que ver con venganzas ni ajustes de cuentas. Qué más quisiera yo que coger a esos tres y reciclarlos en una comuna terapéutica. Pero

aún no estamos en ese mundo, así que lo único que importa es que no te metan a ti en la cárcel.

-Sé como cazar al Chirlas el viernes que viene y no voy a dejar pasar esa oportunidad.

-Sabes que, si te lo cargas, todos a los que nos has contado tus intenciones pasamos a ser cómplices ¿verdad?

-No me chantajeas.

-No te chantajeo. Sólo quiero que lo pienses. Nosotros sí que no te hemos hecho nada, excepto ayudarte en lo que podemos.

-Lo sé.

-Joder, Paco, qué ganas tengo de volver a la vida de siempre. Ya sabes, nuestras cañas, nuestros canutitos de vez en cuando, nuestras charletas, las reuniones en el sindicato, nuestras fiestecitas, nuestros conciertos... en fin, lo normal, tío, lo normal, Pero, entre lo de La Albahaca y tú me estáis jodiendo.

-Las desgracias nunca vienen solas, amigo.

-Me voy un rato a casa, quiero echarme una siesta.

-¿No ibas a leer?

-He cambiado de opinión ¿Te vienes? Tú también tienes cara de cansado.

-No, gracias, voy a dar una vuelta antes de ir al Rock Palace.

-Vale. Llámame luego.

-Venga.

Después de abonar la cuenta, Paco salió a la calle. Dudó entre coger la moto o ir andando, pero quería pasear, así que se decidió por lo segundo y se encaminó lentamente, bajando por Méndez Álvaro, hacia el parque Tierno Galván. Naturalmente, aquella calle le traía los peores recuerdos de su vida, allí estuvo a punto de perderla para siempre. Quiso imaginar que el recorrerla de nuevo tendría efectos curativos en su interior y se acarició la cicatriz mecánicamente. Llegó a la Plaza del Amanecer y

la cruzó para encontrarse con el parque, que comenzaba al otro lado del puente que salvaba las vías del ferrocarril y que separaba la plaza de la extensa zona verde.

Se paró justo en el centro del puente y clavó su mirada en el horizonte de la línea férrea. El tren era el medio de transporte que más le gustaba. Podría decirse que le apasionaba desde niño. Le gustaba mirarlo, escucharlo y, sobre todo, viajar en él. Le producía una sensación de sereno extrañamiento, de aventura. Esperó a que pasara uno bajo sus pies y, al sentir la vibración y escuchar el traqueteo, suspiró hondamente antes de continuar su camino.

Llegó primero a la zona más ajardinada del parque, con sus setos recortados, sus árboles alineados y sus juegos infantiles. Siguió caminando y, tras otro puente, alcanzó el Planetario, pero tampoco era esa su zona preferida. Por fin, apareció un bosque de pinos bordeado por las vías de un ferrocarril de cercanías. Allí sí estaba a gusto, sentado sobre la

hierba, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y viendo pasar un tren de vez en cuando.

Dejó volar su imaginación ¿Para qué estaba la imaginación si no? Y recordó –no lo recordó, lo vio- el mar, escuchó el rumor de las olas y observó cómo el sol se adormilaba tras el horizonte azul, respiró el aroma de la brisa salada y ¿qué coño hacía un tren atravesando el mar? Se rió y volvió al parque urbano disfrazado de bosque en el que se hallaba. Se lio un cigarrillo y lo encendió. No quedaba mucho para su cita con Marimé, justo el tiempo para fumárselo y volver paseando tranquilamente hasta el Rock Palace. Le jodía profundamente que el cabrón de Paulino le estuviera haciendo algún daño a su amiga. La vio por primera vez, haría ya un par de años, al pasar por la esquina del Rincón Asturiano. Él estaba en la puerta, oteando, como siempre, un horizonte imaginado y, lo mismo que ahora aquel tren, una chica envuelta en un poncho marrón, lo devolvió a la realidad. Recordó que se la quedó mirando fijamente a los ojos, pero sin ningún

afán provocador, simplemente fue que la luz negra de su mirada lo atrapó. Después, cuando la conoció en La Alhacena, junto al Pauli, supo también que esa era una de las pocas personas a las que le gustaba saludar con un beso. Sentía algo especial con el roce de su piel, sensación que no le era agradable con casi nadie y, por eso, por muy de moda que estuviera besar a todo el mundo, Paco se limitaba a dar la mano, tanto a hombres como a mujeres.

Apagó el cigarrillo contra la suela de una de sus botas antes de lanzarlo a la vía, se levantó y comenzó a desandar lo andado. No había pensado antes que la vuelta era cuesta arriba y que aún no estaba para muchos trotes, así que se armó de paciencia e inició el regreso con lentitud.

Aún faltaban cinco minutos para las siete cuando llegó al local. Agradeció que Marimé todavía no estuviese porque prefería tener un rato para prepararse mentalmente antes del encuentro. Pidió una cerveza y se sentó cerca de la puerta, un lugar desde el que dominaba a la vez la

entrada y el interior del bar.

El Rock Palace era una sala muy amplia, montada sobre lo que fue hace unos veinte años el muelle de carga de un edificio industrial. El suelo y el techo estaban pintados de negro y la barra de color rojo. Las paredes, nunca se supo, pues, en su superficie se abigarraban miles de fotos, posters, carteles y carátulas de discos. Excepto cuatro taburetes de la barra, los demás eran de diversa progenie, y el resto del mobiliario lo formaban sofás rescatados de la basura y sillas y mesas de la más variada procedencia. Sin embargo, esa mezcla de estilos y esa oscuridad rota por enormes focos blancos propiciaban un ambiente acogedor y amable.

Alguien que entrara por primera vez, sin saber muy bien dónde se metía, podía sentirse algo impresionado al ver la clientela: jóvenes, no tan jóvenes y otros elementos de ya largo recorrido, lucían indumentarias punkies, rockeras, clásicas, góticas o heavies sin producirse ningún tipo de altercado entre ellos, es más, compartiendo

charlas y cervezas en grupos mixtos, y es que, por encima de interpretaciones tribales, a todos ellos los unía el espíritu del rock & roll. La gran mayoría eran músicos y ensayaban allí, en alguno de los locales en que se dividían las dos plantas superiores del edificio.

También, de vez en cuando, un jueves, viernes o sábado, se hacían desaparecer los sofás y se apilaban las mesas y sillas con el fin de crear espacio y permitir que algún grupo deleitara a los clientes con un directo. Todo, por la cara.

Por fin, apareció Marimé. Paco se levantó, la besó y estuvo abrazándola un buen rato antes de pedir un par de cervezas.

Marimé era chiquitita y muy delgada, pero con una buena fabada y un cocidito de vez en cuando tendría el tipo más bonito del barrio –y en ese barrio había auténticos bombones- De los ojos y las pestañas (sin rímel) mejor ni hablar; y el pelo, negro y revuelto de bucles, como una cascada de noche.

Marimé se sentó a su lado y lo miró mientras le sonreía con amplitud, como siempre. Paco se dio cuenta de que tenía que ser él quien comenzase a hablar. La pobre no sabía ni por dónde empezar, así que Paco tragó saliva, le pasó la mano por los rizos, jugando con ellos, y, en voz íntima, le dijo:

-¿Cómo lo llevas?

-Muy mal, Paco. No me lo esperaba. No me lo esperaba por parte de ninguno de los dos.

-¿Y Paulino, qué dice? ¿Te ha dado alguna explicación?

-Nada. Tonterías. Dice que se ha enamorado, que no puede dejarla, pero que me sigue queriendo.

-¡Qué listo! Sigue viviendo contigo ¿no?

-Dice que no tiene dónde irse. Un día le dije que se largara, que no aguantaba más, y se fue, pero a las pocas horas me llamó llorando y diciéndome que no sabía dónde ir, que se sentía muy solo, abandonado. En fin, que me dio pena y le dejé volver.

-Eres tonta ¿Por qué no vuelve con sus padres?

-Pues por orgullo. Ya sabes que no le gusta reconocer sus fracasos. Me ha dicho que se va a poner a buscar trabajo y que se irá a casa de su hermano hasta que pueda pagarse algo.

-Y mientras, tienes tú que cargar con él ¿no? No me parece bien, es él el que se ha buscado todo esto y tú la que tienes que pagar el pato.

-Yo soy incapaz de ponerle de patitas en la calle con malos modos. Ya me conoces, no es mi estilo.

-¿No tienes miedo de que se enquiste la situación?

-No creo, él también está incómodo.

-Espero que no te haya hecho nada. He oído cosas raras.

-No, Paco, no me ha puesto la mano encima, pero a veces tengo miedo. Todas las noches llega borracho y muchas veces se lía a patadas con las puertas y las paredes, pero a mí no me ha tocado.

Yo creo que es por precaución, porque le acojona que os enteraseis vosotros.

-Hace bien. Más vale que no se le ocurra. Y tú ¿supongo que no tendrás ninguna duda de a quién tienes que avisar si necesitas algo, verdad?

-No, Paco, no tengo duda ¡Qué tío tan majo eres!

-Oye, les he dicho a Decio y al Chino que, si no te molestaba, les llamaría ¿Te parece?

-Claro, haberlo dicho antes. Tengo ganas de verlos.

Los dos colegas estaban en La Albahaca mordiéndose las uñas en espera de la llamada. En menos de diez minutos llegaron al Rock Palace.

La música iba subiendo de tono. En Rock Palace se comenzaba por el jazz y el blues, después se pasaba al rock clásico y más tarde al hard. Cuando aparecieron Decio y el Chino sonaban los primeros acordes de heavy metal.

Marimé resumió breve pero claramente la conversación mantenida con Paco y los dos se

manifestaron de acuerdo con los consejos que él le había dado.

-Podías ser también igual de preclaro contigo mismo –dijo el Chino-

-¿Qué quieres decir? –preguntó la chica-

-¿No te ha dicho nada del follón en que se ha metido?

-No

-¿Paulino tampoco? Porque a él se lo contó todo el primer día.

-Tampoco.

En ese momento, Decio tomó la palabra y, en un pispás, puso a Marimé al corriente de todas las desventuras sobrevenidas en la vida de Paco durante los últimos días.

-¿Así que eres tú el que se atreve a darme consejitos? –dijo ella con cierto retintín-

-Mira, Marimé, no les hagas ni puto caso. Están exagerando. Si hubieran querido ya me habrían

pillado. Si no lo han hecho será porque no lo tienen claro.

Marimé miró a Decio buscando confirmación.

-No te dejes engañar, compañera. Cada vez lo tienen más claro, por eso están husmeando y preguntando por todas partes.

-Deberías entregarte –sentenció Marimé-

-¡Entregarme, entregarme, joder! ¿No tenéis otra palabra? Ni que fuera un asesino en serie.

-En serie, en serie, lo que se dice en serie, pues... todavía no –dijo el Chino en tonillo de cachondeo-

Todos rieron, menos Paco, que se quedó pensando en ese “todavía”. Sin querer, el Chino le había recordado sus deseos de matar, unas ganas que ni él mismo aceptaba pero que se habían convertido en su motor vital y que estaban a punto de arrastrarlo al presidio para el resto de su vida.

No le hacía ni puta gracia la idea, sobre todo por

el daño que podía hacer a sus compañeros. Ya veía los titulares de los periódicos y los comentarios de la tele y la radio mezclando las palabras “droga”, “anarquista”, “asesinato”, “sindicalista” y “delincuente” con manifiesta intencionalidad.

Pidieron otras cervezas y pasaron otro rato charlando y escuchando rock’n roll. Aunque, eso sí, Marimé no paraba de observarle con una mirada que denotaba al mismo tiempo preocupación, sorpresa y cariño.

Aquella noche volvió a pasarla en casa de Decio y los otros compañeros. Por la mañana se levantó temprano y, tras despedirse de su amigo con un “gracias por todo. Nos vemos”, se fue. Subió a la Vespa roja y emprendió el camino de La Ventilla. Se dirigió directamente a casa de Luis, a quien encontró ya levantado.

-Bienvenido. Creí que ya estabas entre rejas.

-Muy gracioso ¿Y tú qué, madrugas hasta los domingos?

-Me aburro en la cama. Los que nos vamos haciendo mayores dormimos menos.

-Vamos, Luis, no te tires el rollo. A ti aún te queda mucha guerra.

-Es que me tienes preocupado, coño. Cada vez que desapareces no sé si voy a volver a verte. Anda, ponte un café y cuéntame algo. La cafetera todavía está caliente.

Paco fue a la cocina y volvió con un vaso mediado de café.

-Me sentará bien –dijo- Hace rato que me he levantado y aún no he tomado nada. Luis, prefiero charlar contigo luego, tranquilamente, mientras damos una vuelta y tomamos algo por ahí antes de comer. Ahora prefiero darme una buena ducha y cambiarme de ropa.

-¡Hombre! ¿hoy vas a comer conmigo?

-Si no tienes otro plan mejor...

-Me parece bien. Mientras tú te duchas y todo eso voy al patio a tender la ropa. Ya he puesto

una lavadora.

-Eres una máquina.

-Si hubiera sabido que ibas a venir habría esperado para lavar también la tuya. Ahora tendrás que esperar a la próxima colada.

-No pasa nada, todavía me queda ropa limpia.

Después de una hora los dos estaban listos para salir. Recorrieron algunas de las callejuelas saludando a todo el mundo, sobre todo a mujeres mayores que se dirigían a la misa.

-Esto aún sigue siendo un pueblo –comentó Paco-

-Por eso me gusta.

-A mí también, Luis, a mí también, pero a veces me pasa como en Pontevedra, que me agobia y me tengo que ir.

-Bueno ¿cuándo vas a empezar a hablar? Si quieres, claro.

-Vale, vale. Ya va siendo hora de tomar un botijo

¿no?

Se metieron en la bodega Las Cepas. La Toñi, al verle junto a Luis, exclamó:

-¡Coño, ya sé de qué te conozco! Cuando entraste el otro día, después, al irte, me quedé pensando: ¿de qué conozco yo a este tío, de qué lo conozco? Y ahora caigo. Tú venías poco por aquí, pero, de vez en cuando, te dejabas caer con Luis al hacer la rondita.

-Buena memoria la tuya, Toñi –contestó Paco-

-¡Uy! Si se acuerda de mi nombre y todo ¡Qué ilusión!

Les sirvió un par de botellines y desapareció en la cocina para preparar aperitivos.

-Te sigue gustando ¿eh, cabroncete?

-Siempre me llamó la atención, pero no quiero terminar siendo tabernero.

-A ti la drogadieta esa te ha dejao muy, pero que muy perjudicao.

-Vaya, hombre ¿no tenías otra manera de volver al tema?

-Lo siento, Paco.

-Olvídalo. Es que aún me duele. Pero es el orgullo lo que me duele, el saber que esa zorra me engañó. Nada más. Te aseguro que no siento ya absolutamente nada por ella.

-Me alegro.

A partir de ahí, Paco se extendió explicándole todo lo sucedido durante sus dos días de ausencia, deteniéndose especialmente en los consejos de Decio y del abogado García y en el desengaño sufrido por su amiga Marimé.

-¡Qué buenos compañeros tienes! Eso es una gran suerte, chaval.

-Lo sé.

-Debes hacerles caso.

-También lo sé, pero tengo miedo de que me encierren, a pesar de todo. No creo tener la

entereza suficiente para soportar la cárcel.

-Pues vaya un anarquista de mierda.

-¡No soy un héroe, joder!

-Vale, hombre, vale.

-Y lo de Marimé ¿qué te parece?

-¿Qué me va a parecer, pues que ese tal Paulino es un hijoputa. Debes ayudar a esa chica en todo lo que puedas y convencerla de que se libere de ese tipo. Vaya temporadita que llevas, compañero: tu novia, tu amigo Paulino. Dos buenos palos para tan poco tiempo.

-Es cierto. Algo muy malo debo de haber hecho para que la vida me trate así.

Con un manotazo sonoro, Luis dejó el importe de las cervezas sobre la barra y gritó:

-¡Hasta luego, Toñi!

-¡Adiós, salaos. A ver si volvéis pronto! – contestó ella desde la cocina, también en voz alta-

Emprendieron la cuesta arriba de forma cansina. Cada uno iba pensando en sus cosas y el silencio hizo más largo el camino hasta el bar de Jacobo. No se habían puesto de acuerdo, pero los dos sabían que comerían allí.

-Hoy es domingo ¿verdad, Luis?

-Sí. Toca paella mixta y chuletillas.

-¡Qué bien, el Jacobo hace eso de puta madre! Se me remueven los jugos con sólo pensarlo.

-Pediremos un vinito decente ¿no?

-Claro, un riojita, por lo menos.

-¿Qué vas a hacer luego?

-No tengo nada pensado. Seguramente no me mueva del barrio.

-Yo me quedaré a echar la partida. Si quieres te enseñó a jugar al mus y hacemos pareja, aunque pierda. A lo mejor tienes la suerte del novato y les damos una paliza.

-No, Luis, gracias. Sabes que me aburre el juego,

me divierto más mirando los gestos que hacéis y las chorradas que decís.

-Como quieras.

-Yo me tomaré un par de copitas y me daré una vuelta por ahí. Me acercaré al parque ese por el que casi me pierdo el primer día.

-Parece un bosque.

-Ya te digo.

No hubo sorpresas con la comida, el menú era el esperado, pero Jacobo les sorprendió con el vino.

-Anda, anda, dejaos de marquitas y probad esto. Tempranillo puro; cosechero, pero fuerte. Ya veréis como os gusta.

Y les puso en el centro de la mesa una botella de litro sin etiqueta.

-Me ha traído un par de cajas mi primo, el de San Martín de Valdeiglesias.

Les llenó los vasos y esperó. Los dos amigos pegaron un buen trago.

-¡Jodé! –dijo Luis- ¡Vaya vinazo!

-Se queda el vidrio manchado de tinto, tío – añadió Paco-

-Sabía que os molaría, borrachines. Y ahora... a comer.

Cayó la botella entera, pero el plato de paella y la fuente de chuletillas con ensalada se lo merecían.

-¿Y para cerrar, qué? –preguntó Jacobo- Ya sabéis que los domingos tengo unos postres caseros cojonudos.

Los dos eligieron el arroz con leche porque tenía un puntito de anís que le daba un sabor muy especial.

Dos cafelitos y un par de copas de orujo blanco cerraron el festín y abrieron su discusión recurrente sobre temas políticos.

-Todos los ácratas que conozco sois iguales: siempre metidos en líos, pero acción sindical, poca.

-A ver si ahora vas a defender a los tuyos. Tú mismo te quejas de que cada vez están más vendidos.

-Somos los únicos que hemos sido capaces de llevar a cabo una revolución.

-Que dejasteis a medias.

-¿Cómo que a medias? Nos cargamos al zar, a la burguesía, y construimos el Estado Socialista por primera vez en la historia.

-Estado y socialismo son términos incompatibles. El estado siempre vuelve a crear una clase dirigente privilegiada : los burócratas, la burguesía roja.

-Hay que ordenar la sociedad de alguna forma.

-De forma horizontal, en confederaciones y federaciones territoriales y de producción, con cargos renovables y revocables en cualquier momento, con el solo requisito de la decisión de la asamblea. Te recuerdo que tu sindicato es también una confederación, lo que sucede es que

sus cargos se pasan por los huevos sus propios estatutos y los afiliados tragáis porque ya no sois militantes y pasáis del compromiso, cosa que le viene muy bien al “aparato” para hacer del sindicalismo su profesión.

-Somos el sindicato con más afiliados del país. Vosotros sois cuatro gatos. Volveremos a dirigir hacia la victoria a la clase obrera. Hay que esperar el momento.

-Tú sueñas, chaval. La gente se os afilia como el que suscribe un seguro, para tener un abogado gratis en caso de problemas. Y en eso que has dicho de “dirigir” es, precisamente, donde radica el gran fallo. Siempre que alguien intenta dirigir una revolución lo que hace es frenarla.

-Ya verás cuando se den las condiciones históricas necesarias.

-No será gracias a vosotros que no hacéis más que firmar pactos vergonzantes, cosa que los anarquistas no hemos hecho nunca. Por cierto, te voy a contar un par de cosas sobre la revolución

rusa.

-No empieces a darme conferencias, que te conozco.

Aquí el tono comenzó a elevarse.

-¿Sabes quién era Volin?

-No.

-¿Y Makno?

-No.

-¿Sabes qué pasó en Kronstadt?

-Tampoco ¡y tres cojones que me importa!

Comenzaba Paco a arrojar toda su verborrea sobre Luis para contarle la historia de los anarquistas en Rusia durante la revolución y poco después de ésta, cuando se abrió la puerta del bar y entraron los tres parroquianos con los que Luis echaba las eternas partiditas de los domingos por la tarde.

-Te ha salvado la campana, Luis. Luego te veo,

que tengas suerte.

-Al mus no tengo rival.

Paco se levantó, le sonrió con malicia y se fue después de despedirse de los demás.

Tenía ganas de caminar, despacio, pero mucho y sin rumbo, decidiendo el camino en cada esquina. Siempre fue así como se le ocurrían las mejores ideas y como volvían a su mente los recuerdos que, hasta ese momento, pretendía olvidados.

Un poeta fallecido hacía pocos años, no muy conocido por el gran público no aficionado, pero que a él le encantaba, Claudio Rodríguez, decía componer así sus poemas: “sujetar el ritmo del pensar al ritmo del andar o el ritmo del andar al ritmo del pensar”. No estaba muy seguro de cuál era el método, de entre los dos, que él empleaba, aunque creía que debía tratarse de una simbiosis inconsciente de ambos.

De momento se encontró en la Plaza de Castilla y varias sendas urbanas se abrían ante él. Sí, todo

eran sendas, aunque transcurrieran atravesando un paraje metropolitano como Madrid, caminos insertados en su propio camino vital, rutas externas de iniciación en las que siempre se descubrían misterios internos que, en ocasiones, ni siquiera se sospechaban.

No una reflexión, sino un impulso, lo llevó a adentrarse por Bravo Murillo. Siempre le gustó el barrio de Tetuán, conocido hace tiempo como el “barrio de los cines”. A Paco, a pesar de ser foráneo, le fascinaba la historia de Madrid. Sabía que aquella calle, hacía mucho tiempo, fue un hervidero de cines de barrio, aquellos de programa doble y sesión continua con NODO al comienzo y “visite nuestro bar” en el descanso. Aún recordaba los nombres: Versalles, Europa, Lido, Carolina, Cristal y Montija, y en la Calle del Marqués de Viana, la misma que los domingos alojaba el famoso “Rastro de Tetuán”, el Savoy. Ahora, la mitad habían desaparecido y los restantes se transformaron en lujosos cines de estreno, nada que ver con lo que fueron.

Luis, oriundo de aquel barrio, le había contado infinidad de historias sobre él. En una ocasión le dijo que en aquellos cines habían tenido lugar sus primeras experiencias sexuales, después de darle una propina al acomodador para que hiciera la vista gorda y un duro a alguna de las pajilleras que se apostaban en las últimas filas a la espera de clientes. También le había contado muchas historias sobre sus tabernas, de las que ya apenas quedaban tres o cuatro; las demás, al igual que los cines, habían sido reconvertidas en cafeterías, hamburgueserías e, incluso, en oficinas bancarias.

A él mismo, hacía un par de años, le había ocurrido una anécdota en una de ellas, el famoso bar Gago, que, aunque reformado, conservaba el nombre y la especialidad: los exquisitos bocatas de calamares. Había salido con un amigo del barrio de Delicias y se lo había traído a Tetuán. Entraron en el Gago a tomar unas cañas y merendarse unos calamares y empezaron a vacilar el uno con el otro. A su amigo Javi le

sonó el teléfono móvil con una música estridente y pachanguera. Cuando terminó de hablar, Paco le dijo:

-Tienes un teléfono que suena igual que un coche de panchitos con las cuatro puertas abiertas un viernes por la noche.

Se rieron y rieron hasta los camareros. Después, la conversación tomó derroteros casi subrealistas vinculados con las diversas opciones sexuales. En un momento, Javi aseveró que, aunque supiera apreciar la belleza en un hombre, él no era gay, a lo que Paco contestó en voz alta:

-¡Ya lo sé, nosotros no somos gays, somos maricones de toda la vida!

Más risas. Pero a dos tipos situados al otro extremo de la barra no pareció hacerles mucha gracia el comentario, pues uno de ellos, dirigiéndose a su compañero, pero con clara intención de ser escuchado por toda la parroquia, protestó:

-Vámonos de aquí. Estoy harto de tanto comentario xenófobo y homófobo.

Paco se bajó rápidamente del taburete y se dirigió hacia ellos con considerable riesgo de su integridad, pues los dos eran hombres bien fornidos. Les pidió disculpas con humildad y les dijo que ni su amigo ni él eran partícipes de esos sentimientos, explicándoles que, a veces, las bromas de complicidad entre dos personas que se conocen hace tiempo son difícilmente entendibles por los demás. Les reiteró sus disculpas y les manifestó su respeto por su opción y su admiración por su valentía. Por fin, todo quedó en paz.

Sin embargo esto llevó a Paco a una reflexión sobre lo que él llamaba “las dictaduritas”, o aquellos comportamientos que intentaban prohibir bromas

o chistes sobre ellos, mientras se otorgaban todas las libertades para ridiculizar el comportamiento ajeno. Le recordaba penosamente a las historias

de algunos obreros que, elevados a la categoría de capataz o encargado se convertían en los más tiranos de los jefes.

Siguió caminando y se dio cuenta de que aquel barrio, al igual que el suyo, era también un colorido cóctel de ciudadanos provenientes del mundo entero, especialmente del Caribe. También Luis le había contado que ya por aquél entonces Madrid era un crisol de culturas y nacionalidades, premonición de lo que es hoy, aunque, lógicamente, en un nivel más doméstico. Extremeños y andaluces, a los que se deben barrios como El Pozo o Entrevías, compartían las calles con manchegos, asturianos, vascos

o gallegos. Siempre fue Madrid ciudad fronteriza en el centro de España, ciudad donde podía buscarse el anonimato económico o político que no se encontraba en provincias, infectadas de curas, guardias civiles y municipales del más rancio, ignorante y brutal de los fascismos. Sin embargo, Madrid, considerada en sus personas, siempre fue protectora y cómplice con el

forastero, hasta tal punto que más valía ser paleta en Madrid que “notable” en provincias. Esto a Paco no le hacía mucha gracia porque era de Pontevedra, pero, según se fue enamorando de Madrid, fue también comprendiendo el significado de la historia de Luis. A él, a pesar de algunas bromas, nunca nadie le había menospreciado por su procedencia.

Ya cerca de Cuatro Caminos torció a la derecha por la Calle de Alvarado. Allí hizo una parada en Bodegas Peña y pidió una copita de orujo blanco que paladeó con lentitud. Hacía muchos años que no paraba allí. Antes, recién llegado a la ciudad, entraba casi todos los días, pues en el segundo piso del mismo edificio vivía una tía suya, hermana de su madre que, al quedarse viuda, decidió vender el piso y volver a Galicia. Este era uno de los pocos bares que seguía manteniendo su aspecto de taberna, hasta los toneles de vino continuaban aún pegados a las paredes, igual que antes, cuando vendían vino a granel. El viejo Guillermo, que debería ya pasar de los ochenta,

continuaba al frente de la barra. No le reconoció y Paco no dijo nada para que lo hiciese. No tenía ganas de hablar y, muchos menos, de extenderse en explicaciones. Continuó subiendo por la misma calle y giro a la derecha por la de Tenerife, callejeó hasta encontrar Francos Rodríguez y se internó en los pinares de la Dehesa de la Villa. Se sentó en uno de los bancos situados a lo largo de un sendero y degustó el atardecer. Los pájaros volvían ya a los nidos atravesando una luz de oro viejo y naranja y parecían llamarse unos a otros. La brisa hacía volar los aromas de árboles y plantas, y las ramas y hojas elevaban susurros por el aire. Se lió un cigarrillo que fumó lenta y profundamente. Este gesto, cada vez peor visto, le devolvió a la memoria a su poeta Claudio Rodríguez. No había foto en la que el escritor no apareciese fumando.

“Como avena que se siembra a voleo y que no importa

Que caiga aquí o allí si cae en tierra,

va el contenido ardor del pensamiento

filtrándose en las cosas, entreabriéndolas...”

Recordó aquellos versos porque así se sentía ahora él, esparciendo un pensamiento a voleo, sin ningún control. Y así estaba a gusto. Llevaba demasiado tiempo ya encarcelado en una idea, la venganza y, sin saber muy bien por qué, se estaba curando en una soledad libérrima que había encontrado aquella tarde, sin buscarla, sin pretenderla. Sin embargo, algo dentro de él se rebelaba, se resistía a la paz revelada ¿Cómo era posible ser tan estúpido? ¿de qué recóndito y primitivo rincón del corazón del ser humano podría salir la resistencia a la claridad?

Se sintió descansado, a pesar de las contradicciones, y reemprendió la marcha. Cruzó la carretera de la Dehesa de la Villa, siguió atravesando bosque y llegó a la Calle de Antonio Machado; de allí paso a la de Sinesio Delgado y, desde ésta, de nuevo a su barrio de La Ventilla, pero por la parte de abajo, la del parque. Era ahí

donde había pensado ir en un principio y, sin embargo, es allí donde terminó después de un gran paseo. Interpretó el mensaje como si alguien le estuviera diciendo: “irás donde quieras después de ir donde debes.”

Había andado demasiado y estaba hecho polvo, pero se sentía bien, a pesar de las punzadas en la tripa y en los gemelos. Aún no estaba del todo recuperado. Decidió hacer una parada en la bodega Las Cepas, el bar de la Toñi, para tomarse una jarra de cerveza helada antes de emprender la pronunciada cuesta que le devolvería al bar de Jacobo.

-Tienes sed ¿eh, chaval?

-Gracias por lo de chaval, Toñi –contestó después de pegarle un buen trago a la jarra de medio litro-

-¿Por dónde has estado?

Y Paco le contó su recorrido

-¡Joder, si hago yo eso estaría muerta!

-Pero mujer, he tenido que hacer una parada en

un bar y luego otra bien larga en un banco de la Dehesa de la Villa.

-Aún así. Hace cantidad de tiempo que no voy por la Dehesa, y es un sitio bien bonito.

-Pues he visto que han puesto unos kioskos cantidad de molones. Un día que libres te llevo en la Vespa para no cansarnos.

-¿No querrás ligar conmigo? Tú antes eras muy cortao.

-Uno cambia con el tiempo ¿Sabías que antes me molabas un montón?

-Mazo, ahora se dice mazo.

-Bueno, pues me molabas mazo.

-Pues claro que lo sabía ¿Qué te crees, que soy gilipollas? Por eso te digo que eras un cortao, porque me daba cuenta de que no venías por aquí para no verme.

-¡Vaya, hombre! Así que he hecho bien el ridículo ¿no?

Toñi se rió estrepitosamente.

-Bueno ¿aceptas la invitación o no?

-Te tengo que decir que ahora tengo un medio noviete.

-Siempre llego tarde.

-¡Eh, tío! He dicho medio noviete. Además, a la Toñi aún no ha nacido quien le prohíba nada.

-Entonces...

-¡Pues claro, coño! Me apetece mucho darme un paseo en Vespa contigo.

Paco sonrió como un niño al que le dicen que sí por primera vez. Suspiró mientras Toñi no paraba de reírse, abrió el gaznate y engulló de un solo trago la cerveza que quedaba en la jarra.

-Bueno, Toñi, voy a ver a Luis. Nos vemos, eh.

-Cuando quieras, Paco. Y no te olvides de lo dicho, que lo prometido es deuda.

Desde luego que había días en los que todo salía

bien. Paco salió de Las Cepas con una sonrisa que no le cabía en la cara y abordó la cuesta que le separaba del bar Jacobo con una energía inusual. Al llegar arriba se dio cuenta de que una cosa era la voluntad y otra la capacidad, pero no paró de sonreír. Antes de entrar en el bar se detuvo y tomó aire repetidamente para que no se le notara la fatiga.

Cuando entró, Luis seguía pegándole al mus, y eso que habían pasado cuatro horas desde que se fue.

-Se te va a quedar el culo petrificado, Luisito.

-Y tú qué ¿dónde te has metido?

Le contó por encima su periplo, sin adentrarse en ningún detalle, por las compañías de la partida, no por otra cosa.

-Pues también tendrás el culo fino del sillín de la Vespa.

-Lo he hecho andando.

-¡No jodas!

-Como lo oyes.

-Lo que yo decía, que te tengo que enseñar a jugar al mus para que no te des esas palizas.

-¡Vamos, coño! Menos cháchara y al burleo. Tanto rajar, tanto rajar...

-protestó el compañero de partida de Luis-

-¡Ya voy, joder! Paso.

-Pa eso tanto rollo, pues yo también –dijo otro- Paso.

-¡Hala!

Y comenzaron su ritual de gestos y palabras para él ininteligibles, así que se acercó a la barra y se dirigió a Jacobo.

-Estoy muerto de hambre ¿qué tienes por ahí?

-De todo, ya sabes ¿Qué quieres, plato o bocata?

-Me apetece mucho un bocata calentito. ¡Ya lo tengo! ¿Tienes pimientos de Padrón?

-Pues claro y, además de Padrón, Padrón, no de

Huelva ni de Marruecos.

-¡Cojonudo! Pues me vas poner un bocadillo de cinta de lomo con pimientos.

-Muy bien, hombre, muy bien. Encima a currar quitando rabitos de pimientos.

-Ya se los quito yo.

-¡Venga, hombre, venga! Y se te enfría el bocata mientras.

-Pues no te quejes tanto y manos a la obra, que se me están rebelando las tripas.

-Para beber, qué.

-Un vino de ese que nos has puesto para comer.

-¡Joder, cómo te gusta lo bueno!

Jacobo abrió otra botella, llenó un vaso y puso a su lado un platito de aceitunas.

-Hay tienes, de Camporreal, para que te vayas entreteniendo. Te dejo también la botella. A ver qué haces...

-No te preocupes que lo voy a empapar bien. Dame un cachito de pan para las olivas, anda.

-Toma ¡No paras de pedir!

Paco tomó asiento en un taburete frente a la barra y empezó a deglutir aceitunas, pan y vino. Al cabo de unos minutos apareció el monumental y humeante bocadillo, lo abrió, cogió un salero y espolvoreó generosamente sobre los pimientos. El primer bocado fue grande, lento, de masticación muy pausada y los ojos cerrados, casi un ritual.

-Joder, qué rico, que bien te ha salido.

-¿Te gusta, eh?

-Mucho. Además he tenido suerte, los pimientos pican.

-Ya te he dicho que son de los auténticos.

-¡Cómo te estás poniendo, compañero! ¿No has tenido bastante con el comilón que nos hemos metido? –gritó Luis desde la mesa-

-El paseo me ha abierto el apetito.

Para Paco, comer era un acto de fascinación, depositaba en él, concentrados, los cinco sentidos. Le gustaba deleitarse con los sabores, escuchar el crujir del pan, interiorizar los aromas, observar los colores de los elementos de la comida y el conjunto cromático del resultado; sin olvidarse del tacto, tibio en este caso, del bocadillo, pero también el frío de las ensaladas y el muy caliente de las sopas o potajes. En fin, era feliz comiendo, como si todo su ser supiera que estaba alimentando la vida. Y mientras comía, lo mismo que mientras paseaba o fumaba, disfrutaba dejando que las más peregrinas ideas, los recuerdos que pensaba desechados y las fantasías liberadoras acudieran a su mente.

¿Sería posible que la Toñi le hiciera olvidar definitivamente a la maldita Ana? No lo sabía, pero albergaba un atisbo de esperanza. Sí, quizás la Toñi, con ese desparpajo, con esa sinceridad brutal, le hiciera reconciliarse afectivamente con las mujeres. Estaba deseando volver a verla y

sentir el calor de su cuerpecito apretujándose contra él en la Vespa.

-¿Qué piensas, chaval? Estás como ido –dijo Jacobo mientras daba un sonoro manotazo sobre la barra-

-¡Joder, qué susto! Estoy en mis cosas, tío, pensando.

-Pues no le des tanto al magín, que vas a terminar zumbao.

-Anda, déjate de rollos y ponme un cafelito y una copa de la blanca. Hay que digerir este pedazo de bocata.

-Estuvo bueno ¿eh?

-Cojonudo, Jacobo, cojonudo.

-Pues marchando ese cafelito y la copa.

-Bueno, qué –le gritó Paco a Luis- ¿te vas a quedar a dormir aquí?

-¡Déjame en paz, joder! que es domingo y tengo que desestresarme ¿vale?

-Pero mañana tienes que madrugar.

-Sólo son las nueve y media. Tómate la copa tranquilito y pídete otra de parte de la partida, o de la mía, que es igual porque voy perdiendo –y soltó una risotada-

-Eso es tener un buen perder –dijo Jacobo-

Paco volvió a sumirse en su mundo interior. Fantaseaba con la Toñi. Estaría bueno que se enrollara con ella. Ya se imaginaba el cachondeito que se traería Luis con él. Pero antes, esta misma semana, tenía que arreglar algunas cosas. Por muy macarra que fuese la Toñi no se merecía tener un novio presidiario. Hablando de novios ¿quién coño sería el panoli que se la había ligado? En fin, daba igual, estaba claro que la Toñi salía con él por tener alguien al lado en el cine. Seguro que era el típico tío cuyo universo se reducía a un estadio de fútbol y sus esperanzas al resultado de la quiniela. Pan comido para él. Además, ella misma había dicho que no había nacido quién le diera órdenes y que

estaba deseando montarse en su Vespa ¡Joder, qué guarro era! Solamente con evocar el verbo montar junto a la imagen de la Toñi en su mente le había puesto cachondo. Pidió esa copa de parte de la partida y siguió perdiéndose en sus conjeturas. No sabía qué es lo primero que haría mañana, pero tenía que empezar a solucionar los asuntos pendientes ya mismo. Esta situación no podía durar toda la vida. Rememoró la conversación mantenida con sus amigos y con el abogado García y les dio mentalmente la razón, pero aún no estaba preparado para confesar ante la policía que sí conocía a sus agresores y que el asesinato de la pobre vieja se debió a la información que, de forma inconsciente, facilitó a los autores del crimen. Primero tenía que resolver sus conflictos internos, tenía que enfrentarse al Chirlas, al Tupé y, sobre todo, a Nita, quería tenerlos cara a cara y perdonarles la vida. O no.

-Cóbrame la ronda y la copa de Paco –dijo Luis tras él-

-¡Hombre, por fin! ¿Nos vamos?

-Si quieres...

-¿Tú no cenas nada?

-No tengo hambre, me he tirado toda la tarde sentado y dándole al copeo con unas almendras, unas cortecitas... ya sabes. En casa tomaré un poco de leche y un par de galletas antes de irme a la cama.

-Leche... galletitas... -dijo Paco con retintín- Te estás haciendo viejo.

-Ya llegarás, que no te queda mucho. Te recuerdo que ya hace unos añitos que pasaste de los cuarenta. Pero, claro, te sigues disfrazando de chaval jipioso y todavía das el pego.

Eso a Paco no le sentó muy bien, le hizo enfrentarse con parte de su realidad.

Ya en su cuarto se tumbó en la cama y se puso a leer. Siempre había sido un lector compulsivo, pero desordenado. No seguía ninguna línea, alternaba literatura clásica con ensayos

científicos, romanticismo con estudios políticos, historia y biografías con poesía y novela. Vamos, un follón. Eso sí, nunca estaba a la última. Esos libros de moda que todo el mundo leía en el metro, él podía tardar años en leerlos, si los leía; decía que no le daba tiempo. Ahora se había liado con un pedazo de tomo que hacía mucho le regaló una amiga y que llevaba el pomposo título de “Enciclopedia Universal de la Mitología”. Se lo pasaba bien buceando en las fantásticas vidas de dioses, gigantes, héroes, duendes y hadas. Pero hoy no podía concentrarse. La frase de Luis en el bar, aun sabiendo que fue dicha con toda la inocencia, le corroía por dentro, le martirizaba porque era cierta.

Paco nunca había asumido el paso del tiempo, y eso se traducían en muchas de sus expresiones y actitudes. Sí, seguía vistiendo como un veinteañero, se codeaba con gente mucho más joven que él y acudía a locales frecuentados por casi adolescentes. Las únicas excepciones eran Luis y algunos compañeros del sindicato, pero,

para decir la verdad, tanto aquel como estos, padecían, en mayor o menor grado, el mal de Peter Pan.

Detestaba hacerse mayor, hacerse viejo, y detestaba también las actitudes ante la vida que esto conllevaba o, al menos, las actitudes que la sociedad exigía de un adulto: estabilidad, conformismo, rendición. No, él no estaba dispuesto a ceder, no iba a dejarse convencer de cifrar sus esperanzas en un pisito confortable, un buen coche, un empleo bien remunerado pero sin creatividad, una esposa cariñosa y fiel. Eso no era lo suyo y, además, así lo quería.

Sin embargo, aquella obstinación rebelde en la independencia tenía también su parte negativa cuando identificaba rebeldía con juventud. Ese era el fallo, el error que no podía superar. No sabía cómo permitirse ser mayor, envejecer, sin dejar de ser rebelde, así que se empeñaba en no abandonar una juventud que, evidentemente, ya había pasado. Ese conflicto estaba innegablemente unido a su terror por la muerte,

un miedo visceral, instintivo, que le atenazaba desde niño. Antes, de chavalín y aún de joven, pensaba que algún día descubriría el sentido de su vida, que sabría qué coño pintaba aquí y cuál era el fin de su existencia. Pero fueron pasando los años y las respuestas no llegaban; es más, si alguna vez obtuvo alguna, la interrogación que se abría tras ella fue mucho mayor que la primera.

Convencido, por fin, de que, a la velocidad de la vida, no le quedaría tiempo de averiguar ninguna verdad, decidió no hacerse mayor, no permitir que el tiempo corriese por él, eludir esa realidad que ahora tanto trabajo le costaba retomar. Pero el tiempo, en ocasiones como hoy, le urgía, le llamaba la atención y le recordaba que, hiciera lo que hiciese, no escaparía de él.

Cómo le gustaría a Paco no pensar en estas cosas, de por sí irresolubles, pero era uno de esos seres mutantes que padecían la anomalía de la inteligencia, enfermedad que los condenaba a reflexionar constantemente sobre la vida.

IV

REVELACIÓN EN EL PARQUE

Cuando se despertó, ya hacía tiempo que Luis se había ido al trabajo. Se preparó una taza de café bien cargado y, después de asearse, salió y subió en su Vespa. Seguía sin saber a dónde dirigirse.

Tomó el lateral de La Castellana y bajó hacia el sur. A su mente retornaban los pensamientos de la pasada noche. Quizás el mayor error de su vida fue casarse tan joven y pretender compaginar trabajo, estudios y vida familiar con la potencia desbocada de sus pocos años. Naturalmente, aquello no podía salir bien y, claro, no salió bien ¡Cuántos años perdidos! Y, ahora, ya en la madurez, pretendía recuperarlos, recuperar lo irrecuperable: el tiempo. Ya estaba otra vez a vueltas con lo mismo, si seguía así se acabaría dando un hostión con la Vespa y sólo le faltaba

eso.

Al llegar a la Plaza de Carlos V giró a la derecha por la Ronda de Atocha y enfiló hacia la Glorieta de Embajadores. Allí se detuvo y dudó: ¿bocadillo de calamares en El Portillo o de entresijos en la gallinejería? ¡Vaya! la gallinejería estaba cerrada hasta la hora de comer, a eso de las tres cumpliría su capricho pero, ahora, tocaban calamares.

Aparcó la moto en la acera y entró. Pidió el bocata y una cerveza y tomó asiento en una mesa pegada al ventanal que daba a Embajadores. Le gustaban esos bocadillos que no estaban hechos con esos nuevos y, para él, extraños formatos de pan, esos bocadillos de toda la vida, en barra pequeña. Y también las cañas en vaso de caña, como tiene que ser, y no en copitas de diverso diseño, que parece que te estás bebiendo cualquier otra cosa menos una cerveza.

Era muy entretenido el paisaje desde allí. Apenas eran las nueve de la mañana y la calle bullía con

el trajín de gentes que iban y venían. Las paradas de autobuses estaban a rebosar y la salida del metro parecía un hormiguero en plena actividad primaveral.

Cuando salió del bar seguía sin saber qué hacer. Le molestaba mucho esa contradicción: tenía la seguridad de estar obligado a hacer algo pero no sabía por dónde empezar. Desde luego que aquello no era nada cómodo.

Volvió a subir a la moto y estuvo dando vueltas sin sentido. Recaló, al fin, en El Retiro, en la parte de arriba de la Cuesta de Moyano. Subió caminando la pendiente que le separaba de la estatua del Ángel Caído y se sentó en un banco, bajo un árbol muy frondoso que no supo identificar. Su cultura botánica se limitaba a la diferenciación entre algunas de las muchas variantes de cannabis. Siempre le fascinó aquel monumento. Allí, Lucifer, el arcángel rebelde, no tenía cuernos de cabrón, ni pezuñas, ni rabo, todavía no había adquirido las características del antiguo dios de la religión natural, el de la

fertilidad y la renovación. Sobre el monolito, Lucifer seguía manteniendo una actitud de osadía y orgullo. Aunque protegiera sus ojos de la luz solar con el antebrazo, tenía un cuerpo esbelto, el pelo ondulado, alas de ángel y la desnudez de la plenitud y la inocencia. Sólo debajo de él, sobre un octógono pétreo, mostraban los rostros de fieras monstruosas sus ocho lugartenientes, vomitando por sus bocas los chorros de agua que construían la fuente que servía de pedestal al Ángel Caído ¿o no sería, más bien, el ángel vencido? Y aquella... ¿no sería el agua de la vida?

Ya estaba perdiéndose de nuevo en la idea mitológica del primer revolucionario universal, aquel que se rebeló contra la dictatorial teocracia para darnos la sabiduría, para otorgar a todas las criaturas la capacidad de ser como dioses. Pero también el primer derrotado, el que imprimió el sello de la desgracia a todas las revoluciones posteriores.

Siempre que estaba allí, Paco se quedaba

mirando a la estatua fijamente y hablaba con ella de tú a tú. Otras personas había que lo hacían en las iglesias juntando las manos y pidiendo cosas a santos y vírgenes; él lo hacía en ese lugar sin pedir nada, como se dialoga con un amigo o un viejo conocido, pero siempre sacaba algo en claro, aunque, sin duda alguna, se debiera a la confrontación consigo mismo a través de la imagen ficticiamente interlocutora, como los religiosos orientales ante un mandala. Sea como fuere, Lucifer siempre dejaba su huella en él en forma de claridad de ideas o, en su defecto, en forma de aceptación de la realidad por muy confusa que esta fuera. En muchas ocasiones, esta última fórmula era mucho mejor que la primera, pues equivalía a desembarazarse de golpe de infinidad de obsesiones que nos bloquean en los momentos que más necesitamos una reflexión libre e independiente de todo prejuicio.

Después de despedirse de Lucifer –en un chiste ante sí mismo- con una ceremoniosa reverencia

que, con toda seguridad, le hizo gracia a los dos, tomó como aperitivo una cerveza en un kiosko que estaba situado pocos metros más allá.

Bastante más desahogado emprendió la bajada y subió de nuevo sobre la Vespa, pero esta vez como un auténtico caballero andante. Miró hacia el frente, hacia Madrid, la única ciudad del mundo que tenía un monumento al diablo -¿con quién coño iba a hablar él en París, en Roma o en Londres?-y arrancó. Lo tenía claro, objetivo: gallinejería de Embajadores. Recordó cuando al lado existía una antiquísima taberna que llevaba el nombre de Humanes. Allí se pedía una frasca de buen vino manchego y el mismo camarero traía de la gallinejería lo que le pidiesen.

-Buenas tardes –dijo mientras tomaba asiento en una mesa-

-Muy buenas, caballero. Usted dirá.

-Pues me apetecen unos entresijos con una ensaladita y una botella de vino de la casa.

-¿Con patatas los entresijos?

-Échele unas pocas.

-Marchando. Hoy los entresijos están buenísimos.

-Como siempre.

-No recuerdo haberle visto más veces por aquí.

-Pedía la comida desde Humanes. Por eso lo sé.

-¡Ah, claro! Es una pena que hayan tirado esa casa.

-Un monumento menos ¿Qué le vamos a hacer?

-Nada, amigo, nada. A saber cuánto nos queda a nosotros. Pero bueno, no nos pongamos tristes. Ahora mismo le traigo su pedido.

Paco fue pasando la vista por el interior del local. Aunque se notaba remozado, mantenía todo el sabor del casticismo madrileño. Mesas y sillas de madera recia, baldosines blancos en las paredes intercalados con otros que, grabados en azul,, representaban escenas y paisajes típicos de

Madrid, estilizadas columnas de madera labrada, mostrador de cinc con el frente de mosaico y suelo ajedrezado en baldosas blancas y negras. Y, aromatizándolo todo, ese olor a fritanga que tanta gente detestaba y que a él le abría el apetito.

-Sus entresijos, su ensalada y su frasca, señor. Que usted lo disfrute. Cuidadín, que acaban de salir de la sartén.

-Tendré un poco de paciencia. Mientras, me echaré un chatito.

-Buena idea, no quiero que se quemé. Ahora mismo le traigo unas aceitunas.

Paco encendió un cigarrillo y fue aliñando la ensalada.

-Sus olivitas.

-Muchísimas gracias.

Dio buena cuenta del improvisado aperitivo y de la comida con un hambre voraz. Volvió a encender el cigarrillo cuando terminó; aquel tabaco de liar duraba mucho y se apagaba al

dejarlo en el cenicero, con lo que se ahorraba una pasta y fumaba mucho menos.

-¿Qué tal, le ha gustado?

-Hacía tiempo que no comía con tanto placer.

-¿Algo de postre?

-Pasaré directamente al café. Uno solo y una copita de Chinchón seco, para no salir de la región.

-¿Hielo?

-¡Por favor...! ¿cómo se le ocurre?

-Sí, señor, así me gusta, pero es que últimamente se ven unas cosas muy raras.

-¡Ja, ja! No es el caso. Yo con la comida y la bebida no juego.

Mientras paladeaba con lentitud el café y la copa volvió a recordar a la Toñi ¡Vaya, qué suerte! Toñi necesitaría un casco y estaba justo enfrente de Calleja, la histórica tienda de repuestos y complementos para motos. En cuanto terminase

cruzaría la calle y le compraría un quitamultas molón, uno de esos con visera y todo.

Pagó y se despidió de aquel camarero que tan bien le había caído y que resultó ser el nieto de los fundadores de la casa. Después fue a Calleja y, por poco dinero, se hizo con un casco, que prometieron cambiarle si a la chica no le quedaba bien, y con un pulpo para llevarlo sujeto al transportín trasero.

Bueno, ahora empezaba lo complicado. Tenía que decidir qué hacer. Montó sobre su Vespa y lo decidió: a Entrevías. Ansiaba tener la suerte de volver a encontrarse con aquellos tres hijos de puta. Embajadores para abajo, Calle del Ferrocarril a la izquierda, de frente por Ramírez de Prado, Méndez Álvaro a la derecha, se cruza la M-30 y Entrevías.

¿Dónde coño estarían esos pájaros? A esas horas deberían estar ya en la calle, buscándose la vida. Se abrían levantado poco antes de comer y, después, ingerido algo rápido y dulce, pero, eso

sí, en cantidad. Batidos, zumos, natillas, flanes y bollos eran sus alimentos preferidos. Necesitaban la energía que proporciona el azúcar para superar su debilidad de yonkies. Subió por la Avenida de Entrevías y giró por la Calle de Membézar hasta la Ronda del Sur. Allí, a la entrada del parque había un kiosko que funcionaba en verano como merendero y en invierno como bar. Dejó ahí la moto y se introdujo, paseando, por uno de los senderos que transcurría entre árboles y matorros. Tenía una corazonada.

Oyó la risa histérica de Nita desde lejos. Conocía muy bien aquel sonido que no transmite alegría, sino desesperanza y tristeza. Detrás de cada loca carcajada no había nada, era una risa tan vacía como su vida, un deseo de escucharse a sí misma para reafirmar, al menos, los residuos de una existencia fallida. Se acercó despacio, ocultándose entre la vegetación y, por fin, los distinguió en la distancia. Nita y el Tupé estaban sentados sobre la hierba; el Chirlas, frente a ellos, actuaba como el que está diciendo algo

importante. Los tres, sobre todo el que estaba en pie, exhibían movimientos torpes y tambaleantes. Era evidente que acababan de meterse un chute y que el proceso de subida y estabilización no había concluido. El Chirlas manifestaba sus quejas sobre el material.

-Este jaco es una ful.

-Es lo que hay, tronco –se defendió Tupé-

-¡Es lo que hay, es lo que hay! Si hubierais ido donde yo te dije otro gallo cantarí. Si es que tengo que estar en todo, joder. En cuanto os encargo algo metéis la gamba.

-Estábamos en blanco, tío, y este pibe estaba por aquí.

En este momento intervino Nita para apoyar a su novio Tupé:

-Estoy empezando a estar hasta el coño de que vayas de jefe, Chirlas ¿Qué pasa, que tú eres el perfecto, el que lo hace to bien?

-¿Ah, sí, lista? ¿Qué coño ibais a hacer vosotros

sin mí, a quién se le ocurren la mayoría de los palos, quién es el que lleva el rollo de las pastis para los deportistas, eh? Si os dejara solos os ibais a comer una mierda, pero a cucharás.

Tupé se unió a Nita en la protesta:

-Y si nosotros te dejamos a ti ¿qué? Te ibas a quedar más solo que un perro. Los demás yonkies no quieren ni verte por lo hijoputa que eres. Además ¿sabes lo que te digo? Pues que no me gusta nada tener que habernos cargao al gallego. Tú les diste matarile a él y a la vieja y yo siempre tengo que demostrar que tengo tantos huevos como tú, pero se podía haber arreglao el tema de otra manera. Nunca debí enseñarte a manejar la faca.

-Vosotros sois unos cagaos. Claro, tanto besito, tanto amor y tanta polla os han ablandao la entraña.

Escuchando todo esto, Paco no cesaba de hacerse preguntas. Estaba claro que los tres no tenían el mismo corazón. El Tupé fue el que se quedó con

Nita y por eso él le tenía un odio especial, pero siempre, en el fondo, supuso que era el Chirlas el jefe. Esta conversación, de la que había sido privilegiado testigo, se lo demostraba. Retrocedió lo andado evitando hacer algún ruido y regresó al kiosko, se apoyó en la barra, lió un cigarrillo y pidió un café y una copita de orujo ¿Hasta qué punto no era él tan perro como ellos? Quizás la diferencia, si realmente existía, no había sido más que una cuestión de suerte. Él no se había criado en las chabolas, había ido al colegio y a la universidad; y, si había sufrido alguna desgracia, fue porque se la había buscado. Dejó la comodidad familiar porque quiso, se casó joven porque le dio la gana, y acabó juntando su destino con el de aquellos tres porque, seguramente, le faltaba algo por aprender, algo que no le enseñaron en las aulas, ni en el sindicato, ni en la familia, ni en los bares. Estaría bueno que, encima, tuviera algo que agradecerles. “Bueno, bueno –se dijo Paco- tampoco te pases”. Sin embargo, una voz desde dentro le decía que no se estaba pasando, que

todo en esta vida tenía una vertiente pedagógica, como una fórmula que, irremisiblemente, te llevaba a la expansión de la conciencia si, en realidad, es eso lo que buscas. Lo que también siempre sucedía es que nunca el camino era el deseado, como si el universo tuviera sus propios e inexorables sistemas de aprendizaje. O los aceptabas o te quedabas durante toda la vida en la ignorancia. Sí, no cabía duda, el aprendizaje tenía un precio y ese precio era el sufrimiento. Sólo el amor y el sufrimiento nos obligan a salir de nosotros mismos; el primero, para entregarnos; el segundo, para buscar en otros el consuelo que ya nos hemos negado.

Abonó la consumición y volvió a su Vespa. Quería ver a sus colegas de La Albahaca. Allí también aprendía mucho, y también sufriendo.

No tardó ni diez minutos en llegar. Perico no estaba, solamente Lía, Cristina y Gema, las tres con caras de circunstancias. Eran más de las siete, así que ya estaba el Chino sobre un taburete en su rincón de la barra, el más cercano a la

puerta, donde podía apoyar su dañada espalda contra la pared. Pidió una cerveza y tomó asiento junto a él.

-¿Qué tal, colega?

-Ya ves, por aquí, a ver cómo está el patio – repuso Paco-

-¿Has pensado sobre todo lo que te dijimos el otro día?

-Sí, tío, sí. He pensado mucho y esta tarde he ido a Entrevías para verlos.

-¡No jodas! ¿Y...?

-Y los he visto. Estaban en el parque con un cuelgue de la hostia. Hasta me han dado pena.

-A ver si ahora vas a pasar del deseo de venganza a querer perdonarles y que te enchironen a ti solo por algo que no has hecho.

-No, eso no, pero tengo que seguir pensando durante unos días. No os preocupéis, no quiero defraudaros. Oye ¿y Perico?

-Ya no viene a trabajar aquí del rebote que tiene. A veces aparece por la noche con los amiguetes de su barrio, se ponen hasta el culo de cervezas y no pagan. Dice Lía que lo hace porque considera que le debe pasta. No sé, yo en eso no me meto.

-¿Y el otro pájaro?

-¿Paulino?

-Ese.

-Viene a mediodía, cuando sabe que no está Perico, se va a dar una vuelta con Lía mientras se queda Cris en la barra y luego desaparece. Se va al Rock Palace y a recorrerse los bares del barrio. Tú se los enseñaste todos, cabronazo. Por lo visto, Jacinto, el camarero del Romy, está hasta la polla de él, se le emborracha, le cuenta sus penas y hasta le llora el tío. Y el Jacin, que ya sabes cómo es, pues nada, aguantando como un campeón la charla y la llantina.

-¡Pero será mierda el Pauli! Todavía sigue en casa de Marimé, claro.

-Por supuesto. Dice que está buscando algo, pero a mí me da que ese no se despegaba ni con agua caliente.

Decio entro en ese momento.

-Buenas noches ¡Hombre, Paco! Esta misma mañana me ha preguntado García que si se te había pasado el cabreo.

-Dile que sí y que me perdone. Me porté muy mal con él.

-¿Algo más? –preguntó Decio con algo de coña-

-Sí, claro. Que se vaya empollando bien el asunto porque dentro de poco iré a declarar.

Decio lo abrazó sinceramente.

-¡No sabes la alegría que me das!

Pidieron otras cervezas y luego Paco se despidió.

-Voy a ver si cazo a Paulino, quiero tener unas palabritas con él.

-¿Vamos contigo? –dijo el Chino-

-No, gracias, chavales. Paulino, no sé por qué, me respeta mucho y no quiero que se sienta acosado.

-Suerte –le deseó Decio mientras el Chino le despedía con una palmada en el hombro.

-Hasta pronto.

Bajó caminando hasta Áncora y entró en el bar Soria. Si el Pauli estaba en el Rock Palace tendría que pasar por delante al salir; si, por el contrario, estaba recorriendo bares, seguro que haría también una parada allí.

Estuvo algo más de media hora dándole coba a una cerveza hasta que apareció Paulino. Noto que, al verle, paró en seco en la entrada y cambió de gesto. No esperaba el encuentro y no tenía ninguna milonga preparada para contarle. Aún así, fue a su encuentro con cara de apesadumbrado y despacio, dándose tiempo para inventar algo sobre la marcha.

-Vaya –entró Paco directamente- ¿te has puesto

triste al verme? Justo antes de pasar parecías más animado y sonriente.

-Para darme ánimo, Paco, pero contigo no puedo disimular –mintió- estoy seguro de que lo sabes todo.

-¿Qué es todo, Pauli? De todas formas, aunque lo sepa, no sé tu versión, tu motivación para hacer eso.

-No me vaciles, joder. Pues todo es lo de la pelea con Perico, lo de Lía...

-Sí, sí, eso lo sé. Lo que no sé, insisto -Paco comenzó a elevar la voz, irritado- es por qué no me lo contaste tú el otro día cuando nos vimos, lo que no sé es por qué has montado todo este lío y has dividido una buena peña de amigos y, sobre todo, lo que no sé es por qué te empeñas en putear a Marimé, porque, que yo sepa, ella a ti nunca te ha hecho nada, muy al contrario, te ha ayudado un montón de veces y te ha sacado de muchos problemas ¡Ah! y otra cosa: si tú estás enganchado a la mierda de la coca, tampoco sé

por qué has tenido que enganchar a la pobre Lía. Para que no se te escape ¿verdad? Para tenerla siempre pendiente de ti como un perrillo ¿no es así? Pero... ¿cómo se puede ser tan hijoputa?

Durante unos segundos Paco adivinó, por el brillo de los ojos, los deseos que Paulino tenía de agredirle físicamente. Como buen rockero poseía también una importante vena violenta cuando se sentía atacado. Pero el tipo era muy listo y sabía que pegar a Paco en aquel barrio era sinónimo de destierro para toda la vida, así que optó por su otra vena, la dramática.

-¿Qué –pinchó Paco un poco más, jugándose la boca- no vas a contestar nada? ¡Y pensar que hasta hace poco pensé que eras mi amigo!

-Paulino fingió un temblor de pulso al coger su cerveza y consiguió que se le llenaran lo ojos de lágrimas. Balbuceando, entre gemido y gemido, pudo decir:

-No es como tú piensas, Paco. No lo entenderías.

-Pues explícamelo. A lo mejor no soy tan gilipollas como tú crees y lo entiendo todo.

-Lía y yo nos hemos enamorado de verdad. Ese Perico la tenía esclavizada y vio en mí otra cosa, otra esperanza, otra forma de entender la vida. Además, ella es mucho más joven que él y tiene otras miras. Yo también soy más joven que Marimé y empezaba a aburrirme. Y lo de la coca, Paco, lo de la coca ahora es una escapatoria para los dos. Yo te juro que la dejaremos en cuanto encontremos otra forma de ganarnos la vida y un apartamento pequeño.

Excepto la diferencia de edad, que tampoco era tanta, trece años en un caso y cinco en otro, Paco sabía que todo lo demás era mentira. Perico trabajaba igual que Lía y no esclavizaba a nadie. En cuanto a lo de la coca, él consumía mucho antes que ella, y sobre lo del trabajo, conocía de sobra la aversión que Paulino le tenía. Por no hacer no hacía ni siquiera lo que más le gustaba: tocar la guitarra. Paulino sólo pretendía tener una mujer de la que seguir viviendo y si, además, era

propietaria de un bar, mucho mejor. Así que Paco volvió sobre el único punto que en el fondo le interesaba.

-Mira, Pauli, voy a ser sincero contigo: a mí tus gimoteos me la sudan porque no me creo nada. Lo único que me importa es Marimé, a mí, al Decio y al Chino, sobre todo. Tú puedes hacer lo que te salga de los cojones, pero deja de hacerle la vida imposible con tus borracheras y tus malos rollos.

-Tendré que encontrar algo, primero.

-Si tienes tantos huevos como siempre dices que tienes, pues vete a la puta calle. O vuelve a casa de tus padres. Pero claro, eso no, porque no son huevos lo que tienes, Pauli, lo que tú tienes es mucho más que orgullo, es soberbia.

Paulino se enjugó las teatrales lágrimas con una servilleta de papel y preguntó:

-¿Me invitas?

-Sí, claro. Y soluciona esto cuanto antes. No

vamos a consentir que le sigas amargando la vida a una compañera.

Paulino se fue cabizbajo, esta vez de verdad, y Paco se quedó reflexionando, igual que cuando el cura del monasterio, si no se habría pasado con él.

Llamó al Chino por teléfono

-¿Seguís ahí?

-Aquí estamos, compañero.

-Pues acercaos al Soria y cenamos algo los tres. Así os cuento lo del Pauli.

-Venga, vale. Además, me apetece meterme un bocata de calamares.

Cuando llegaron se sentaron los tres a una mesa y pidieron cerveza, una ración de oreja y otra de calamares para satisfacer el antojo del Chino.

-¿Qué tal con Paulino? –le preguntó Decio-

-Creo que se ha ido caliente. Intentó darme pena con lagrimitas y eso, pero no piqué. Le dije todo

lo que me dio la gana y lo que nos parece su actitud con Marimé.

-¿Y no se mosqueó?

-En un momento se le pasó por la cabeza la idea de darme una hostia, pero se contuvo.

-¡Menos mal! –exclamó el Chino- porque si no, ya puede correr.

-Lo sabe, y por eso se contuvo. A lo mejor me equivoco, pero creo que no va a durar mucho por aquí. Ahora sabe que ya no le cae bien a casi nadie.

-Te has portado de puta madre, tío –dijo Decio- A ver si ahora haces lo mismo contigo. Ya sabes a qué me refiero.

-Joder, no empecéis otra vez. Ya os he dicho que sí, sólo quiero unos días más.

-Vale, vale, pero que sepas que en cuanto me lo dijiste antes, nada más irte llamé a García para que fuera estudiando el tema, así que ya no hay marcha atrás. No vayamos a quedar otra vez

como unos gilipollas.

-¿Y qué te dijo? Estará mosqueao conmigo ¿no?

-García tiene mucha correa y lo comprende todo. Como viste en su casa, él tampoco es un tipo muy ordenado. Pero eso no quita para que sea el mejor abogado que conozco.

Continuaron hablando durante un buen rato y después se fue cada uno a su casa. El Chino bajó hasta Legazpi y Paco y Decio volvieron a subir General Lacy. Decio se quedó en su portal y Paco siguió un poco más hasta su Vespa, que había dejado aparcada frente a la puerta de La Albahaca para que nadie le robara el casco que había comprado para Toñi y que aún llevaba en el transportín. Allí se encontró con Cris, que estaba fumando un cigarrillo en la acera. El también se lió uno y se puso a hablar con ella.

-Hola Cristina ¿qué tal? Te noto un poco rara.

Efectivamente, la chica tenía cara de preocupación.

-Que estoy harta, Paco. Estos gilipollas se pegan entre ellos y, al final, soy yo la que paga los platos rotos de unos y de otros. Lía no me paga cuando debe porque Pablo le chulea la pasta, y Perico se cree que estoy de parte de ella y me ha cogido manía. Y no es así, Paco, no es así. Esto me ha pillado de sopetón y no sé dónde ir. Además, este trabajo me gusta, es lo mío. No estoy dispuesta a volver a la oficina, me asquea ¡Con lo feliz que podría ser si no fuera por estos dos idiotas!

-¿Por qué no montas tu propio bar?

-Me encantaría, pero ¿de dónde saco la pasta?

-Yo te ayudaría, pero ahora no puedo.

-Te creo, Paco. Eres un buen tío. Además, ya sé que ahora estás metido en un follón.

-¡Vaya! Las noticias vuelan.

-Sí, pero no sé de qué se trata, sólo sé que es muy gordo.

-Otro día hablamos ¿vale?

-Cuando tú quieras. Ya sabes, aquí estoy.

-Si decides irte, dame un telefonazo. No quiero perderte la pista.

-No te preocupes.

Paco subió a la moto y enfiló hacia La Ventilla. Qué pena que Cris fuese lesbiana. Siempre le había caído muy bien, y él a ella. Le constaba.

Cuando llegó a casa, Luis estaba terminando de cenar.

-¡Hombre, buenas noches! Si quieres cenar, en el frigorífico queda algo.

-No, muchas gracias. Ya he picoteado por ahí.

-Joder, vives como un marqués.

-Es verdad, tengo que ir pensando en cortarme porque la pasta se va acabando.

-Ya buscaremos solución para eso ¿Qué tal hoy?

-Muy, muy bien. Se me han aclarado algunas ideas.

Y le contó con detalle todo lo sucedido.

-Me alegro mucho –manifestó Luis satisfecho-
Sobre todo de que te hayan convencido de la
necesidad de ir a declarar.

Se fue cada uno a su cuarto. Los dos estaban cansados y necesitaban dormir. Sin embargo, Paco tardó en conciliar el sueño, los acontecimientos del día se agolpaban en su cabeza y no le permitieron relajarse hasta bien pasada una hora.

Aunque no los recordaba, los sueños no debieron ser muy agradables. Se despertó a las siete pensando en el parque de Entrevías, la policía, Paulino y Cristina, todo a la vez, como si se tratara de una única escena sin ningún sentido. Volvió a dormirse hasta las nueve y ese sueño matutino ya fue reparador.

No tenía ningún plan concreto para ese día, así que decidió dejarse llevar. Y se dejó llevar, pero por la costumbre. Desayuno en el bar Jacobo según su apetencia, es decir, de forma desmesurada: bocadillo de tortilla francesa con

chorizo, cerveza, café y copa.

-Te has levantado con hambre ¿eh?

-Sentía el estómago como poco asentado, Jacobo. Ahora me siento mejor.

La verdad es que tenía que ir pensando en dejar esos desayunos pantagruélicos y esas comidas rebosantes de grasaza. Ya no era un chaval, como le había recordado Luis, y, tarde o temprano, aquellos bocatas y aquellas copas –que siempre había defendido como el disolvente necesario para tanto fundamento- le acabarían pasando factura. En fin, era una de esas cosas que se saben pero que nunca se encuentra el momento de llevarlas a la práctica. Además, la ocasión en que más cerca estuvo de la muerte no fue, precisamente, por un atracón, sino por un “vaciado”, por darle un nombre amable.

-¿Qué planes tenemos hoy, Paco?

-Ninguno, tío. Hoy voy a la deriva. Así que, hasta luego, me lanzo al océano de la ciudad.

-Pues ponte el salvavidas. Y que te cunda.

En principio no había pensado en coger la moto, pero, en previsión de lo que pudiera pasar, decidió hacerlo. Salió a la Plaza de Castilla y bajó hasta Cibeles por La Castellana, giró a la derecha por Gran Vía y llegó a la Plaza de España. Todo lo hizo a velocidad muy lenta, paseando. Dejó la Vespa junto a la salida del metro y caminó un rato por los jardines. A esa hora sólo había vagabundos con sus rebosantes carritos ¿Qué llevarían allí?

Fuera lo que fuese, era toda su vida, todo lo que habían podido salvar de su naufragio y todo lo que rescataban de la calle, que, en su fantasía, pretendían que les sirviera para algo en un futuro. Todos tenían la mirada lejana, como si observaran algo que se moviera en la atmósfera y que los demás no podían ver, pero, si te acercabas a ellos, lo primero que hacían era poner el brazo sobre su tesoro, sobre su carro, con auténtico celo, y la vista perdida se tornaba en gesto hosco de desconfianza, agresividad y

miedo.

Aquella visión le desagradaba por excesivamente real. En muchas ocasiones había pensado que él podía terminar así: tirado en el banco de un parque con un cartón de vino al lado.

Estaba en una de las pocas grandes ciudades del mundo desde la que se podía ver el campo y las montañas desde su mismo centro. Desde aquel parque podía ver la sierra, pero quería tener una visión más completa de aquella urbe que le oprimía y a la que amaba. Recordó que en el ático de la Torre de Madrid había una cafetería con terraza, así que entró en el edificio, llamó al ascensor y pulsó el botón que marcaba la planta treinta y seis. El elevador iba muy rápido, pero, aún así, aquel periodo de tiempo le resultó agobiante. Cuando llegó, pidió una cerveza y salió a la azotea. Desde allí se veía toda la ciudad. Abajo, en el lejano suelo, los coches adquirirían la forma de disciplinados insectos que, al igual que las hormigas, no se salían de su carril; unos subían por una de las mitades

longitudinales de la vía, otros bajaban por la otra mitad; las personas no sobrepasaban el tamaño de diminutos granos de mostaza que rodaran anárquicamente por todas partes.

Levantando la vista hacia el horizonte se encontró con montañas todavía con restos de nieve en el Oeste y el Norte; en el Sur destacaba la silueta del Cerro de los Ángeles, y en el Este, antes de las llanuras, se recortaban los edificios de Vallecas, Entrevías y El Pozo.

Imaginó cómo debían sentirse los hombres de poder, los que dominaban la ciudad, mirándola siempre desde aquella altura a través de los ventanales de sus majestuosos despachos ubicados en las torres más altas. Seguramente era así para potenciar aún más su afán depredador. Ver siempre la ciudad como una maqueta anulaba la humanidad que se respira a ras del suelo y da la impresión de poder cambiar a capricho las piezas con los dedos y aun de arrojarlas a la basura si han perdido nuestro interés.

Pensó Paco que eso era precisamente lo que le ocurría a la mayoría de políticos y hombres de negocios, que habían perdido el contacto con la realidad. Subían a un gran coche con las lunas tintadas a las puertas de sus palacios, recorrían una autovía hablando por teléfono desde el asiento de atrás; llegaban al aparcamiento, subían en ascensor, directamente desde el parking, al despacho de su torre y, desde allí, jugaban a ser los dueños de todo lo que veían a través del ventanal. Y lo eran ¡maldita sea! lo eran.

Después de relajar la vista durante un buen rato con la cordillera y los campos giró casi bruscamente la orientación de su mirada hacia el Este, allí donde las últimas edificaciones se juntaban con las primeras huertas casi clandestinas. Entrevías, ahí estaba Entrevías, aquel antiguo arrabal de casas bajas y chabolas construidas por andaluces y extremeños entre dos ramales de las vías del tren que iban a parar a la estación de Atocha. Y aún seguía así Entrevías: entre dos vías, la que va hasta la metrópolis y la

que viene del pueblo; y en ese cruce, incluso en ese choque, se producían todos los conflictos imaginables.

Allí vivían el Chirlas, Nita y Tupé. En las últimas casas bajas que quedaban tenían su palacio; en los callejones y el parque, su feudo; sus guerras, en cualquier lugar de la ciudad, como bárbaros asaltando Roma, como fieros montaraces reclamándole por las bravas al imperio su lugar en el mundo.

Se sorprendió, de pronto, comprendiéndolo todo desde una concepción global. La soledad y la reflexión espontánea que se produce al dejar fluir libremente las ideas siempre fueron sus grandes compañeras. Cuántas cosas les debía para mantener un nivel aceptable de felicidad en su vida. A pesar de todo. Y ese todo que tanto pesaba se lo debía también a la misma actitud. Así era, para lo bueno y para lo malo.

La lluvia que comenzaba a caer lo rescató de estos pensamientos y volvió al interior de la

cafetería. Desde allí podía seguir observando Madrid a través de unas cristaleras tatuadas de gotas de agua. Todo se había vuelto gris y reflejaba, si cabe, mucho mejor la expresión más impersonal y, a la vez, caótica de la ciudad. Los cláxones nerviosos de los automóviles subían hasta las alturas, pero, aun así, no podían anular la sobrecogedora y rotunda sensación de silencio que había invadido todo.

Tan sólo un camarero y él quedaban en el bar. El empleado, pensando que la situación era un poco tensa, se sintió obligado a iniciar una conversación.

-Está muy pensativo el señor.

Paco, que conocía de sobra esa actitud, sonrió y le contestó:

-Sí, un poco. Pero no te preocupes. No te sientas forzado a hablar si no quieres. Es sólo que me desplazo en moto y, ahora, con la lluvia, no me apetece irme.

-Perdone si le he molestado. No era mi intención...

-Tranquilo, chaval, no pasa nada. Anda, ponme otra cervecita. Si no me mojo por fuera, tendré que mojarme por dentro.

-Ahora mismo, señor.

-Y no me llames señor, joder.

-Como usted diga, señor ¡Uy, perdón!

Paco soltó una carcajada y el chico sonrió aliviado. Se le notaba contento de estar con un cliente que no se parecía a los capullos que iban a desayunar o merendar allí todos los días.

Desde luego que el chaval tiraba bien las cañas y que tenía buena memoria.

-Usted ha venido más veces por aquí ¿verdad? Pero muy de vez en cuando y siempre solo. Creo que la última vez fue a finales del verano pasado.

-¡Buena retentiva, tío! Pues sí, vengo a veces para ver Madrid y pensar sobre él.

-¿Es usted poeta?

-No, hombre, no. Sólo en la medida que podemos serlo todos cuando reflexionamos un poco más allá de las mezquindades, de la trivialidad y de los pequeños intereses cotidianos.

-Sí, sí que lo es.

Paco volvió a reír sonoramente.

-¿Y tú, qué? ¿Tú no eres nunca poeta?

-Visto así, pues a lo mejor alguna vez. Pero mi padre decía que eso era cosa de mariquitas. Y los compañeros del cole también.

-¡Vaya! ¿Todavía pasan esas cosas? A mí también me torturaban con esa acusación en el colegio porque me gustaban la poesía y el arte. Pero de eso hace muchísimos más años.

-Pues ya ve.

En ese momento sonó el móvil de Paco.

-Hola Cris, tú dirás.

-¿Te acuerdas de lo que estuvimos hablando anoche en la puerta del bar?

-Sí, claro.

-Pues parece que ha venido Dios a verme ¿Podemos quedar? Quiero contártelo todo.

-Vale ¿comemos juntos?

-Me parece bien.

-Pues a las tres en el Soria ¿vale?

-Vale, Paco, hasta luego.

-Hasta luego, Cris. Un beso.

-Bueno, chaval, parece que ya ha amainado la lluvia y tengo que irme –le dijo al camarero- Otro día seguimos charlando ¿de acuerdo?

-Cuando usted quiera. Estaré encantado de verle.

Volvió a pasar otro mal rato en el ascensor y salió en busca de su moto. Quería hacer algo antes de ver a Cris.

Aunque débilmente, seguía lloviendo. Avanzó

despacio entre la multitud de coches medio parados. Nunca entendería por qué se armaban esos follones por un poco de agua. Subió por Gran Vía, bajó por Montera y, tras dejar la moto en la esquina de Sol, fue andando hasta el callejón de Cádiz. Sentía la necesidad de ver al asqueroso matasanos que trapicheaba con Chirlas. Entró en el bar donde iba a comer, se escondió en un recodo de la barra y esperó. No tardó en aparecer y sentarse a una mesa para que le sirvieran el menú. Iba igual de repugnante que siempre. Paco lo observó detenidamente con la única intención de reafirmar su odio, de convencerse aún más de que ese tipo también iba a pagar por todo lo sucedido. Sólo verle le resultaba revulsivo, así que decidió que el doctor acabaría también en la cárcel. Le asaltó la pregunta de qué habría pasado en la vida de aquel médico para que hubiera caído tan bajo, pero pensó que no era ese el momento del perdón, sino el de poner las cosas en su sitio. Salió del bar sin ser visto, volvió a la Vespa y se dirigió a la Calle del Áncora, al bar Soria, donde había

quedado con Cris.

Cuando llegó, la chica ya estaba allí. Se había sentado en una de las mesas del fondo y al verle se levantó. Como siempre, le recibió con un beso en los labios.

-¡Hola Paco!

Esa forma de saludar de Cristina le ponía a cien y tenía que hacer esfuerzos para disimular su turbación ¿Cómo hacerle comprender que él era heterosexual? La verdad es que, bien pensado, prefería que no lo entendiese y que siguiera saludándole de la misma manera.

-Hola, Cris. Me tienes en ascuas ¿Qué quieres contarme?

Antes de que volviera a sentarse, Paco la observó detenidamente. Era tan alta como él, tenía el pelo más que liso, lacio, de un castaño brillante, sin florituras de peluquería, tan largo que rebasaba su marcada cintura; las caderas, anchas y redondeadas, bordeaban un precioso culo terso y

respingón; las piernas, largas, con unos muslos que parecían torneados por un artista alfarero; los pechos, firmes; el vientre, liso; y una cara expresiva y personal, sin concesiones a maquillajes; los ojos, enormes, profundos, habladores; los labios, perfilados con maestría, de un rosa fuerte natural, sanguíneo; la nariz poderosa, reflejo de su ser interior, siempre al borde de la temeridad. Sin embargo, el conjunto de tanta brutal belleza inspiraba dulzura y suavidad, igual que el olor de su piel blanca y rosa, aterciopelada y exquisita ¡Misterios de la química!

-¿Qué pasa, Paco, te ha dao un aire?

-Ya sabes que me embeleso cuando te miro.

-Anda, tonto, siéntate y vamos a pedir, que estoy muerta de hambre.

-¿Y tu historia?

-Mientras comemos te la cuento, no seas impaciente.

Paco llamó a Miguel, el camarero, que se acercó con su sonrisa de oreja a oreja y su pertinaz contoneo de hombros.

-Buenas tardes, chavales ¿vais a comer?

-Pues sí –contestó Paco- ¿Qué hay por ahí que esté bueno?

-Pues hoy tenemos cocido completo y...

Miguel siguió hablando recitando el menú, pero ya no le escucharon. Se miraron los dos con complicidad glotona y Paco le cortó en seco.

-Ya vale, Miguelito. Dos de cocido.

-Marchando.

Una de las características del Soria es que no te daba tiempo a iniciar una conversación o a encender un cigarrillo antes de que te pusieran el primer plato. En menos de un minuto, la sopa de cocido estaba sobre la mesa.

Entre soplido a la cuchara y sorbo de sopa, Cris comenzó a hablar.

-¿Recuerdas que te dije que era imposible que yo me montara un bar?

-Claro que me acuerdo.

-Pues bien, cuando salí llamé a mi madre por teléfono para contarle lo mal que lo estaba pasando en La Albahaca.

-Yo creí que te llevabas mal con tu madre.

-No, Paco. Lo que pasa es que no podemos vivir juntas. Siempre acabamos discutiendo. Bueno, a lo que iba: que me dijo que ella me ayudaría si decidía pillar un bar. Yo ya tenía el ojo echado al Soyuna, el de General Lacy abajo ¿Lo conoces?

-Sí, claro, pero no tiene muy buena fama.

-Ya se la cambiaremos. El caso es que esta mañana no he ido a currar y me he puesto en contacto con el dueño ¡y me lo alquila, Paco, me lo alquila! Dice que me conoce de verme trabajar en La Albahaca y que se fía de mí.

-¡Joder! cómo ha cambiado el cuento en tan pocas horas.

-Pues no acaba ahí la cosa.

-¿Ah, no? Sigue, sigue.

-Pues que también he encontrado un pisito baratito y coqueto. Es muy chiquitín, tiene veinticinco metros, pero está tan bien distribuido que cabemos dos perfectamente. Tiene dos literas que se abaten sobre la pared y un sofá cama por si algún día se queda alguien, un servicio chiquitín y una cocina americana. Cuando está todo recogido, prácticamente los veinticinco metros son todo salón.

-Eh, eh, frena, Cris, frena ¿Qué quieres decir con que cabemos dos perfectamente?

-Pues eso, que te podías venir a vivir conmigo. Fíjate, el piso nos saldrá aún más barato, y a ti, las copitas y la comida, porque el bar tiene cocina, te saldrían a precio de costo.

-El costo está carísimo.

-Idiota, no me refiero a eso.

-Mira, Cris, si yo ahora me voy a vivir contigo te

puedo meter en un lío. Y no quiero.

-Me da igual, Paco. Por eso te lo digo. Me dice mi nariz, y ya ves qué

nariz, que necesitas un lugar donde esconderte durante un tiempo. Aunque no sé de qué va, oigo cosas raras.

-No te preocupes, Cris. Ya he decidido lo que tengo que hacer.

-¿Me lo cuentas?

-¿Para qué?

-Para que sepas que tienes una amiga.

Paco se enterneció por la buena intención de aquella chica y volvió a contar su historia de principio a fin, con pelos y señales. Cris le miraba con los ojos muy abiertos, casi sin pestañear. Cuando terminó, ella le dijo:

-Tienes que hacer caso de tus amigos. Es lo mejor.

-Lo sé, y así lo haré.

-¿Cuándo?

-El lunes.

-¿Y si deciden detenerte antes?

-Primero tendrían que detenerlos a ellos, que son los autores materiales del crimen. Y aún no lo han hecho.

-¿Por qué el lunes?

-Porque tengo algo que hacer antes y no quiero pasar el fin de semana entre rejas. Por si acaso.

-Bueno, de todas maneras quiero que te vengas conmigo. Yo te cuidaré para que no te vuelvas a meter en más líos y tú me aconsejarás a mí ¿vale?

-Lo pensaré, pero vivir contigo, para mí va a ser una tortura.

-Pues te jodes. Yo sé que puedo fiarme de ti.

-Te juro que antes de pasarme, me la corto.

-Ya lo sé.

Terminaron el succulento cocido y no quisieron postre. Café solo y copa de orujo para él y cubalibre de ron Brugal para ella fueron el fin del menú.

Pasaron juntos el resto de la tarde. Cris le enseñó el bar, a pesar de que Paco le dijo que ya lo conocía. Allí pasaron más de una hora mientras ella le contaba sus planes. Entraba y salía de la barra señalándole estanterías, grifos y cámaras; bajaba y subía de la cocina al salón enseñándole todo y explicándole los platos y tapas que pensaba preparar.

-¡Qué ilusionada estás!

-Sí que lo estoy ¿Tú crees que me saldrá bien?

-Seguro. Con esa personalidad...

Volvieron a subir hasta la calle Áncora.

-Y ahora te voy a enseñar el piso, ya verás cómo te gusta.

-¿Aquí mismo?

-Aquí mismito, justo al lado del Soria, en el mismo portal. El balcón da encima de la terraza.

Subieron al primer piso y Cristina abrió la puerta. El apartamento era tal cual lo había descrito y muy luminoso. A Paco le gustó mucho porque daba una gran sensación de amplitud pese a la pequeñez.

-Qué bonito, Cris. Qué suerte has tenido.

-¿Verdad que sí? Parece mentira cuánto pueden cambiar las cosas en tan poco tiempo.

-Eso me da esperanzas a mí también.

-Ya verás como todo te saldrá a pedir de boca.

Pasaron otro buen rato en el pisito haciendo planes y, sobre todo, decidiendo a quién y a quién no iban a permitir la entrada. Cris no estaba dispuesta a que cualquiera pudiera invadir su vida, y a Paco le pareció bien.

-Vamos a tomar algo para celebrarlo –dijo ella-

-Venga, vamos. Ya sabes que soy muy facilón.

Volvieron a bajar al Soria y Cris quiso otro cubalibre de Brugal. Paco no repitió orujo porque adivinó que el asunto podía alargarse y no quería terminar por los suelos, así que optó por un trago largo que durase más.

-¡Gonzalo! -gritó Paco- Cubata de Brugal y gin tonic de Larios.

Gonzalo entraba a currar a las cuatro de la tarde y no se iba hasta que cerraba el bar. Y lo cerraba cuando le daba la gana. Era un tipo especial y uno de los camareros preferidos de Paco.

-¡Marchando, tronquete!

En unos minutos, las copas estaban sobre la barra. Paco se levantó y las trasladó a la mesa que Cris había escogido, una frente a la tele. A Cris le encantaba la tele, lo contrario que a Paco, que la detestaba. Eso le hizo replantearse instantáneamente su posible convivencia con ella.

-Ya sé lo que estás pensando –adivinó la chica-

-¿Eres bruja?

-¿A que estás pensando lo de la tele?

-Sí, eres bruja.

-No te preocupes, llegaremos a un acuerdo.

-Eso espero. Oye, cambiando de tema, me queda un poco de yerba, de la mía, de la casera ¿te apetece un porrete?

-¡Ay, cabronazo! que me has enviciao.

-A otras cosas te enviciaría, si me dejaras.

-Aún recuerdo el primer día que te vi. Entraste en el bar a las cuatro de la tarde, cuando estaba yo sola. Te conocía de verte pasar por la puerta, pero nada más. Me pediste una copa y sacaste un canuto ya hecho del bolsillo. Te dije que ahí no se podían hacer esas cosas, pero no me hiciste ni puto caso y lo encendiste. Me empecé a cabrear y vas tú y dices: ¿“Qué pasa, que a ti no te gusta? Acabamos los dos en el almacén fumándonos el peta y echando el humo a manotazos por el ventanuco del patio para que no saliera el olor al

bar ¡Madre mía, qué colocón pillé! Y qué risa más tonta me daba cada vez que alguien me pedía algo. Por cierto ¿cómo supiste que me iba a gustar?

-Por la cara de viciosilla que tienes, mi precioso ángel lésbico. Bueno ¿nos lo hacemos o qué?

-Venga.

Dieron un paseo hasta la entrada del parque Tierno Galván por la Calle de Ramírez del Prado, se sentaron en un banco de piedra y Paco procedió a officiar el rito de la yerba: extrajo del bolsillo de su chaleco una pequeña bolsa de plástico, de esas que tienen cierre hermético, lo abrió, arrimó la nariz y aspiró con fuerza.

-Mira qué rico huele –le dijo a la chica mientras le acercaba la bolsita-

Ella inhaló también con fuerza el aroma de la marihuana. Después, él extrajo una hoja de su librito de papel de fumar y lo sujetó con los labios mientras con la mano derecha volcaba un

poco de la yerba sobre el cuenco formado por su palma izquierda. Volcó este contenido en el papel doblado por la mitad y procedió a liarlo parsimoniosamente.

-¿No lo mezclas con tabaco? –preguntó Cris-

-Con un veneno es suficiente.

-¿Tampoco le quitas los cañamones?

-Me gusta oírlos explotar con el fuego.

Fumaron profunda y lentamente, arrullados por el sonido de los trenes de cercanías que pasaban a unos cien metros.

Se había hecho de noche y alucinaron con las estrellas que, en esa zona del parque, protegida de la contaminación lumínica de la ciudad, se veían con bastante claridad. Pasó mucho tiempo, no sabían cuánto, sin que se hablaran, pero se estaban comunicando. Un roce, una respiración, una mirada, eran suficientes para decirse qué estaban sintiendo.

Cuando volvieron al Soria se dieron cuenta del

correr de las horas. Ya sólo quedaba Gonzalo con tres de los habituales taxistas y un músico del Rock Palace cenando una hamburguesa con patatas.

-¿Una copita, chavales?

-No se hable más –contestó Paco-

A pesar de los cubatas trasegados durante la tarde-noche, Gonzalo mantenía admirablemente la verticalidad, la cordura y la rapidez. De nuevo, en menos de un minuto estaban las copas sobre la barra.

Era Gonzalo un hombre delgado, enjuto, fibroso, de tez colorada y ojos pequeños pero incisivos, chispeantes. Rondaría la sesentena y tenía el pelo blanco, bastante largo por la nuca, como recuerdo de su época ye-ye. Lucía también un frondoso bigote del mismo color, al que atusaba o retorció las guías según el estado de relajo o ansiedad en que se encontraba.

Volvió a escoger Cristina la mesa frente al

televisor. Esta vez estaban echando una película de Torrente y la catarata de gilipolleces exhibidas no cesaba de arrancarles la risa floja. También estaba orientada la mesa hacia la puerta y, transcurrido un buen rato, vieron pasar a Berta camino de su casa. Era Berta una chica morena con ojos verdes, de figura voluptuosa y belleza racial que complementaba con una expresión de ingenuidad que aún la hacía más deseable. Cris sabía que Paco había salido con ella alguna que otra vez y, al ver que se quedaba mirándola, dijo en voz alta:

-¡A que te la levanto!

-¿Tú a mí? –contestó Paco- ¡qué me la vas a levantar!

Esas dos intervenciones provocaron el inmediato interés de Gonzalo y los taxistas, quienes se quedaron mirándolos fijamente y boquiabiertos sin que ellos se dieran cuenta, así que continuaron.

-Te he dicho que te la levanto ¡Vamos que si te la

levanto!

-Tú no me levantas na.

Por fin se dieron cuenta de la expectación que despertaban en el grupo de contertulios, que estaban a punto de iniciar apuestas sobre si Cris era capaz de levantársela a Paco o no, y volvió a darles una risa imparable y escandalosa. Cuando, por fin, se sosegaron, Paco miró el reloj.

-Joder, son las dos de la mañana. Me piro, Cris.

-¡Y un mierda! Ahora te vas a subir a la moto con el pedo que llevas ¡que te lo has creído tú! Hoy estrenamos piso.

-Cris, que no soy de piedra.

Y ella, en esta ocasión en voz muy baja:

-Con lo que llevas encima, seguro que ahora no se te levanta.

Y ella tuvo razón. Paco se introdujo en la litera de abajo y Cris, tras salir del baño en bragas, trepó hasta la de arriba. Excepto la muy natural

satisfacción visual, no hubo ni el más leve asomo de excitación muscular. A los pocos minutos los dos dormían como bebés.

V YOLANDA

Cuando despertó Paco por la mañana le invadió un intenso aroma a café.

-¡Humm, qué olor tan delicioso!

-De momento es lo único que me ha dado tiempo a traer: café, leche y galletas.

-Va a ser el primer desayuno normal que tomo en mucho tiempo.

-Eso, el primero, que no el último.

-Me he despertado demasiado tarde.

-¿Por qué?

-Porque tenía la esperanza de volver a verte en bragas, a ver qué pasaba.

-Que te hubieras llevao dos hostias si no te cortas.

-Oye ¿hoy tampoco vas a currar?

-Iré sólo para que me paguen lo que me deben. Tú sabes que he trabajado ahí como una tonta y ni agradecidos ni pagaos.

-Doy fe.

-Además, tengo que darle los últimos toques al bar y recibir a los proveedores para empezar mañana mismo.

Cris llevó la cafetera, un cartón de leche y las galletas hasta la mesa. Se sentaron y Paco preguntó:

-¿Puedo ayudarte en algo?

-Si no tienes nada que hacer, pues sí, dándome ideas. Tú eres el artista ¿no?

-Vale, iré contigo, a ver si se me ocurre algo ¿A qué tipo de gente lo quieres enfocar?

-Sobre todo, quiero librarme de macarras y de los borrachines del barrio.

-Es una buena pista para empezar.

-Y quiero que conozcas a la chica que va a trabajar conmigo. Se llama Yolanda.

-¿Y ese interés?

-Porque me parece que os vais a llevar muy bien. Cuando la conocí me recordó mucho a ti. Es muy rebelde y siempre está haciéndose preguntas sobre todo.

-Yaya, ya tengo curiosidad.

-Y sólo tiene veinte añitos, aunque parece mayor por todo lo que piensa. Pero tiene cara de niña.

-Cristina, por favor, que no soy un asaltacunas. Le llevo la friolera de veintidós años.

-No hay edades para hacer amigos. Ya verás cómo te gusta.

-Bueno, bueno, como tú digas.

Terminaron el desayuno, limpiaron la mesa, fregaron los cacharros y salieron a la calle. Bajaron por la de General Lacy hasta la esquina con la de Canarias. Allí, justo en el chaflán que

forman entre las dos, estaba la entrada del bar Soyuna. A los pocos minutos de abrir el cierre aparecieron los camiones de reparto de Mahou y CocaCola; después, a lo largo de la mañana, siguieron desfilando representantes y comerciales de infinidad de marcas con inverosímiles ofertas. Cris rechazaba muchas y aceptaba algunas; estaba claro que sabía lo que hacía. Tras ellos volvían a aparecer más vehículos con los productos solicitados y la chica no cesaba de firmar albaranes. Por fin, a última hora de la mañana, vinieron los de las máquinas tragaperras y el de la del tabaco. A las dos y media de la tarde todo estaba preparado, sólo quedaba barrer, fregar y ordenar.

-Por la tarde seguimos, cuando venga Yolanda a ayudarnos. La limpieza es lo más jodido. Vamos a comer Paco.

-Vamos, vamos. Entre el frugal desayuno de hoy y el trabajo, estoy muerto de hambre.

-Mientras tú te tomas un aperitivo en el Soria, yo

me acerco a La Albahaca para que me paguen lo que me deben. Como me quieran dar largas les voy a montar un follón que se van a cagar. Ahora estará el bar lleno de gente que me conoce y no querrán quedar mal.

-¿Te ayudo?

-No, Paco, gracias. Me valgo sola.

En menos de veinte minutos Cristina estaba de vuelta en el Soria. Paco degustaba un vermut rojo con un poco de ginebra y unas aceitunas. Al verla entrar sonriente, preguntó:

-¿Todo bien?

-Hoy invito yo a comer –dijo mientras agitaba en su mano derecha un fajo de billetes de cincuenta pавos-

-¡Olé mi niña. Con dos cojones!

Se metieron entre pecho y espalda dos sopas castellanas y un par de medios pollos asados con patatas fritas y ensalada; por supuesto, cafés y copas. Ya casi al final de la comida sonó el

teléfono de Cris.

-Era Yolanda –dijo- Habíamos quedado a las cinco y dice que llegará antes. Le he dicho que se pase por aquí, así nos tomamos otra con ella.

-Estupendo.

-Estoy nerviosa, Paco. No sé cómo terminará todo esto.

-Pues bien, mujer. Tú eres una profesional y, además, le echas muchos huevos a la vida.

-Gracias por darme ánimos ¿Se te ha ocurrido algo para librarme de la gentucilla?

-Pues sí, pero temo que te moleste.

-Adelante, Paco. No te cortes.

-La música.

-¿Qué quieres decir?

-Ya sé que a ti te gusta el flamenco y el calorreo en general, pero esa música, en este barrio, sólo atrae a la gente de la que te quieres librar.

- Ya me sé tu teoría ¿Entonces? la que a ti te gusta ¿no, cachondo?

-Pues sí, pero no porque me guste a mí, sino porque, como no la entienden, les espanta, se sienten extraños. Jazz, blues y, de noche, intercalado, un poco de buen rock´n roll ¿Ves? en eso acertó La Albahaca. Si no se estuvieran cargando el bar sus mismos dueños, habría durado años. Los que se consideran “progres” en el barrio, no tienen dónde meterse, sólo tienen el Rock Palace, que está muy bien, pero allí no hay tapas, ni raciones, ni menús, ni buenos vinos y, ni siquiera cerveza de barril. Sólo copas, botellines y tercios. Está bien para pasar un rato, escuchar música y algún concierto, pero nada más. Tú puedes juntar muchas cosas: la música, la bebida, la comida, un lugar agradable. Si sabes hacerlo vas a ser la puta ama.

-¡Joder! Puto amo suena bien, pero puta ama suena a madame de casa de citas.

-¡Ja, ja! Es verdad, tienes razón. No había caído.

En ese momento entró Yolanda. Paco no lo supo hasta que la chica se acercó a Cris para saludarla.

-Hola, Yoli. Mira, te presento a Paco. Seguro que os caéis bien.

-¿Qué tal, Yolanda? -dijo Paco, levantándose y dándole un beso en cada mejilla-

La chica se sentó entre los dos y comenzó a hablar con Cristina mientras Paco escuchaba y la observaba disimulada pero detenidamente.

¡Qué peligro! Cris lo conocía demasiado bien. Bastaron unos minutos para darse cuenta de que aquella mujercita tenía algo tan especial que no podía dominarlo. A pesar de sus esfuerzos por evitar el encanto, con continuados gestos y expresiones de timidez, este se le desbordaba, rebelde, por todas partes, como rápidos torrentes que pugnarán por abrirse paso entre las rocas que pretendieran impedirselo. Su voz era uno de los arroyos, tal vez el más calmado, el más dulce, pero también el más modulado y cantarín. Su mirada, sus ojos, eran otro, el más vivaz y

colorido, pasando del azul celeste al cobalto y de éste a todas las tonalidades de verde, hasta llegar a un gris casi transparente, todo dependiendo de la intensidad de luz, de su propia excitación al manifestarse y de la apertura fina o amplia de sus pestañas, tan naturalmente largas y tupidas que tenía la sensación de que le acariciaban cosquilleantes desde un metro de distancia. Otro torrente eran las manos, el más rápido, el más musical y expresivo; ágiles, rítmicas, apoyando cada frase y hasta cada movimiento facial con maestría y gracia de bailarina. Su pelo fuerte, negro, decidido e indómito, ni corto ni largo pero dejando claro que cualquier longitud no alteraría en nada su belleza. Y, por fin, todos esos torrentes desembocando en ella misma para formar un río abundante en meandros, una figura que recortaba la atmósfera como si el mismísimo Miguel Ángel hubiese decidido esculpir el aire mediante un vaciado. Y todo, todo, alumbrado por la espontaneidad, por la inteligencia, por el ansia, por la curiosidad, por la duda. Aunque fuera una primera impresión, hacía tiempo que

no conocía una mujer así. También adivinó Paco, por alguno de sus comentarios y gestos, una tendencia a la autocomplacencia e, incluso, a la soberbia; además de una peligrosa inclinación a la mentira; sin embargo, le parecían males menores porque eran perfectamente detectados, al no poder evitar la chica que la verdad se le escapara a chorros por cada poro de la piel, en cada mirada, en cada baile de sus dedos y hasta en sus silencios. En fin, le gustó tanto que decidió no enamorarse.

Aún no sabía Paco que con Yolanda acabaría pasando noches en vela, tardes inacabables e inacabadas, días completos charlando sobre todos los temas, sobre los misterios de la vida y la muerte, sobre las dudas de la Historia, la Filosofía, sobre el Universo entero; charlas sobre el deseo de saber y la angustia del no saber; horas y horas interminables, pero que nunca se le hicieron largas, hablando de su único tema, al que acabaron denominando el “monotema” y que, fundamentalmente, versaba sobre la soledad,

esa soledad interna que se adhiere a las entrañas, a las vísceras y que, exactamente, como una solitaria, devora todo lo que te alimenta, dejándote vacío.

-¿Ya estás metido en tus rollos? –le gritó Cristina mientras daba una palmada para desensimismarlo- ¿En qué coño estarías pensando?

Yolanda sonrió con los ojos muy abiertos, entre sorprendida, divertida y tímida. Por primera vez pronunció su nombre:

-Vámonos, Paco, que tenemos que currar.

Cris se levantó y pagó en la barra. Mientras, Yolanda y Paco avanzaron hacia la puerta, ella tras él. No vio Paco como la chica le miraba con curiosidad y algo de desconfianza. Tampoco sabía ella que, después de pasado un tiempo en el que hubo sus más y sus menos, la desconfianza desaparecería para siempre.

Volvieron a bajar, esta vez los tres, la Calle de

General Lacy hasta el bar. Una vez dentro comenzó el zafarrancho de limpieza bajo las órdenes de Cris.

-Tú, Paco, coloca los taburetes sobre la barra y las banquetas sobre las mesas. Tú, Yoli, ves barriendo. Abajo tienes un cepillo y un recogedor. Yo voy detrás de ti con la fregona.

Después de todo aquel trajín, y mientras Paco volvía a colocar banquetas, taburetes y mesas, las dos bajaron a la cocina para dejar preparada parte de la comida y aperitivos del día siguiente. Pelaron y cocieron patatas que dejaron metidas en un barreño con agua; de la misma manera dejaron en remojo un buen montón de hojas de lechuga ya cortadas; pelaron ajos y cebollas; llenaron bandejas metálicas con aceitunas, anchoas, cortezas, patatas fritas, frutos secos y huevos cocidos; discutieron sobre si dejar hechas o no las tortillas; decidieron que no, que sería mejor por la mañana para que estuvieran recientes a la hora del desayuno. Colgaron los chorizos, los lomos y los salchichones; colocaron

el jamón en su jamonero, añadieron otro par de bandejas con choricitos dulces y picantes cubiertos de aceite, y otra más con cuñas de queso bañadas de la misma forma. Revisaron las botellas, las cámaras, los vasos y las copas, los barriles y grifos de cerveza. Al cabo de cuatro horas habían terminado, cansadas, sudadas, despeinadas... preciosas. Otra media hora estuvieron en el baño recomponiéndose. Al salir, Yolanda, como si hubiera tenido una revelación, abrió mucho los ojos y dijo:

-¿Sabes qué se nos ha olvidado?

-No ¿qué? –repuso Cris-

-La música, tía, los discos.

-Joder, es cierto. Y yo sólo tengo música disco y calorreo, como dice éste –refiriéndose a Paco-

-Eso se arregla en un rato –contestó él- A ver, que se venga una conmigo para escoger algunos de los míos.

-Que vaya Yoli. Tiene gustos parecidos a los

tuyos –propuso Cris-

-Pues adelante.

Paco y Yolanda subieron hasta donde había aparcado la Vespa.

-Ves con la cabeza agachada para que no se note que no llevas casco.

-Vale.

En veinte minutos habían llegado a casa de Luis. Entre los dos escogieron un buen montón de clásicos del jazz, el blues y el rock´roll, discos que, por fuerza, tenían que gustar a todo el mundo.

-Espera –dijo Paco- Voy a cambiarme de camisa y a coger unos gallumbos y unos calcetines. Seguramente me quede hoy también con Cris. ¡Ah, toma! –exclamó mientras le ofrecía el casco que había comprado para la Toñi-

Salieron y volvieron a subir a la moto. Antes de salir de La Ventilla paró frente al bar Jacobo.

-¡Eh, Luis!

-¡Coño, que aparición!

-Podrías saber más de mí si te compraras un móvil, troglodita.

-No pienso engancharme a esos trastos ¿Qué quieres? –preguntó mientras miraba con curiosidad y admiración a la chica que permanecía fuera.

-Que hoy tampoco vengo ¿vale?

-Vale, hombre, vale ¡Joder, qué suerte tienes!

-No es lo que tú crees, malpensao.

-Oye, que tengo un curro para ti. Pero, bueno, ya hablaremos.

-Eres como mi padre, Luis. Tengo un poco de prisa, pero adelántame algo.

-Diseñador de muebles. Para empezar a primeros. Y en casa, no puede ser más cómodo.

-De buten, si no me enchironan el lunes, allí

estaré.

-Diviértete.

Volvieron a subir a la Vespa y enfilaron hacia Atocha con su cargamento musical.

-¿Puedes parar diez minutos antes de llegar al Soyuna, en algún otro sitio? –le dijo Yolanda a medio camino-

-Sí, claro, pero déjame avisar a Cris. No quiero que se impaciente.

-No hace falta. Sólo serán diez minutos.

Paco entro por Santa María de la Cabeza y giró por Batalla del Salado y Calle de las Delicias para subir por el paseo del mismo nombre. Paró frente al bar Narcea. Allí también le conocían, aunque no fuera habitual.

-¿Mucho tiempo, no? -le saludó José, el propietario asturiano-

-Sí, he estado fuera –mintió Paco- pero ya nos veremos más.

Se sentaron en una mesa; el pidió una cerveza y ella un café con leche. Yolanda fue directa.

-¿Qué has querido decir con eso de que a lo mejor te enchironan el lunes?

-Pues, que puede ser que pase.

-¿Por qué? No pareces un delincuente.

-Y no lo soy, pero todos cometemos fallos. Y, a veces, muy gordos.

-¿Me lo cuentas?

-Hace sólo unas horas que me conoces ¿y ya quieres saber mi vida?

-Eres muy amigo de Cris y me da la impresión de que voy a verte todos los días. Me gusta conocer a la gente con la que trato.

Paco estaba hasta las narices de inventar historias, así que decidió contarle a la chica toda la verdad, aunque abreviadamente. Aquel episodio de su vida estaba empezando a aburrirle.

Cuando terminó, Yolanda le dijo:

-¡Qué hijos de puta! Los odiarás a muerte, supongo.

-Al principio no pensaba en otra cosa más que en la venganza, pero se me ha ido pasando, Ahora casi les tengo lástima.

-También lo comprendo. Gracias, Paco, por contármelo. Y suerte ¿Ves? no ha llegado a un cuarto de hora. Vámonos, anda.

Otra vez a la Vespa, Calle de Tortosa, Rafael de Riego hasta Canarias y a la izquierda, a la esquina con General Lacy.

-¡Ya estamos aquí con la música! –gritó Paco-

-¡Hombre –contestó Cris con sorna- por fin has hecho algo!

Después de darle un beso en los labios y provocarle una taquicardia, añadió:

-Me has salvado la inauguración.

Decidieron los tres que, después de tanta paliza, volvían a tener hambre, así que encaminaron sus

pasos hacia el bar Santamaría, donde la negrita Lucía. Allí hacían las hamburguesas mejor que en cualquier cadena norteamericana. Pidieron tres completas con patatas fritas. Yolanda comió deprisa y dijo:

-Me voy, que mañana hay que estar aquí pronto.

-¿Vives lejos? –preguntó Paco-

-En el barrio del Lucero.

Cristina intervino en ese momento:

-Pues llama a tu casa y di que hoy te quedas a dormir aquí.

-Pero, si ya se queda Paco.

-No te preocupes, hay un sofá-cama. Cabemos los tres perfectamente. Así llegamos juntas el primer día ¿vale?

-Vale, pero me lo podíais haber dicho antes. Ahora me duele la tripa. Me voy a pedir una manzanilla.

Cristina y Paco rieron con alegría.

Cuando salieron, la luna llena estaba en lo alto del cielo. Paco tuvo la sensación primaria de que los besaba a los tres.

Las chicas, a pesar del cansancio, se levantaron pronto. Los nervios no las dejaban estar más tiempo en la cama.

-Nos vamos, Paco. Ahí te quedas. Ya sabes, a las siete es la inauguración. Te esperamos –dijo Cris-

-Allí estaré. No pienso perderme unas cuantas birras por la patilla.

Se levantó un par de horas más tarde, a las diez. Se pegó una ducha rápida y se preparó un café mientras liaba un cigarrillo. Después lo recogió todo con pulcritud, no quería que Cris se arrepintiese de la proposición que le había hecho. A él también le hacía ilusión aquella idea de crear una especie de familia alternativa.

Bajó a la calle, subió a la moto y enfiló hacia La Ventilla después de sujetar al transportín el casco que le había prestado a Yolanda. Se dirigió

directamente al bar de la Toñi.

-¡Hola Paco!

-Nunca olvido lo que digo, y sé que libras también los jueves por la tarde. Hoy es jueves y este es tu casco.

-¡Qué loco estás! Me lo podías haber dicho antes, he quedado.

Paco no se acobardó

-Pues llama por teléfono y di que tu padre se ha puesto malo o algo así.

Toñi lo tildó de sinvergüenza, de cara dura y de otras muchas lindezas, pero aceptó la idea.

-Muy bien –dijo Paco- comeremos juntos, iremos a tomar café a un kiosko de la Dehesa de la Villa y, después, a la inauguración del garito de una amiga mía.

-Me gusta el plan.

-Lo pasaremos bien. Ponme una cervecita. Oye ¿te gustan las gallinejas y los entresijos?

-Soy del Foro, tío. Pues claro.

A las tres estaban subidos en la Vespa camino de la gallinejería de Embajadores.

-¡Qué alegría! –exclamó el camarero- Ha tardado poco en volver.

-Y más que nos veremos si todo va como espero.

Dieron buena cuenta de una bandeja rebosante de gallinejas, entresijos y patatas fritas; así como de otra con ensalada de tomate, lechuga y cebolla. Se atizaron entre los dos una frasquita de tinto; ella lo mezcló con gaseosa.

Una hora más tarde rodaban por las rondas, Ferraz y carretera de La Coruña hacia la Dehesa de la Villa. A pesar de que la temperatura era todavía algo fresca, lucía el sol y el kiosco que está frente al colegio de La Paloma había desplegado ya su terraza entre los pinos.

-¡Hay que ver el tiempo que hace que no salgo del barrio! Lo más, hasta algún cine de Tetuán. El bar es que me tiene esclavita.

-Bueno, pues cuando acabemos iremos muy despacio hasta el bar de mi amiga, atravesando Madrid ¿Vale?

-¡Qué bien! Me siento como una niña de excursión.

Muy despacio y pegaditos a la derecha bajaron por Francos Rodríguez hasta Bravo Murillo. Decidió Paco no seguir por La Castellana para que Toñi viera un Madrid que tenía casi olvidado. Callejeó por Bilbao y Malasaña; por los Austrias y Las Letras; después, atravesando la calle Atocha, cruzó Lavapiés y, desde allí, otra vez glorieta de Embajadores, Bustamante y General Lacy esquina con Canarias, es decir, el Soyuna.

-¡Jo, qué paseíto! –exclamó Toñi- Me duele el culo, pero ha merecido la pena. No sabes la de años que hace que no pasaba por esos sitios.

-Esto ha sido una panorámica. A partir de hoy iremos conociendo sitio a sitio. ¡Hay que joderse! Cada día conozco a más madrileños que no tienen ni puta idea de dónde viven.

Eran algo más de las ocho cuando entraron en el bar. Estaba de bote en bote. Nadie estaba dispuesto a perderse una cerveza gratis.

-¡Ya iba siendo hora! –gritó Cris desde detrás de la barra-

-Paco cogió a Toñi de la mano y se abrió paso entre el gentío hasta conquistar un rincón en el extremo derecho del mostrador. Allí presentó a las tres chicas.

-¡Qué guapas son tus amigas! –dijo Toñi con cierto recelo-

-Puedo ser el padre de las dos. Además, a una seguro que le gustas tú más que yo.

-¿Ah, sí? ¿a cuál?

-A mi mujer.

-¿Cómo?

El chistecito le costó a Paco tener que dar explicaciones sobre su próxima convivencia con Cris si todo salía bien.

-¿Bien, qué tiene que salir bien?

Más explicaciones sobre lo que podía y no podía pasar el próximo lunes. A Paco le empezaron a parecer demasiadas para una relación recién comenzada.

-¡Joder, tío, qué lío!

-Bueno, ya lo sabes todo ¿y ahora qué?

-Todo este follón ¿lo saben ellas?

-Sí.

-¿Y?

-Que son mis amigas.

-Pues yo no pienso ser menos.

Paco suspiró y sopló, satisfecho, y dio gracias a no sabía quién o qué por haber puesto aquellas mujeres en su vida.

La fiesta estuvo muy bien. Los pocos niños y macarrillas que había en un principio desaparecieron pronto al no verse arrojados por

la música de Jackson, Shakira, Madonna o los lereles de moda. Los altavoces deslizaban las notas de Dylan, Joplin, Cocker, B.B. King, Abbey Lincoln, Muddy Waters, Status Quo, Queen, Led Zeppelin, AC DC; pero también Triana o Mago de Oz, intercalados con canciones de Brell, Edith Piaf o Leonard Cohen. A eso de las diez quedaban pocos menores de treinta años y, los que había, entendían de música. Se les notaba tan en su salsa como a los mayores. A Paco le gustaba observar estos detalles porque le parecía que, en el fondo, aunque inútil para transformar el mundo, su generación había sido capaz de pasar la antorcha encendida a un grupo selecto de la siguiente, y éstos harían lo propio con la próxima, así hasta la nueva intentona, hasta el encontronazo definitivo, hasta la reconquista del paraíso perdido.

Como si le leyera el pensamiento, Cris le puso otra cerveza sobre la barra y le gritó:

-¡Escucha!

Se le erizaron todos los vellos del cuerpo cuando comenzó a percibir los acordes de su tema preferido en toda la historia del rock'n roll: "Simpatía por el Diablo", de Rolling Stones.

-¡Esa es mi mujercita! –le dijo a Cris mientras le lanzaba un beso-

A Toñi le empezaba a encantar aquel ambiente libre y desenfadado en el que, sin embargo, se notaban fuertes los lazos de la amistad.

-¿Sabes lo que te digo, Paco?

-Dime.

-Que me están sentando de maravilla estas cuatro cervezas y que voy a llamar por teléfono.

-¿A quién, a tu padre, a ver si está malito de verdad?

-No, a mi novio.

-¿Te has arrepentido de la mentirijilla?

-Le voy a decir que estoy tomando cerveza con un buen amigo, con dos chicas estupendas, que

por fin conozco algo que está a más de quinientos metros de mi casa, que se meta el gimnasio por el culo y que se vaya a la mierda.

Paco casi se ahoga con el trago que estaba engullendo en aquel momento. La risa y el gas de la cerveza no eran compatibles. Cuando les contó a Cristina y Yolanda lo que estaba sucediendo mientras Toñi hablaba por teléfono se les saltaban a los tres las lágrimas. Rieron tanto que la clientela fijó su atención en ellos.

-Menos mal –dijo Cris- que esta vez no estamos apostando sobre si te la levanto o no.

Más risas desbocadas.

Toñi volvió a entrar, radiante, victoriosa.

-¿No le habrás hecho daño? –preguntó Paco sintiéndose algo responsable-

-Ese sólo se hace daño si se le cae una pesa en el pie.

Cristina, a quien le salió su vena más femenina y algo cotilla, pregunto:

-Entonces ¿estás libre?

-Como un pájaro.

-Anda, golfa ¡Como una pájara!

Toñi ya había aprendido a interpretar estas expresiones y sonrió agradeciendo el halago. Cris se dirigió en voz baja a Paco, con sorna y malicia.

-A que te la levanto.

Él hizo como que no la oyó, pero ella, por la cara de despistado que fingió, supo que sí y le dio un codazo a Yolanda mientras le señalaba con la barbilla.

De pronto, Toñi, como si despertara de un sueño, miró el reloj y puso cara de susto mientras emitía un ¡uuuh! que quiso retener poniendo la mano derecha sobre su boca.

-Paco, son las once y media. Mañana abro pronto. Voy a coger un taxi.

-De eso nada. ¡A la Vespa!

-Pero, chico, que hemos bebido mucho.

-A mí cinco cervezas no me hacen nada. Tú agárrate bien y no te muevas. A estas horas casi no hay tráfico y nosotros, al tran-tran, vamos al fin del mundo si hace falta.

-¡Vuelve, Paco! -le dijo Cristina-

-Cómo me gustaría quedarme con vosotros – deseo Toñi-

-Hay mucho tiempo, todo llegará.

Y otra vez camino de La Ventilla. Atocha-La Ventilla, La Ventilla-Atocha. Estaba claro que si la poli no le pillaba era porque todavía no le parecía importante para esclarecer nada. La verdad es que aún no habían pasado ni quince días desde que salió del hospital y sólo un mes y medio desde el asesinato de la pobre vieja. Cuánto tiempo le parecía.

Por fin llegaron al portal de Toñi y ella se bajó. Cerró los ojos y le mostró los labios para recibir un beso de despedida, pero Paco optó por cogerle

la cara entre las manos y darle dos besos en las mejillas.

-Hasta mañana, Toñi. Aunque ya veremos, mañana voy a tener un día movidito.

-Hasta cuando quieras, Paco. Lo he pasado muy bien. Ten cuidado.

Desanduvo el camino y volvió junto a las chicas. Ya sólo quedaban los rezagados y ellas habían comenzado a recoger botellas y vasos vacíos de barra y mesas.

-¿Hay cerveza?

-Algo queda –contestó Yoli-

-Pues ya sabes. Y ponme unos choricitos picantes de esos con un cachito de pan, que este –señaló su estomago- empieza a quejarse.

Se arrebujo en lo que ya llamaba “su” rincón y comenzó a imaginar lo que podía pasar al día siguiente. Lo mejor sería que permitiese que las situaciones se decantaran por sí mismas, de la forma más natural, sin intervenir a priori. Él sólo

tenía que esperar.

Cristina volvió a ejercer de bruja.

-Mañana empieza lo difícil ¿verdad?

-Sí, mujercita, mañana mismo. Todo llega en el momento que tiene que llegar, y no hay un dios que pueda eludir, y ni tan siquiera retrasar, algunos momentos.

-Ya sabes que, pase lo que pase, aquí estoy.

-Sí, ya lo sé.

-Yo también estoy –gritó Yoli desde el otro extremo, reafirmando ya su pertenencia al grupo en igualdad de condiciones-

Cristina y él se miraron con complicidad, aceptando la nueva incorporación a la banda.

Cuando ya estaba todo limpio y ordenado, le dijo Cris en un susurro:

-Voy a ir echando a los pesaos, que hay que dormir.

Apagó la música y, acto seguido, dijo:

-¿Qué pasa, señores, que ustedes no tienen casa? Mañana será otro día.

-Perdón, ya nos vamos. Es que se está muy a gusto aquí –dijo uno mientras deslizaba un billete sobre la barra-

-Me alegro de que lo hayan pasado bien. Esperamos volver a verles pronto.

Se quedaron los tres solos. Paco terminó sus choricitos y su cerveza, Cris y Yoli se prepararon un par de hamburguesas rápidas.

-Yo voy a tomarme ya una copita –dijo Cris- creo que me la merezco. Tú. Yoli ¿qué quieres?

-Un vinito, un rioja.

-¿Y tú, Paco, whisky u orujo?

-Tomaré un whisky y, ahora, con mucho hielo.

El cierre estaba echado; el bar, vacío; y, sin embargo, ellos tres se apretujaron, como cachorros muertos de frío, en aquel rincón de la

barra. Paco las miraba, las miraba y las quería como no había querido a nadie en toda su vida.

Salieron despacio y en silencio, como temiendo despertar a no se sabe qué. Llegaron al pisito y, cuando ya estaban cada uno en su cama, se escucho un coro susurrante que decía: “buenas noches”. Eran las dos y media de la mañana.

Esta vez fue Paco el que se levantó primero, a las ocho y media. Se duchó con rapidez, preparó una cafetera, calentó leche y llenó un plato con galletas; también frió rebanadas de pan que espolvoreó con azúcar. Cuando terminó, lo llevó todo en una bandeja a la mesita del salón-dormitorio y, después de anunciar a las chicas, cual gallo corralero, el nuevo amanecer, se puso a desayunar.

-¡Vamos, coño! –gruñó- que se enfría todo.

Ellas fueron descendiendo parsimoniosamente de sus piltras mientras le devolvían sendos gruñidos ininteligibles. Se metieron en aquel cuarto de baño que más bien era un octavo de baño y

volvieron a salir igual de ojeras y malhumoradas, pero algo más despiertas. Paco se despidió de ellas revolviéndoles el pelo con cariño.

-Adiós, chicas.

Cris se despabiló del todo en ese momento.

-No digas adiós.

-Eso –insistió Yolanda- Ya sabes que aquí estamos –dijo tomando posición definitiva de integrante de la manada-

Era muy pronto todavía, así que compró un diario en el kiosko de Áncora para pasar el rato mientras esperaba. Lo sujetó al transportín trasero y avanzó unos cien metros, justo hasta el bar Santamaría.

-Hola, Lucía, buenos días.

-Buenos día, Paco –contestó ella con su musical acento caribeño- ¿Te pongo algo?

-Me pones mucho.

-Ya estamos.

-Dame un café con leche y un par de porritas, anda.

-¿Ya no desayunas como si llevaras una semana sin comer?

-Intento moderarme.

Mientras Lucía le preparaba y servía el desayuno, él comenzó a pasar despreocupadamente las páginas del periódico. Lo de siempre: corrupción en los estamentos político y económico, regresión, crisis, guerras y, ocupando el doble de espacio que todas las demás secciones juntas, fútbol; después, bastante cotilleo en “Sociedad”. Por fin, en la sección “Madrid”, un cuarto de columna, medio oculta en el ángulo inferior derecho de la página, llamó su atención:

“El cadáver de un toxicómano fue encontrado ayer entre unos matorrales del parque de Entrevías. El hallazgo se debió a un perro que su amo paseaba por la zona. Los insistentes ladridos

del animal consiguieron que el hombre se acercara hasta los arbustos y descubriera el cuerpo, que aún mantenía clavada, en su antebrazo izquierdo, una jeringuilla. Desde su teléfono móvil, el vecino dio aviso a la policía, a quien declaró que el muerto era un delincuente habitual conocido en el barrio.

Debido a las circunstancias del fallecimiento se presume que ha podido deberse a una sobredosis, aunque este extremo queda pendiente del resultado de la autopsia. Tampoco se tiene noticia, hasta el momento, de la identidad del finado.”

“Estoy seguro de que se trata del Chirlas –pensó Paco- y de que Tupé y Nita se lo han cargado para librarse de su tiranía”.

¿Qué tendría el deseo de dominio, de mando, de poder, para llegar a manifestarse de forma tan dictatorial, tan brutal, tan drástica, incluso en sociedades marginales que debieran ser gérmenes de libertad?

-¡Despierta, Paco! –le gritó Lucía

-¡Joder, qué susto!

-Estás en las nubes, chico. Se te va a enfriar el café.

Paco engulló el desayuno y salió disparado.

-¿Qué mosca te ha picado, papito?

Pero él ya no la oyó. Subió a la moto como alma que lleva el diablo y se dirigió a Entrevías, al callejón donde vivía el Chirlas. Estaba abarrotado de policías que entraban y salían de la casa atravesando el pequeño patio delantero. La madre, en la puerta, atendida por personal del SAMUR, no paraba de llorar sobre su vestido negro, color que siempre la había acompañado desde que su marido se cayó del andamio. “¡Ay – sollozaba entre hipo e hipo- qué sola me han dejado! Lo veía venir, hace mucho que lo veía venir, desde que se mató su padre, desde entonces mi hijo cambió como del día a la noche ¡Ay! ¿Qué he hecho yo, dios mío, qué he hecho?”

Y se ahogaba de nuevo en un prolongado silencio, en un temblor nervioso de los labios, en un pañuelo empapado de tristeza; se ahogaba, la mujer, en su propio anhelo de la muerte y en su cobardía para conquistarla, se ahogaba con las preguntas, se ahogaba con las respuestas, se ahogaba con los registros, se ahogaba, se ahogaba.

Avanzó Paco hasta el callejón paralelo, donde vivían Nita y Tupé. Allí, en la puerta, el padre de Tupé, que ya había desayunado su secuencia de brandy barato, estaba en la puerta del patio como un señor feudal ante la entrada de su castillo. Con las manos en los bolsillos, el pecho inflado y la mirada severa contestaba a las preguntas de dos inspectores de policía, los mismos que fueron a verle al hospital. Llegó a escuchar: “Los chicos han salido esta mañana, como siempre. Estaban bien, no creo que se hayan enterado de nada.”

Paco pensó que era normal que los polis fueran los mismos, pues los dos sucesos se habían producido en la misma zona.

“Bien –se dijo- si han salido esta mañana, creo que ya sé dónde los voy a encontrar”. Y enfiló directamente hacia la consulta del doctor traficante.

Llegó al callejón de Cádiz justo cuando Tupé y Nita salían del portal destartalado. Los siguió con la vista hasta que se metieron al bar donde el médico iba a comer. Sólo entonces desmontó y se quitó el casco. Recorrió los pocos metros que le separaban del local y entró decidido. Se situó en la barra, entre los dos, haciéndose sitio apartándolos suavemente, cogiéndolos a cada uno por un brazo.

-¿Me conocéis, verdad?

Se quedaron boquiabiertos durante un largo silencio.

-¡Te lo dije! –exclamó Nita, por fin, dirigiéndose a Tupé- Te dije que era el de la moto que estaba frente al bar el otro día.

-Tranquila, Ana, no montes escándalo. Vamos a

sentarnos, tengo que hablar con vosotros.

Se miraron el uno a la otra transmitiéndose la desconfianza que Paco les inspiraba, pero obedecieron. Cogieron sus cervezas y fueron a una mesa pegada al ventanal.

-Tan sólo hace unos días hubiera acabado con vosotros sin contemplaciones –espetó Paco-

-No, si aún habrá que darte las gracias.

Paco lanzó rápidamente el brazo por encima de la mesa y agarró con fuerza el flequillo del quinqui, sin soltarlo hasta que éste comenzó a gemir de dolor al tiempo que levantaba el culo del asiento para intentar aflojar el tirón.

-A mí casi me matáis, hijo de la gran puta.

-¡Quietos, coño! –exclamó Nita en un susurro- Estamos dando el espectáculo.

Paco soltó al Tupé, que respiró aliviado, y comenzó a hablar más serenamente.

-Os escuché discutir en el parque y cambié de

opinión.

-¡Eh! un momento ¿no pensarás que fuimos nosotros los que...?

-No, no lo pienso –interrumpió Paco a Tupé- Estoy seguro de que os cargasteis al Chirlas con un poco de mierda, porque tampoco creo que le regalarais el suficiente jaco como para ponerse una sobredosis.

-Bueno –intervino Ana- ¿y a ti eso qué te importa?

-Nada en absoluto. Un trabajo que me habéis quitado de encima.

-Al grano –continuó la chica- ¿Qué hacías aquí? Porque has venido a buscarnos ¿no?

-Efectivamente. Era lógico pensar que después de libraros del “jefe” quisierais quedaros con el negocio ¿Qué tal con el doctor?

-Ha leído la noticia de lo del Chirlas y nos ha dicho que se acabó, que de nosotros no se fía. Nos ha echado revólver en mano.

-Un hijo de puta sólo se fía de otro hijo de puta –
sentenció Tupé- Oye, tío –continuó en tono de
confesión- me alegro de que estés vivo. No sabes
el peso que me has quitao de encima.

-Y a mí –dijo Nita- ya sabes, ya tenemos bastante
con nuestra vida como para llevar eso en la
conciencia.

-Lo sé, chavales, lo sé –en tono conciliador- Ya
os he dicho que os escuché en el parque.

-¿Qué vas a hacer? –preguntó la chica-

-Echarle toda la culpa al Chirlas y a ese cabrón
de médico. Pero tendré que reconocer ante la poli
que lo hice por ti, para intentar ayudarte. Una vez
que tengan al autor del asesinato, aunque ya esté
muerto, y al médico que le ayudaba a trapear
no creo que os busquen demasiado tiempo, así
que tenéis que desaparecer de Madrid ¿de
acuerdo? Supongo que es mucho pedir, pero
quizás aún podáis cambiar de rollo.

-No prometo nada, Paco, pero lo intentaré –dijo

Nita-

-Yo preferiría irme con el Chirlas –añadió Tupé- antes de meterme en otro marrón como este.

Paco se levantó y pagó las cervezas. Sin volver a la mesa les mostró la palma abierta de su mano derecha y dijo:

-¡Suerte, chavales!

Se sentó en la Vespa sin arrancarla y esperó a que su mente digiriese lo vivido. Reflexionó como siempre, sin forzar las ideas, y recordó, como en un fogonazo, una frase del cura filósofo y psicólogo Anthony de Mello: “Los humanos actuamos como si viviéramos en una piscina llena de mierda hasta el cuello y nuestra principal preocupación se redujera a que nadie levantara olas”. Sí, así era, nadie se atrevía a probar qué había fuera de la maldita piscina.

Por fin se decidió a volver, pero aún no sabía dónde. Cuando llegó a Neptuno optó por girar hacia el norte y dirigirse a La Ventilla. Hoy era

viernes y los albañiles salían pronto, así que comería con Luis donde Jacobo. Primero tomaría una cerveza en el bar de la Toñi.

Ella estaba preparando aperitivos cuando escuchó el motor de la Vespa. Salió corriendo a la puerta con el mandil manchado y secándose las manos con el trapo de cocina. Se lanzó a su cuello como si hiciera meses que no se vieran y preguntó:

-¿Qué tal todo?

-Arreglado. Conseguí superar el odio. Ahora, su destino sólo depende de ellos. Anda, vamos adentro, está a punto de llegar la gente y tú aún no has terminado.

-Que se conformen con aceitunas y patatas fritas.

Paco rió, la giró cogiéndola por los hombros y, dándole una palmada cariñosa en el culo, le dijo:

-Vamos, tira. Y ponme una jarra grande y fría de cerveza. Estoy muerto de sed.

Era ya la hora del aperitivo y comenzaban a llegar las cuadrillas del barrio. Cogió su jarra, se

sentó a una mesa y sacó el teléfono móvil.

-¿Decio?

-Dime Paco.

-¿Qué tal le vendría a García que quedáramos el lunes a las nueve de la mañana en el bar que hay al lado de la comisaría de Entrevías?

-¡Joder, por fin! No creo que tenga ningún problema. De todas formas le voy a avisar ahora mismo para que no se pase mucho el domingo y esté fresquito.

-Gracias, compañero.

-¿No te molestará que vaya yo también?

-¡Estaría bueno! Creo que voy a necesitar estar muy acompañado. De todas formas, quizás no veamos mañana por el barrio ¿Por qué no te pasas por la tarde por el bar de Cris?

-Muy bien. Allí estaré.

Cuando colgó, la jarra casi se había calentado, así que se bebió de un trago lo que quedaba y dijo:

-Luego te veo, Toñi. Voy a comer con Luis.

Hacía mucho que no caminaba, así que dejó allí la moto y enfiló la cuesta arriba, despacio, con las manos en los bolsillos y ese andar desgarrado que lo caracterizaba. Le gustaba jugar con su sombra intentando despistarla; naturalmente no lo conseguía nunca, pero imaginaba la cara que él mismo pondría si alguna vez le saliera bien y se partía de risa. Cualquiera que lo viese haciendo de cuando en cuando esos quiebros sobre la acera pensaría que estaba loco perdido. Esa idea también le divertía.

Saltito a saltito llegó hasta el bar de Jacobo, que le había visto a través de la cristalera y le miraba fijamente mientras hacía girar el índice de su mano derecha sobre la sien.

-¡Tampoco la has engañado esta vez, eh! –le gritó el tabernero

-No, pero nos lo hemos pasado de puta madre los dos.

-¿Los dos?

-Sí, coño, la sombra y yo ¿Sabes una cosa? ya no estoy seguro si soy yo el que obliga a la sombra a moverse o es ella la que me fuerza a moverme a mí. Piénsalo bien, Jacobo: entre dos cosas que se mueven a la vez y en el mismo sentido ¿cómo se puede saber cuál es el motor de la otra? Solo me siento libre cuando no hace sol.

-Estás como una puta cabra.

-No es necesario afirmar lo obvio.

Aún eran las dos y media y Luis no llegaría hasta pasadas las tres, pero Paco ya estaba muerto de hambre.

-¿Qué tenemos hoy para zampar?

-Lo que vais a querer vosotros es el potaje de bacalao con pelotas de fraile. Es viernes.

-¡Qué de buten! Eso está buenísimo ¿y luego?

-Para seguir con menú cuaresmal, una buena rodaja de atún con tomate y patatas.

-Vale, me apunto a todo. Ponme un vermucito con unas aceitunas mientras espero al currante.

Jacobo volvió en menos de un minuto.

-Aquí tienes. Un par de anchoítas también.

-¡Qué lujo!

-¿Sabe Luis que estás aquí?

-No le he dicho nada.

-Entonces a lo mejor se enrolla con algún compañero tomando unos botijos por ahí. De todas formas, llegará antes de las cuatro. Se va a poner contento.

-¿Tienes algún periódico por ahí?

-El As.

-¡Joder! De ese sólo me interesa la contraportada.

A Paco, el deporte de competición siempre le pareció detestable, sobre todo el fútbol. Nunca entendió cómo se le podía pagar tantísimo dinero a unos cuantos pelagatos sólo por dar pataditas a

una pelota cuando a muchos trabajadores se les negaba un salario digno. Además, era un símil de la guerra, con sus bandos delimitados llenos de odio hacia el contrario, sus comandos armados y sus símbolos guerreros. También había asimilado este deporte lo peor de las religiones, y así, los futbolistas estrella eran los nuevos dioses olímpicos a los que nadie podía oponerse; los estadios, auténticos templos de la nueva fe y lugares de peregrinación para los alienados adeptos. Las victorias de los clubes las celebraban millones de personas abarrotando calles y plazas, engalanándose con las prendas sacras de sus deidades y agitando estúpidos estandartes.

Para colmo, aquel obscuro espectáculo reproducía fielmente las relaciones de poder imperantes en la sociedad, convirtiéndolas en objeto, no sólo de imitación, sino hasta de adoración.

No entendía Paco cómo decenas, cuando no centenares de miles de jóvenes abocados al paro,

a la precariedad y al fracaso eran capaces de inundar sus pueblos y ciudades con el fin de celebrar la victoria de su “ejército” deportivo sobre algún pretendido rival que les nublabla la visión de sus enemigos reales y, sin embargo, se mostraban inútiles de la más leve movilización para enfrentar un sistema que los marginaba cada vez más, expulsándolos de la participación y el trabajo, o, en el mejor de los casos, incluyéndolos en régimen de semiesclavitud.

Desde luego que aquello del fútbol era el nuevo opio del pueblo, la nueva fórmula para narcotizar las conciencias e impedir la reflexión de los individuos sobre sus genuinos intereses y los engaños a que son sometidos constantemente.

¡Hay que joderse! —exclamó Paco para sus adentros- ¿Cómo era posible perderse en esas disquisiciones mientras miraba las curvas del pedazo de tía que había en la contraportada del As? Además, ya no estaba de moda posicionarse en contra del fútbol. Antes, hace más de veinte años, no había intelectual que se preciase que no

ejerciese una feroz crítica de ese espectáculo, pero el fútbol mueve mucho dinero y el dinero compra hasta las más firmes convicciones. Ahora, todos los intelectuales son futboleros y defienden con pasión sus colores. Argumentan, entre otras cosas, que se trata de un fiel reflejo de la sociedad sobre el que se pueden analizar las relaciones humanas individuales y grupales y bla, bla, bla. Ninguno dice que el fiel reflejo de una mierda no pasa de ser una mierda reflejada.

Otra vez se había perdido. Y ahora teniendo ante los ojos las redondeadas, tersas y respingonas nalgas de la modelo. No, si Jacobo iba a tener razón: estaba como una puta cabra.

Sintió de pronto un recio manotazo en el hombro izquierdo al tiempo que una voz madurada por la cerveza fría y el tabaco le decía:

-¿Qué coño haces tú leyendo el As? ¡Ah! ya veo la sección que te ha interesado.

-¡Joder, Luis, por fin! Me estaba muriendo de hambre.

-Pues vamos a comer. A mí también me empiezan a gruñir las tripas.

-Tengo cosas que contarte y creo que te gustarán.

-Ya iba siendo hora de que le dieras una alegría al abuelo.

A lo largo de la comida, Paco fue relatando a Luis todos los pormenores de aquel día. Le contó la noticia del periódico, su visita a Entrevías, el encuentro con Tupé y Nita y su decisión de apartarlos del lío, la llamada a Decio y su cita el lunes con él y el abogado para acudir a la comisaría.

-Espero que todo salga bien.

-Ya verás cómo sí, Luis, así que veme preparando la entrevista en ese curro que me has buscado. Me hará falta.

-Primero, vamos a ver qué pasa el lunes. Creo que has tomado la decisión correcta, pero estoy preocupado.

-Yo también, Luis, yo también.

El atún con tomate transcurrió casi en silencio. En los dos podía adivinarse la ansiedad por el futuro inmediato.

-Estoy deseando que llegue el lunes y al mismo tiempo tengo miedo –dijo Paco-

-En cuanto salgas de la comisaría, si sales...

-¡Joder, qué optimista! –interrumpió Paco-

-Decía que en cuanto salgas de la comisaría llames aquí, al bar, y le digas a Jacobo si todo ha salido bien ¿Tienes el número?

-Sí, lo tengo. A ver si te modernizas un poquito y te compras un móvil.

-Déjame de gilipolleces. Yo le llamaré cuando salga a comer para que me dé el recado ¿vale?

-Vale, Luis, vale. Te prometo que lo haré.

Les trajeron los cafés y las copas y retornó el silencio, hasta que un parroquiano se acercó a la mesa y le preguntó a Luis:

-¿Hay mus?

-Si somos cuatro...

-Somos.

-Pues venga ¿quién dijo miedo?

Y dirigiéndose a Paco:

-¿Qué vas a hacer tú?

-Voy a tomar otra copita donde la Toñi.

-¡Ah, bribón!

-Luego pasaré por tu casa a recoger un poco de ropa y después me iré para Atocha.

-No te olvides de avisarme de lo que pase.

-Tranqui. Aún me tomaré unos botijitos contigo el domingo.

Apuró su orujo y salió del bar.

...

También encontró pensativa a Toñi.

-¿Qué te pasa, peque?

-Estoy asustada, Paco ¡Mira que si te pasa lago!

-Entre Luis y tú me vais a joder el fin de semana ¿Qué pasa, que no os fiáis de mi abogado?

-No es eso, Paco, es que sería un palo muy gordo quedarnos ahora sin ti, ahora que ya habíamos vuelto a acostumbrarnos.

Estuvo un buen rato con ella, consolándola como a una niña pequeña, convenciéndola de que no pasaría nada, asegurándole algo de lo que él tampoco estaba seguro. No, desde luego que no era ese el comportamiento que ahora necesitaba; eran dudas lo que le sobraba.

Inventó un disculpa sobre la necesidad de preparar la declaración junto a sus compañeros y, tras despedirse, desapareció. Ya en la puerta, escuchó la voz de Toñi:

-Que os salga muy bien, Paco ¿Cuándo vuelves?

-El domingo me paso.

Subió a la moto y se acercó a casa de Luis. Lo primero que hizo fue buscar una bolsa de plástico y llenarla con un par de pantalones, dos camisas

y algo de ropa interior; después, llevado por no se sabe qué deseo inconsciente, salió al patio y se sentó en una silla plegable de tijera, justo en el centro; se lió un cigarrillo y clavó la vista en la tapia encalada. Volvió a perderse, esta vez en la blancura. Se perdió tanto que sólo volvió en sí cuando sintió el calor ardiente del cigarro entre el índice y el corazón de la mano izquierda. Soltó lo que quedaba del pitillo con un gesto brusco e instintivo y ensalivó con su lengua la incipiente quemadura. Intentó rescatar los pensamientos de aquellos minutos, pero no lo consiguió. Realmente, se había perdido.

Cogió su móvil y llamó a Cris.

-¡Hola, guapa! ¿dónde estás?

-Pues en el bar ¿dónde quieres que estemos? Por cierto ¿qué tal tus asuntos?

-Bien, muy bien. Luego os cuento. Oye, necesito que me abráis la puerta dentro de una media hora para subir un poco de ropa.

-Vale, ahora le digo a Yoli que te espere en el portal con las llaves. O, mejor, tarda un poco más y así le da tiempo a hacerte unas copias.

-Eres un sol.

-Y tú un pelota. Bueno, hasta ahora, que me están pidiendo unas cañas.

Otra vez a la Vespa. Se dio cuenta de que últimamente sus itinerarios podrían reflejarse mediante la ecuación casa-moto-bar-moto-bar-moto-bar-moto-casa. Y, así, hasta el infinito. Cuando terminase esta pesadilla tenía que cambiar de rollo, el nómada que llevaba dentro comenzaba a rebelarse. Siempre creía que lo había vencido y procuraba construirse una vida más normal: novia, amigos estables, trabajo, todo eso que otros tenían y que él llegaba a envidiar sanamente; sin embargo, cuando estaba a punto de conseguirlo, el vagabundo interno protestaba diciendo: “¡Eh! ¿y yo qué?”. Y entonces Paco tenía que escoger.

Iba tan despacio que un taxista le tocó

insistentemente el claxon para pedirle paso. Lo hizo, pero no aceleró. Cris le había dicho que tardara un poco más y no tenía ganas de esperar en el portal.

Llegó justo a tiempo. Cuando bajaba por la Calle del General Lacy vio subir a Yolanda en sentido contrario y girar por Áncora hasta detenerse en el portal.

-Perfectamente sincronizados –dijo la chica- Toma, tus llaves.

-Muchas gracias ¿Subes?

-No. Hoy es viernes y empieza a haber lío abajo.

-¿No te fías de mí? No soy Jack.

-¿El de la colonia?

-No, joder, el destripador.

-Venga, luego nos vemos y nos cuentas todo ¿vale?

-Hasta luego.

Subió, buscó un cajón vacío, no lo encontró y dejó su bolsa colgando de un perchero que había tras la puerta de entrada ¿Cómo coño iba a encontrar un cajón vacío con dos chicas viviendo en un sitio tan pequeño?

Yolanda aún no había dejado la casa familiar, pero ya hacía allí media vida y, por lo que respecta a Cris, tenía más ropa que una modelo de pasarela.

Sintió que las llaves de aquella casa le pesaban. No pasaba lo mismo con las de la casa de Luis, que eran como las de un refugio; estas, sin embargo, las sentía como un anclaje más fuerte, algo parecido a un hogar.

A estas horas, el bar de Cris estaría lleno de gente y no le apetecía el follón, así que se dispuso a dar una vuelta. Anduvo un par de manzanas y entró al parque Enrique Tierno Galván por la Calle de Ramírez del Prado. Ya había anochecido y las farolas amarillas de la entrada, altas y esféricas convertían, por contraste, en negro impenetrable,

el ya de por sí obscuro ramaje de las arboledas. Se detuvo –siempre lo hacía cuando pasaba por allí- en el puente bajo el que pasaban las líneas de ferrocarril que partían de la estación de cercanías de Delicias o arribaban allí. Le gustaba ver cómo el foco del vagón tractor se iba metamorfoseando de brillo de linterna, en la lejanía, en enorme y meteórica luna poco antes de pasar bajo él. El tren siempre le había inspirado un sentimiento de libertad. Horas enteras se había pasado en los andenes de Atocha y Príncipe Pío viéndolos partir y entrar, fantaseando paisajes proyectados en sus ventanillas, imaginando destinos, viviendo sueños y soñando vidas.

Miró al cielo buscando estrellas. No estaban. Bueno, en esa zona no se veían. La soberbia de las farolas anulaba su brillo. Pero sí estaba la luna, su vieja amiga, como un foco de tren escapado hacia el firmamento.

Se adentró en la frondosidad del parque alejándose de las veredas, buscando la compañía

de la soledad, de la negrura y de los murmullos de la brisa jugando con los árboles y matorrales. Se sentó en un banco y lio un cigarrillo. Durante unos minutos la única luz que vio fue la de su propia lumbre, pero pronto, a unos cincuenta metros, divisó otra brasa igual. Prestó atención y alcanzó a escuchar unos gemidos acompasados que, por fin, desembocaron en una especie de berrido. El brillo del otro pitillo fue acercándose con un bamboleo y, al poco tiempo, un señor de edad avanzada que se apoyaba en una garrota pasó a escasa distancia de él. Un par de minutos después, algo muy moreno, alto, con escandalosa minifalda y enormes tetas seguía el mismo camino. Cuando pasó junto a él le espetó con voz de falsete:

-¿Algún servicio, nene?

-No, no, gracias.

Y aquello desapareció.

El cabrón del viejo no había dejado de fumar mientras se la chupaban.

Volvió a mirar a la luna. “Eres maravillosa –dijo- A todos nos acoges”.

Regresó al camino iluminado y emprendió despacio la vuelta al bar. Eran ya las diez y media de la noche y empezaba a sentir un vacío en el estómago que exigía ser rellenado.

Todavía estaba el local de bote en bote, así que buscó acomodo en el rincón de los íntimos. Las dos le miraron interrogantes, pero fue Yolanda la primera que habló, sin despegarse del grifo de cerveza.

-Pues yo le dejé a las ocho en el portal.

Una sudorosa Cristina contestó desde la plancha:

-¿Qué ha pasado desde casa aquí, has sufrido un ataque de los indios o algo?

Paco se limitó a sonreír y se presentó él solo a la chica que estaba haciendo de camarera fuera de la barra, una morena soberbia que supo que se llamaba María por sus dos amigas, que no paraban de gritar frases como: “¡María, ahí van

cinco cañas!”, “¡María, las copas de la mesa cuatro!”. Le dijo que se llamaba Paco, que era íntimo de la casa y le dio dos besos.

-¡Eh, eh, chaval, que está ocupada! –le regañó Cris, vociferando-

-Vale, hija, vale. Si no me la voy a comer.

-Contigo nunca se sabe.

-De todas formas, enhorabuena –le dijo, acercándose y muy bajito- Vaya bombón que te has mercao.

Ella le miró con un amistoso desprecio y siguió tostando lonchas de bacon, filetitos de lomo y hamburguesas. El olor que desprendía la plancha le agudizó aún más el apetito, pero no quiso molestar y esperó a que se despejara más el ambiente.

De pronto, una jarra de cerveza helada y dos choricitos picantes con una rebanada de pan se plantaron delante de él.

-Para matar el gusanillo –dijo Yoli-

Ante aquella chica tenía una sensación casi atávica. Estaba seguro de que no la conocía de nada. No le sonaba su cara y en su pasado no había ninguna chica llamada Yolanda; sin embargo, le invadía la seguridad de haber tratado con ella muchas veces, diría que desde siempre. Era una impresión tan extraña como reveladora, que le hacía percibirla como una emanación de algo que hubieran tenido en común en otro lugar, en otro tiempo.

“Ya estás divagando con gilipolleces, Paco. Hay que ver lo que hace el hambre”, pensó.

El bar estaba siendo un rotundo éxito y se alegraba sinceramente. Cris era una tía luchadora y se lo merecía, aunque tanto público le estuviera retrasando en exceso la cena.

Por fin, al filo de la medianoche el ambiente se relajó lo bastante como para permitirle disfrutar de un enorme bocata caliente que Cristina le preparó sin revelarle los ingredientes. “Verás cómo te gusta”. Lo mordió sin abrirlo y paladeó

el cielo en su boca. ¡Qué cosa más rica! Abrió el pan crujiente y vio filetitos de lomo, queso fundido y rodajas de tomate con ajo picado y espolvoreadas de pimienta. Delicioso. Dio otro bocado y lo regó con un gran trago de cerveza fría. Antes de continuar esperó unos segundos para poder asimilar tanta dicha. A fin de cuentas, parecía que, aunque sólo fuera en contadas ocasiones, la vida no era siempre una mierda.

Cuando terminó de cenar se sintió muy cansado. Se le había echado encima y de golpe todo el día. Tomó un café con hielo muy cargado. Las tres chicas sirvieron las últimas copas a los rezagados y comenzaron a recoger. También en sus caras se reflejaba la fatiga.

Ya con el bar cerrado se sirvieron algo de cenar y, después, unas copitas para relajarse. Se sentaron los cuatro a una mesa.

-Y mañana, sábado –dijo Cris- Más lío. Mañana no salimos de aquí hasta las cuatro. Ya veréis.

-Bueno ¿y tú qué? –preguntó Yolanda a Paco-

Les relató su encuentro con Nita y Tupé y la decisión que había tomado.

-¡No jodas que los vas a perdonar! –exclamó Cris-

-Ni ellos, ni yo, ni nadie iba a ganar nada si los condenan. Ya están bastante condenados con su puta historia. Su único pecado era obedecer al Chirlas y el Chirlas está muerto; ellos mismos se lo cargaron dándole un chute de ful. Naturalmente no me lo han querido reconocer.

María, el nuevo bombón moreno, no salía de su asombro y no sabía qué pensar. Miraba a Cris con los ojos muy abiertos e interrogantes.

-Tranqui, María. Ya irás conociendo a este pajarraco –le dijo Cris-

-¿Ya tienes pensado lo que le vas a decir a la poli? –inquirió Yolanda-

-Pues claro, la verdad. El asesino está muerto y al médico se lo voy a poner en bandeja. A mí sólo me podrán acusar de colaboración en el robo,

pero no en el homicidio. Creo que no pasará nada grave. Además, el abogado va a venir conmigo y mañana he quedado con Decio para ultimar los detalles.

-Llámanos en cuanto salgas –añadió Cris-

-Si salgo.

-¡No digas eso! –Cris y Yoli a la vez-

No podía evitar que le emocionaran aquellos detalles espontáneos. En el fondo, bajo su apariencia de tipo resuelto, aventurero y seguro, sólo había un sentimental ¿Y qué? ¿acaso tenía eso algo de malo?

-¿Qué piensas? –le preguntó Yolanda-

-Estoy pensando que os quiero.

Aquella noche cayó rendido en la litera. Durmió nueve horas y media de un tirón. “Joder –pensó al levantarse- Cuando vuelva a trabajar voy a tener que dormir doce horas”

Las chicas ya no estaban, pero le habían dejado

hecho el café. Tomó una taza, se duchó y salió a la calle. Por fin, un día sin nada que hacer y con todo planeado. Aquella historia aún no había terminado y, sin embargo, ya estaba empezando a echarla de menos. Había transcurrido un mes y medio desde que le dieron la puñalada y a él le parecían años. Se había acostumbrado a aquello como si fuera la razón de su vida. En tan poco tiempo había pasado del deseo de venganza al perdón, del odio a la comprensión, de la decisión de matar a la necesidad de vivir. Sí, muy poco tiempo para tanto cambio, y le iba a hacer falta mucho más para digerir y asimilar la experiencia, quizás la más brutal de su vida, hasta el presente.

Era sábado y pensó en alterar algunas de sus costumbres. La liberación tenía que comenzar por pequeños detalles que, acumulados, condujeran a la emancipación total. Para empezar, dejó la moto aparcada y salió caminando al Paseo de las Delicias desde la Calle de Áncora. Subió hasta Atocha y se internó en la estación de ferrocarril. En el estanco compró un

paquete de tabaco para liar y un librito de papel de fumar; después dio una vuelta por el inmenso invernadero que servía de vestíbulo. Había allí un microclima húmedo y algo caluroso con el fin de que aquellas plantas enormes y exóticas se sintieran como en su casa: la selva. “Podrían haber soltado también un par de tigres”, pensó divertido.

Los fines de semana se convertía aquel lugar en centro de reunión de todo tipo de inmigrantes, especialmente de países de la Europa del Este. Se sentaban en las bancadas corridas de piedra y compartían bolsas de comida y latas de cerveza mientras charlaban animadamente y escuchaban música. Paco se sentó junto a uno de los grupos y lió un pitillo; pronto estuvo compartiendo su tabaco y su papel con algunos ciudadanos búlgaros. Le gustó particularmente una chica de nombre Silvia a la que todo el mundo llamaba Shiska, su diminutivo en eslavo. Shiska tenía el pelo rubio oscuro recogido en una coleta alta y un gran flequillo en diagonal izquierda-derecha

que ocultaba parcialmente la intensidad de sus enormes pupilas azules. La enemistosa mirada del armario de dos puertas que parecía ser su novio hizo que dejara de prestarle atención.

Salió de la estación por la puerta que da a la Calle de Méndez Álvaro, de tan funestos recuerdos para él, y enfiló la de Tortosa. Allí se detuvo en la parada cabecera de la Empresa Municipal de Transportes. Decidió que cogería hasta el final el primero que llegara. Hacía tiempo que no llevaba a cabo este excéntrico pasatiempo, pero antes lo había practicado con frecuencia. Siempre se sorprendía de los barrios por donde pasaba, pues ni siquiera era consciente de su existencia. Se paraba a mitad del trayecto, callejeaba, visitaba bares y mercados y volvía a subir al bus. Era una forma de conocer la ciudad mucho más completa que en coche o moto, pues no hay que estar pendiente de la conducción. De esta manera se podía disfrutar del paisaje urbano, de las conversaciones de la gente de barrio que subía y bajaba, y apearse en el lugar que más nos

llamara la atención.

El primero en llegar fue el número 55, que recorría el suroeste de Madrid y llegaba hasta la Casa de Campo, a la zona conocida como El Batán, muy próxima al Parque de Atracciones. No era la primera vez que realizaba ese trayecto, pero decidió que le apetecía tomar una cerveza bajo los pinos.

Se acomodó en el primer asiento de la fila situada a la derecha del conductor; desde allí la panorámica era perfecta por el frente y el costado.

Los sábados y domingos había pocos viajeros y poco tráfico, por lo que el recorrido no pasaba de los cuarenta minutos y se convertía en un corto pero agradable viaje que terminaba en un lugar de pinares y monte bajo desde el que se veía la sierra con claridad meridiana. Era todo un lujo para la ciudad tener un bosque de esas características pegado a ella.

El último tramo del trayecto transcurría por un

entorno ya prácticamente rural, una carreterilla llamada Camino de Campamento. Allí tenía el bus su última parada y allí se apeó. Cruzó la carretera y se adentró en un pinar. Contradictoriamente, como todo él, comenzó a liar un cigarrillo a la vez que aspiraba profundamente un aire que, quizás, era demasiado puro para sus pulmones. Cuando, al fin, consiguió inhalar una buena calada de tabaco comenzó a caminar hacia el lugar donde estaba el kiosko. Se sentó en una silla de madera ante una mesa con superficie de listones del mismo material y pidió una jarra de cerveza. Aún estaba mediada la primavera y hacía algo de fresco, pero estaba a gusto. Las copas de los árboles sobre su cabeza, las montañas rompiendo el horizonte, hierba bajo sus pies y cerveza en el paladar ¿Podría ser más feliz? Seguramente, sí, pero ya se había acostumbrado a no pedir peras al olmo.

Como si no pudiera permitirse tener un momento de paz, volvió a invadirle su obsesión más recurrente y más temida: el tiempo. En esa

situación apacible tenía la sensación, que él sabía ficticia, de que no pasaba, pero bastaba una ligera introspección para notar cómo se escurría, silencioso y traidor, de forma análoga a como se escapa entre los dedos la arena del desierto.

“Si ya estuviera muerto –pensó– nada de esto sucedería, no me absorberían la mirada el horizonte montañoso ni la celeste atmósfera, ni los trinos de las aves embaucarían mis oídos, tampoco mi olfato se deleitaría con el aroma fresco de la yerba y de los pinos, ni gozaría mi paladar del frío amargor de esta cerveza. Todas estas sensaciones son efluvios de vida, pero ¿para qué sirve su disfrute si el almacén que las registra ha de morir un día y, con él, todo lo registrado? Será como si hoy, como si ahora, nunca hubiera sucedido. Sí, todo esto me ahorraría si ya estuviera muerto. Nada echaría de menos”.

Y, sin embargo, temía el seguro desenlace de su vida, lo temía no como se teme a lo posible o a lo desconocido, lo temía como se teme a las certezas, a lo inexorable, como se teme a todo

aquello que te va a dar alcance con absoluta seguridad y contra tu voluntad, sin poder hacer nada por escapar.

Terminó la cerveza y volvió a la carretera. A los pocos minutos llegó el 55 y deseó que, de regreso a Atocha, se le fueran diluyendo tan brumosos pensamientos.

Nada más sentarse en el bus cayó en un profundo sopor del que ya no despertó hasta terminar el viaje. Soñó que el mismísimo Espronceda le recitaba entre sonoras y grotescas carcajadas su poema “Desesperación” desde las ramas más altas del enorme pino bajo el cual él tomaba la cerveza más amarga, caldosa y caliente que hubiera bebido jamás. No entendió o, tal vez, no quiso entender lo que aquello significaba. Aquel poema, fiel reflejo de la decadencia, la derrota y la amargura, siempre había sido uno de sus preferidos, así como la cerveza caliente y sin fuerza era el más odiado de los brebajes que podían ofrecérsele. Además ¿por qué se reía el poeta de ese modo infernal? ¿qué tenían de

gracioso sus versos, que eran pura tragedia? ¿era su cerveza la causa de su risa o, quizás, él mismo?

Aún no había comido nada y el estómago clamaba por sus derechos. Le apetecía algo informal, rápido y grasiento. En la Calle de Atocha, muy cerca de Carlos V, estaba la Casa de los Bocadillos. Ya mucho antes del McDonald's y del Burger King, esta antiquísima taberna servía hamburguesas con todos los ingredientes que uno quisiera. Pidió una con queso y tabasco y, después, un bocadillo de calamares, de esos de toda la vida, que no son calamares pero que tienen ese sabor y olor a fritanga tan típico de Madrid, de esos que se hacen en pequeñas barritas de pan normal, nada de baguettes, chapatas y otras mariconaditas. Un par de cañas servidas con la maestría del profesional criado tras una barra calmaron su anhelo de placer.

Salió y miró hacia la Cuesta de Moyano. Aún quedaban varias casetas abiertas, así que hacia allí se dirigió en espera de que avanzase la tarde.

Decidió subir hasta la confluencia con Alfonso XII e ir bajando parsimoniosamente, escudriñando los tablones de madera apoyados sobre toscas borriquetas que servían como expositores de libros en la vía pública.

¿Qué extraña broma del destino era aquella? Nada más pasar su vista por el primer montón de libros de viejo, allí estaba, mirándole con sorna y descaro, un volumen ya marcado por la polilla y en cuya portada podía leerse: “José de Espronceda. La Canción del Pirata y otros poemas”. Buscó el índice y, efectivamente, entre los otros poemas se encontraba “Desesperación”. Abrió el tomo por la página indicada y fue instintivamente a la última estrofa:

*Me agradan las queridas
tendidas en los lechos,
sin chales en los pechos
y flojo el cinturón,
mostrando sus encantos,*

*sin orden el cabello,
al aire el muslo bello...*

¡Qué gozo! ¡qué Ilusión!

Y recordó la carcajada alta y clara, pero fúnebre, de Espronceda sobre el árbol.

Dos euros era lo marcado a lápiz en la primera página del poemario. Saco el monedero, pagó al librero y continuó la lenta bajada hacia el bar de Cris. Sintió aquella compra como una revelación, como si, de pronto, una dimensión escondida se hubiera cruzado en su existencia a través del sueño y la casualidad. Pero él no creía en la casualidad, sólo en la causalidad ¿Cuál era la causa, pues, de aquella ingerencia de lo intangible en su vida? Lo más posible era que su inconsciente quisiera avisarle sobre algo que a su conciencia superficial le había pasado desapercibido.

Volvió al poema y escogió la primera estrofa con que tropezó su mirada:

*Allá, en sombrío monte,
solar desmantelado,
me place en sumo grado
la luna al reflejar,
moverse las veletas
con áspero chirrido,
igual al alarido
que anuncia el expirar.*

Poco a poco iba comprendiendo: la primera estrofa que leyó hacía referencia a la forma desbocada que siempre había tenido de escapar de sus fobias, de sus prisiones mentales; la segunda le hablaba de su, parafraseando a Unamuno, sentimiento trágico de la vida ¿Pero cuál era el mensaje, cuál la enseñanza que había de desprenderse de todo ello?

Llegó al bar, se sentó en una mesa apartada y pidió una copa. Cris conocía de sobra su gesto circunspecto, así que, con solo una mirada,

indicó a Yolanda que no hiciera preguntas. Dio un par de tragos rápidos al whisky y continuó leyendo. Nada nuevo, tan sólo la repetición de las ideas fundamentales: tristeza, angustia, odio, vicio; desesperación, en suma, como bien rezaba el título. Se sorprendió, de pronto, al comprobar cómo los músculos de su rostro comenzaban a trazar una sonrisa, que se ampliaba cada vez más a medida que iba comprendiendo el secreto. Espronceda, desde lo alto del pino, desde la cima de su gloria, no se reía de él, se reía de sí mismo, se carcajeaba de lo contradictorio que resultaba que un poema tan hermoso contuviese tanta estupidez, se reía de que su obra fuese la composición poética preferida de Paco y que eso le hiciera percibir su cerveza tan caldosa, tan amarga. No pudo contenerse y él también rió, rió a carcajada limpia hasta que todo el mundo lo miró. Se calló, pero tuvo la sensación de que alguien siguió riendo durante unos segundos.

¡Vaya! Ahora se encontraba mucho mejor. Parece que todo era cuestión de reír; sobre todo de no

tomarse tan en serio a uno mismo. Había que desterrar tanta mierda del corazón...

Al poco, entró Decio y se sentó a su mesa.

-¡Coño, Paco, qué cara de felicidad tienes, qué raro! ¿Seguro que eres tú?

Le contó la historia del sueño y de su encuentro con el libro.

-¡Joder! –exclamó Decio antes de silbar admirativamente- Sabía que estabas colgao, macho, pero esto roza el misticismo. Bueno, al grano: García se ha empollado el tema y no cree que haya ningún problema. Supone que te dejarán libre y que tendrás juicio al cabo de unos meses. Algo te caerá, pero será poco y seguro que no tendrás que ir a la cárcel.

Paco continuaba sonriendo beatíficamente.

-Y no te olvides –insistió Decio- de que el lunes hemos quedado a las nueve en el bar de al lado de la comisaría. A ver si vas a sufrir mañana algún extraño rapto y se te va “el santo al cielo” –

dijo con sorna-

-No te preocupes, compañero. Anda, vamos a tomar unas cañas por el barrio.

Recorrieron media docena de bares y recalaron en Rock Palace. Allí estaban también el Chino y Marimé y les pusieron al corriente de lo que iba a suceder.

-El lunes –dijo Marimé- ya estás llamando en cuanto te suelten.

-A ver si nos vas a tener en vilo todo el día –añadió el Chino-

Terminada la ronda y el encuentro con los amigos, volvió donde las chicas. Era sábado y no había un alma en el bar. Como pudo, se abrió paso hasta la barra y les gritó:

-¡Hoy me voy a dormir a La Ventilla!

-¿Pasa algo? –preguntó Cris-

-No, nada, tranquilas.

-¿Cuándo te volvemos a ver? –inquirió Yoli-

-El lunes, cuando me suelte la poli.

-¿Todo bien, entonces?

-Todo de buten.

Algún día iba a tener un disgusto con los municipales por subirse en la moto harto de cerveza ¡lo que le faltaba! Menos mal que aún no era la hora de poner los controles en La Castellana.

Aún estaba Luis jugando al mus en el bar Jacobo y él aprovechó para pedir algo de comer; bueno, lo de algo es un decir, pues se metió entre pecho y espalda media docena de croquetas y una ración de callos con garbanzos. Después se sentó junto a la partida con una copa de orujo para entretenerse mirando cómo discurría aquel juego del que no entendía ni papa.

VI

EL FIN Y EL PRINCIPIO

A pesar de la próxima cita del lunes, el domingo transcurrió tranquilo: botellines, charla y comida con Luis, visita a Toñi, que lo encontró cambiado, más alegre y asentado, “como más conforme contigo”, le dijo. Y era verdad. Por la tarde paseó por el parque de La Ventilla y se lo pasó bien dando de comer unas miguitas a los gorriones; alguno hubo, desinhibido y confianzudo, que llegó a subirse a la palma de su mano mientras los demás le miraban sorprendidos por su desfachatez. Volvió con Toñi y se despidió. “Sé que no va a pasar nada”, le dijo ella.

Después, otra vez bar Jacobo, cena y lección de mus. Y llegó el lunes. Decio y García ya estaban allí cuando él apareció. Los tres se dirigieron a las dependencias policiales y García manifestó a

la entrada que su defendido acudía voluntariamente para declarar sobre unos hechos que aún no habían sido esclarecidos.

Decio no pudo entrar al interrogatorio y fue invitado a sentarse en una sala de espera.

Los dos inspectores que le visitaron en el hospital estaban allí. Eso facilitaba las cosas.

Muchas, muchísimas preguntas; mucho, muchísimo tiempo; mucho, muchísimo cansancio, hasta el agotamiento. Horas y horas de tedio y repeticiones.

Después de la comisaría, traslado a los juzgados de la Plaza de Castilla. Más preguntas, más tiempo, tiempo interminable. Pero, al final, todo salió como el abogado le había dicho: puesta en libertad, con cargos pero sin fianza. En breve recibiría la citación para el juicio. Al salir por la puerta de los juzgados, Paco tuvo una gran satisfacción que sirvió para compensar todas las amarguras del día: por la misma puerta, pero en sentido contrario, entraba, esposado y

custodiado, el tético doctor del Callejón de Cádiz. Ni siquiera le habían dado tiempo de despojarse de su bata zarrapastrosa y uno de los agentes llevaba en una bolsa de plástico el pequeño revólver del 22.

Aquella noche hubo borrachera en Atocha. Hasta Luis fue al bar de Cris al salir del trabajo. El jueves, cuando libraba la Toñi, se repitió la fiesta.

Todo volvía a ser normal. Paco comenzó a dibujar muebles para la fábrica que le había buscado Luis y, por fin, recuperó un poco su maltrecha economía. La relación con Toñi se iba fortaleciendo, quizás demasiado para su gusto; Toñi era un encanto: amable, cariñosa, preocupada por él, trabajadora y con deseo de potenciarse intelectualmente para sentirse merecedora de su cariño; en fin, demasiado, demasiada responsabilidad. Quizás más tarde ¿pero ahora? Ahora no se sentía capaz de tanto amor. Además, las dos chicas que a él le volvían loco se llamaban Cristina y Yolanda, una era lesbiana y la otra, demasiado joven; y las dos

estaban como una cabra.

El juicio llegó en dos meses y fue condenado a tres meses de trabajos al servicio de la comunidad en el Centro de Reinserción Victoria Kent, la antigua cárcel de mujeres de Yaserías, en la Calle de la Batalla de Belchite, muy cerca del metro de Delicias y, por tanto, en el barrio. El horario era de ocho a tres, como los funcionarios. Por la tarde seguía dibujando muebles, pero, eso sí, la jornada de alterne tuvo que reducirla drásticamente.

El mismo día que terminó la condena subió a su Vespa y se dirigió a La Ventilla, al taller de Lolo. Estaba radiante y sentía que tenía que pagarle a la vida una deuda pendiente.

-¡Lolo! ¿Sigues teniendo esa Derbi trucada tan linda?

-Aquí está, Paquiño, tan reluciente como la dejaste. Al final, Juan no vino a por ella.

-Pues te la cambio otra vez.

-¿Qué carayo tendrás ahora en la cabeza?

-Cuando volvamos a vernos te lo cuento.

-¡Ay! ¿Cuándo será eso? Ni que no te conociera ya.

Paco subió a la Derbi y salió a la M-30, buscó la A-6 y, desde allí, la antigua Nacional-6.

La estrofa de una canción de Silvio Rodríguez vino a su memoria:

Si me faltaras

no voy a morirme.

Si he de morir

quiero que sea contigo.

Mi soledad se siente acompañada.

Por eso, a veces, sé que necesito

tu mano, tu mano...

Eternamente tu mano.

Cuando pasó por Arévalo era ya noche cerrada y vio como la luna llena avanzaba por el noroeste. Se le escapó un sonido gutural y melancólico, pero que ya tenía algo de risa.

F I N